

Diócesis de Osma-Soria



BOLETÍN OFICIAL

AÑO CLIV (154) Nº 4

| julio - agosto 2013 |

Edita: **OBISPADO DE OSMA-SORIA**

C/ Mayor, 52
42300 EL BURGO DE OSMA

C/ San Juan, 5
42002 SORIA

Imprime: GRAFICAL, S.L. Soria

D. Legal: SO-25/1959

Sumario

IGLESIA DIOCESANA	245
Obispo diocesano	247
Homilías	247
Homilía en la Fiesta de la Virgen del Carmen	247
Homilía en la Misa con motivo del Encuentro anual con misioneros y sus familiares	250
Homilía en la Solemnidad de San Pedro de Osma	251
Homilía en la Fiesta de Santo Domingo de Guzmán	253
Homilía en la Fiesta de Santa Clara	257
Homilía en la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María	258
Radiomensajes Cadena COPE	260
Llamados a ser testigos del Señor	260
¿Quién es mi prójimo?	262
Abuelos, hijos y nietos	263
“Señor, enséñanos a orar”	264
En la fiesta de San Pedro de Osma	266
Solemnidad de la “ <i>Virgen de agosto</i> ”	267
Cristo no puede dejar indiferente a nadie	269
La belleza de la puerta estrecha	270
Vicaría General	271
Cartas	271
Solemnidad de san Pedro de Osma, Patrón principal de la Diócesis	271
Colecta extraordinaria por las necesidades de la Diócesis	272
Convenio para la rehabilitación de templos	273
Oración por la paz en Siria	276
Comienzo de la tercera etapa de la Misión diocesana	277
Secretaría General	278
Nombramientos	278
Vida diocesana	279
Viaje del Seminario a Roma en el Año de la fe	279
Convivencia del arciprestazgo de Pinares	279
Celebrado el Día del misionero soriano 2013	279
Celebrada la Solemnidad del patrono diocesano, San Pedro de Osma	280
Reunión del Capítulo provincial	280
La Concordia de la Virgen del Espino reúne a cientos de devotos	281

Vigilia de oración en la Solemnidad de la Asunción	281
Profesión solemne en Santa María de Huerta	281
En marcha el Convenio 2013 para la rehabilitación de templos	282
Oración por la Misión diocesana	283
IGLESIA ENE ESPAÑA.	285
Oficina de información de la CEE.	287
522 mártires del siglo XX en España serán beatificados el 13 de octubre en Tarragona	287
Presentación en la CEE de la Encíclica «Lumen Fidei»	289
La Conferencia Episcopal publica el documento “Iglesia particular y vida consagrada”	292
IGLESIA UNIVERSAL.	295
Santo Padre.	297
Discurso en la inauguración de la estatua de San Miguel Arcángel en los jardines vaticanos	297
Discurso en el encuentro con los seminaristas, los novicios y las novicias	298
<i>Motu proprio</i> sobre la jurisdicción de los órganos judiciares del Estado de la Ciudad del Vaticano en materia penal	304
Discurso con motivo del vía crucis en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud	305
Discurso en el encuentro con los obispos brasileños en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud	307
Homilía en la vigilia de oración en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud	316
Carta apostólica en forma de “ <i>motu proprio</i> ” para la prevención y el contraste de blanqueo de capitales, financiación del terrorismo y proliferación de armas de destrucción masiva	319
Homilía en la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María.....	320
Santa Sede.	323
Penitenciaría Apostólica.	323
Decreto con el que se conceden especiales indulgencias con motivo de la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud	323
Secretaría de Estado.	325
Comunicado sobre el Quirógrafo del Santo Padre para la institución de una Pontificia Comisión sobre la organización de la estructura económico-administrativa de la Santa Sede	325



Iglesia
Diocesana



OBISPO DIOCESANO

HOMILÍAS

Homilía en la Fiesta de la Virgen del Carmen

Convento de los Padres Carmelitas (Soria), 15 de julio de 2013

Querido P. Superior y Comunidad de PP. Carmelitas

Querida Madre Priora y comunidad de Madres Carmelitas

Queridos hermanos todos que desde la devoción a la Virgen y la gratitud hacia los carmelitas en el 75º aniversario de su presencia en Soria estáis participando en esta celebración

Dos motivaciones principales nos reúnen en esta tarde: dar gracias a Dios por la celebración este año del 75º aniversario de la vuelta de esta comunidad de carmelitas descalzos a Soria, tras ser expulsados con motivo de la desamortización y permanecer durante 100 años ausentes de nuestra ciudad; y además, hacerlo en el marco de la novena en honor de la Virgen del Carmen, devoción a cuya difusión tanto han contribuido los carmelitas.

La celebración del 75º aniversario del regreso de los carmelitas a Soria es un motivo especial de acción de gracias al Señor por su presencia entre nosotros, por su buen hacer y por los muchos servicios espirituales y pastorales que durante este tiempo han prestado a nuestra ciudad y a nuestra diócesis. Por eso, queremos unirnos hoy a su acción de gracias por estos 75 años de presencia y evangelización por medio de la predicación, la atención al confesionario, la acogida de las personas que a ellos acuden y un largo etcétera. Pero sobre todo queremos agradecer al Señor su tarea como promotores de la devoción a la Virgen del Carmen que tanto arraigo tiene entre los sorianos y que en muy buena parte la debemos a ellos.

La devoción a la Virgen del Carmen es una devoción ligada desde los orígenes a la Orden carmelitana. Desde que en el siglo XIII se apareciera la Virgen al Superior general de los carmelitas y le entregara el hábito y el escapulario, la devoción a la Virgen del Carmen fue extendiéndose por toda Europa y España fue una de las naciones donde pronto esa devoción fue adquiriendo una relevancia especial.

Ciertamente, uno de los nombres femeninos más usados entre nosotros es el de Carmen o María del Carmen que responde a la gran devoción que nuestro pueblo ha tenido siempre a la Virgen bajo esta advocación. Igualmente, nuestra geografía religiosa está llena de ermitas e iglesias con la advocación de la Virgen del Carmen y existen realmente pocos pueblos de nuestra geografía española y castellana en los que no se celebre esta fiesta tan entrañable.

La Virgen del Carmen es muy querida por los hombres y mujeres del mar, honrada y festejada por la Marina española y admirada por todos los discípulos de su Hijo porque ella es la Estrella del mar que ilumina el camino, ella es el faro seguro que conduce a Cristo, el verdadero Puerto de salvación. Es faro luminoso para las familias de todos los tiempos porque ella fue realmente un modelo de esposa y de madre, y junto con San José supieron hacer de su familia un lugar en el que Dios siempre estuvo presente. En ese ambiente familiar creció en estatura, en sabiduría y en gracia el que era Hijo de Dios y Redentor nuestro.

La familia de María y de José fue realmente un auténtico sagrario en el que Cristo vivió y se preparó para realizar la misión que el Padre le había encomendado de salvar con su muerte y resurrección a todos los hombres. Ojalá que hoy, desde nuestras familias, supiéramos mirar a María en su hogar de Nazaret y la imitáramos dejando que Dios entre verdaderamente en ellas. Ojalá que como ella nosotros dejáramos que Dios tuviera el puesto que le corresponde en nuestras familias para que dejaran de ser lo que frecuentemente son: lugares en los que Dios es el gran ausente, no porque Él no esté presente sino porque nosotros nos negamos a hacerle sitio porque hemos creído que admitirle en nuestras vidas y en nuestras familias nos complica la vida. Ojalá que siguiendo el ejemplo y el modelo de la Sagrada Familia, en la que María la Virgen jugó un papel tan importante como esposa y madre, hiciéramos todo lo posible para que nuestras propias familias se conviertan y transformen realmente en lo que deben ser: "Iglesias domésticas", iluminadas por el mensaje del Señor.

María es faro luminoso para las familias cristianas. Es faro luminoso que brilla con un destello especial para todos los que quieren ser seguidores de su Hijo. En ella encontramos el modelo perfecto de identidad cristiana. Nadie como ella vivió su vida en aras de un doble amor: el amor a Dios y el amor a los hermanos. María es faro, modelo y luz resplandeciente del amor y el servicio a los hermanos.

Por amor, al enterarse de que su prima Isabel la necesita, deja su casa, corre por las montañas y se presenta en casa de su prima para ayudarla en ese momento tan importante para toda madre como es el momento de dar a luz al hijo que lleva en sus entrañas.

Por amor, recurre a su Hijo cuando siente que a aquellos novios de la boda de Caná a la que había sido invitada ella y su Hijo, se les está acabando el vino y van a quedar mal ante todos, y su intercesión logra el milagro del Señor.

Por amor y llena de esperanza, cobija bajo su protección y consuelo a aquellos apóstoles de Cristo que tras su muerte se encuentran solos y desesperanzados y ora con ellos y les infunde la esperanza de que Cristo resucitará.

Ella es modelo de entrega a cuantos la necesitan. En ella encontramos todos nosotros un verdadero modelo de comportamiento ante los pobres, necesitados, parados, enfermos, desahuciados de la sociedad que hoy encontramos en nuestro camino. Ella no miró para otro lado. Se solidarizó con todos, se puso a su servicio y les ayudó a salir adelante. Tampoco nosotros podemos mirar para otro lado ante las personas necesitadas. Tenemos que preguntarnos qué podemos y qué estamos dis-



puestos a hacer por ellos, de qué estamos dispuestos a privarnos nosotros, qué no es necesario para vivir, para que otros puedan vivir un poco más dignamente.

Pero ella es sobretodo faro, luz y modelo de alguien que estuvo en todo momento de su vida al servicio del plan de Dios. Aunque no entendiese del todo por qué Dios le llamaba ni a qué, ella pronunció su "hágase en mí según tu palabra". Aunque la fidelidad al plan de Dios le llevara a renunciar a sus propios planes. Aunque la fidelidad al plan de Dios le trajera renunciadas y sufrimientos. Aunque como madre tuviera que sufrir la vergüenza y el dolor de ver morir a su Hijo como un malhechor. Ella pronunció su "sí" continuado a Dios y su plan y permaneció fiel siempre a dicho compromiso.

Dios también tiene un plan muy concreto sobre cada uno de nosotros, y a nosotros nos pide también nuestra respuesta generosa a dicho plan. Pero nosotros tantas veces queremos responder a Dios sin dejar de responder al mundo, no queremos renunciar a lo que se opone a ser discípulos y seguidores de Jesús porque queremos seguir las llamadas del mundo a una vida fácil, materialista y hedonista. Frecuentemente hacemos de nuestro seguimiento de Jesús un seguimiento descafeinado en el que todo vale y así nos convertimos en esos creyentes que no interpelan a nadie porque vivimos igual que los demás. Nosotros queremos seguir a Jesús pero sin distinguirnos de los que viven desde los criterios del mundo, anteponiendo los criterios del mundo a los criterios con los que Cristo nos pide que le sigamos.

Mirando a María tenemos que decir que no vale cualquier cosa ni vivir la fe de cualquier manera. El Señor nos pide que vivamos nuestra vida transformada por nuestra fe, no que seamos unos más del montón incapaces de vivir lo que el Señor nos pide, aunque conservando el nombre de cristianos.

El Señor a través del año de la fe, de la misión diocesana y del mundo mismo de los que no creen, nos está pidiendo que seamos testigos del Señor en nuestra vida, que no sólo vivamos nuestra fe cuando venimos a la iglesia sino que la fe informe toda nuestra vida y que Dios sea la norma suprema de nuestra conducta.

Sintámonos responsables de nuestra salvación y de la de los demás hermanos. Sintamos nuestra responsabilidad en la evangelización del mundo actual, y lo mismo que María respondió generosamente al plan de Dios y se convirtió en auténtica corredentora con Cristo, que también nosotros por la vivencia de nuestra fe y por nuestro testimonio cristiano nos convirtamos en auténticos apóstoles, misioneros y evangelizadores en medio de nuestro mundo y de nuestro tiempo.

En esto consiste la verdadera devoción a la Virgen del Carmen, en tratar de imitarla y encarnar en nosotros las mismas actitudes y virtudes que vemos ella. Que ella nos ilumine a todos y cada uno de nosotros y que siga iluminando a estas comunidades de PP. y MM. Carmelitas para que sigan contribuyendo a la evangelización del mundo. Que la Virgen nos acompañe siempre a querer comprometernos en la transformación de nuestra vida desde la fe y en ser testigos de ella para los demás. Así sea.

Homilía en la Misa con motivo del Encuentro anual con misioneros y sus familiares

Ermita del Mirón (Soria), 1 de agosto de 2013

Queridos sacerdotes concelebrantes

Querida hermana Lourdes, Delegada episcopal de misiones

Queridos misioneros y misioneras

Queridos familiares de nuestros misioneros sorianos

Es un gozo para mí y para toda la Diócesis celebrar este encuentro anual de los misioneros que estáis reponiendo fuerzas entre nosotros y que gastáis y desgastáis vuestra vida en la tarea importantísima que el Señor ha dejado en nuestras manos de ir por el mundo entero predicando el evangelio a toda criatura.

Este año celebramos nuestro encuentro en el marco de la fiesta de San Alfonso María de Ligorio, un santo italiano que refuerza con su vida y con su estilo nuestra tarea como misioneros donde quiera que nos encontremos. San Alfonso se distinguió precisamente por un estilo sacerdotal que podemos resumir en estas dos notas:

a.- Su actividad fue eminentemente evangelizadora y misionera: él fue el evangelizador de Nápoles.

b.- Dentro de ese estilo evangelizador tuvo una auténtica predilección por los pobres y desahuciados de la sociedad: niños de la calle, adolescentes y jóvenes.

Dos notas que nos vienen como anillo al dedo a nosotros hoy y que el Papa Francisco repite sin cesar:

A.- Nuestro estilo pastoral debe ser un estilo misionero, no sedentario. Hemos de salir a buscar, a ofrecer el mensaje de Jesús a la gente, como el pastor en busca de sus ovejas. No sirve hoy una pastoral sedentaria y de espera, hemos de salir, no esperar en nuestras sacristías y conformarnos con lo de siempre. Hemos de buscar iniciativas nuevas que nos ayuden a llegar al corazón del hombre de hoy.

B.- Nuestro estilo pastoral tiene que llevarnos a buscar a los alejados, a las periferias, a aquellos estratos sociales que están lejos de Dios y de la Iglesia.

Como San Alfonso, hemos de buscar a los jóvenes, a las familias, a esos grupos sociales a los que Dios hoy no les dice nada, porque nadie les ha hablado de Él. Hemos de ofrecer a Dios a los jóvenes: para que dejen de sentir su alma vacía, para que Dios llene su corazón.

Hemos de cuidar a las familias porque la transmisión de la fe supone antes su vivencia en ellas y sin familias comprometidas no será posible la evangelización de nuestra sociedad.

Por ello, nuestra tarea consistirá en suscitar la fe en quienes no han oído hablar de Jesús ni su mensaje, reavivarla en quienes un día creyeron pero la dejaron morir y animar a los creyentes a que lo sean de manera comprometida.

Esto pide de nosotros como evangelizadores una verdadera renovación de nuestra fe, una verdadera conversión, ser auténticos discípulos de Cristo para ser misioneros. Y viene exigido por el año de la fe que estamos celebrando, por la Misión diocesana que trata de despertar la fe de nuestro pueblo y por la vida de San Alfonso que hoy la Iglesia pone a nuestra consideración.



Homilía en la Solemnidad de San Pedro de Osma

Catedral, 2 de agosto de 2013

Querido hermano en el episcopado D. Vicente Jiménez, Obispo de Santander
Ilustrísimos Vicarios Episcopales
Excelentísimo Cabildo Catedral
Queridos sacerdotes del nuestro presbiterio diocesano
Ilustrísimas autoridades

Queridos hermanos todos que habéis querido venir a honrar al patrono de nuestra Diócesis y fundador de esta Villa episcopal de El Burgo de Osma.

En este Año de la fe y en el marco de la Misión diocesana Despertar a la fe, quiero resaltar de San Pedro de Osma la faceta más importante de su vida y que nos sirve a nosotros de modelo a imitar y a vivir en la nuestra como discípulos y misioneros del Señor.

San Pedro de Osma fue un hombre de fe que vivió desde la fe y al servicio de la misma, constituyéndose así en modelo de creyente para los hombres y mujeres de todos los tiempos. Toda su vida fue un continuo avance en esta su única aspiración de ser un verdadero seguidor de Cristo.

Comenzó San Pedro de Osma el camino de la fe desde su más temprana edad al nacer y vivir en una familia realmente cristiana. Una familia que le inició, le acompañó con su ejemplo y le impulsó a vivir de una forma realmente madura las exigencias y llamadas de la fe.

Es este primer momento de su vivencia de la fe en la familia un testimonio que mucho tiene que decir hoy a las familias, muchas de las cuales sin darse cuenta se han ido descristianizando y Dios ha dejado de ser un referente para pasar a negarle toda presencia y lugar. Estamos asistiendo a un fenómeno claro de descristianización de nuestras familias: Dios no tiene su silla en tantos hogares actuales, la familia que siempre había sido el medio natural de transmitir la fe de padres a hijos ha dejado de ser una realidad en muchos de ellos.

Podíamos decir que hay un verdadero contraste entre la situación de nuestras familias y la manera de proceder de la familia de nuestro santo. Un contraste que nos interpela hoy y nos urge a recuperar en nuestras familias la identidad de familia cristiana, familias que vivan desde la fe, en las que Dios sea realmente alguien importante, verdaderas "iglesias domésticas" en las que Dios está presente y se reconoce su presencia, en las que se cuenta con Él y se le reza, en las que se sigue transmitiendo la fe de padres a hijos porque lo que se aprende en la familia difícilmente se va a olvidar de mayores y lo que no se aprende de pequeños, difícilmente se va a vivir después.

Un paso más en el itinerario de la fe en San Pedro de Osma fue saber abandonar cuanto le dificultaba o entorpecía la vivencia de la misma, porque para él la fe siempre ocupó el primer lugar y todo lo demás tenía una importancia relativa. Él, como muchos caballeros de su tiempo, se inició en la carrera de las armas en la que demostró su carácter intrépido y decidido así como la elevación de su espíritu. Pero advirtiendo que en ese mundo estaba rodeado de peligros para su fe porque se sentía tentado constantemente a seguir las vanidades de este mundo, abandonó la carrera de las armas y tomó la decisión de entregarse a la vida religiosa, un estilo de vida que le iba a permitir crecer y ser fiel a lo que su fe le pedía.

Movido por este querer ser fiel a las exigencias de su fe, ingresa en un monasterio de cluniacense de la Orden benedictina donde destacó por su fe y por su espíritu entregado. Lo mismo sucedió cuando años más tarde es llamado por el Arzobispo de Toledo para realizar la reforma cluniacense en España. Él sigue con fidelidad su llamada porque en ella descubre el plan de Dios y para él lo primero fue siempre ser fiel a ese plan.

En todos los monasterios en lo que estuvo destacó por su religiosidad, su espíritu de trabajo y su amor a los pobres. Es ésta otra faceta que choca y contrasta frontalmente con el estilo de muchos cristianos actuales que, lejos de tener como primer objetivo de su vida y como norma primera de su conducta el seguimiento de la voluntad de Dios, pretender seguir llamándose cristianos pero sin abandonar los criterios del mundo.

Muchos cristianos estamos tentados a hacer de nuestro seguimiento de Jesús algo en lo que todo vale, una vida en la que no estamos dispuestos a renunciar a nada que suponga para nosotros peligro para nuestra fe o que vaya abiertamente en contra de ella. Queremos ser cristianos y al mismo tiempo seguir siendo del mundo, es decir, vivir desde unos criterios que no son los del evangelio.

Tanto el estilo de vida de nuestro santo, como el Año de la fe, como nuestra Misión diocesana, nos hacen una única llamada a vivir una vida creyente mucho más entregada, mucho más auténtica, una llamada a abandonar nuestra fe descafeinada, nuestra fe de rebajas, que se parece bien poco a lo que pide el Evangelio; y renovar en nosotros esa vida de seguidores de Jesús que interpele y haga preguntarse a los demás por qué nosotros vivimos así, y puedan descubrir que es porque seguimos al Señor y queremos ser verdaderos discípulos suyos. Una vida de fe vivida de cualquier forma en la que cabe todo, una vida de fe vivida bajo mínimos y acomodada a nuestra comodidad, no sólo no interpela a nadie sino que deja al descubierto ante los demás nuestra falta de autenticidad.

Esta renovación auténtica de nuestra fe, como explica Benedicto XVI en *Porta fidei*, exige una verdadera conversión personal de cada uno de nosotros, un cambio profundo en nuestra manera de vivir nuestra condición de discípulos y seguidores de Cristo, una transformación personal que nos haga recuperar la vivencia auténtica de lo que supone realmente ser discípulos y seguidores suyos. Esta conversión, esta transformación personal y espiritual se nos pide a todos, también a nosotros como sacerdotes pues, como dice el Papa Francisco, tenemos que hablar de Dios sobre todo con nuestro testimonio de vida. El Santo Padre hace hincapié en la importancia de esta coherencia recordando lo que decía San Francisco de Asís a sus discípulos: “enseñad el evangelio también con la palabra porque principalmente hay que enseñarlo con la autenticidad de vida”.

Y una tercera faceta que llama particularmente la atención en San Pedro de Osma es la conciencia misionera, su lucha por extender el Reino de Dios entre los diocesanos que el Señor había puesto a su pastoreo. Es un hombre lleno de celo y ardor pastoral.

Nombrado Obispo de Osma, a donde vino con el encargo de restaurar la diócesis una vez que ésta fue reconquistada, no ahorró trabajo ni esfuerzo para restaurarla no sólo materialmente sino también espiritualmente, fomentando entre todos los cristianos de la diócesis la verdadera fe y el auténtico seguimiento del Señor.

San Pedro de Osma fue un verdadero modelo de pastor que figurará para siempre en la historia como uno de los más insignes y santos prelados. Fue un pastor que restauró espiritualmente la diócesis sin escatimar trabajo, ni esfuerzo, ni entrega a todas las tareas



pastorales que su tarea llevaba consigo. Como pastor y evangelizador es para nosotros un verdadero ejemplo a seguir.

En la Misión diocesana estamos empeñados en impulsar en nuestra diócesis una nueva evangelización: despertando la fe en quienes la tienen dormida, reavivándola en quienes la han dejado casi morir y apoyando y fortaleciendo para que puedan vivirla en toda su exigencia en quienes de verdad tratan de ser fermento y testimonio de Cristo.

Además de vivir más genuinamente nuestra fe, estamos comprometidos en ser verdaderos misioneros, apóstoles y portadores de la misma para quienes en nuestra sociedad desconocen todo cuanto se refiere a Dios, a la fe y a la religiosidad; todo ello para que se sientan interpelados por nuestro testimonio, descubran a Cristo y su mensaje y quieran vivir su vida desde la llamada que Dios les hace.

Estamos empeñados en tomar conciencia de nuestra responsabilidad en la tarea evangelizadora y misionera y desarrollarla en nuestra vida, sintiendo de verdad que de la evangelización del mundo somos todos y cada uno de nosotros responsables por el hecho de estar bautizados; no podemos vivir nuestra fe a escondidas, sino que hemos de mostrarla a los demás, llegando especialmente a los que más alejados están de la Iglesia para que todos puedan vivir la alegría de la fe.

El celo pastoral por hacer llegar el mensaje salvador de Cristo, el trabajo incansable que nuestro santo puso para llevar adelante la evangelización de nuestra diócesis, tiene que estimularnos y comprometernos en dar lo mejor de nosotros mismos para reformar y transformar desde la fe a cuantos la formamos, como él hizo en su momento. También nosotros estamos llamados como él a ser auténticos reformadores espirituales de nuestro mundo, de nuestro ambiente, de nuestra diócesis. Vivamos, pues, nuestra fe personal plenamente, renovemos lo que haya de caduco en nosotros y seamos realmente testigos, apóstoles, misioneros y portadores de la misma a los demás, para que todos se conviertan y crean.

Que San Pedro de Osma nos ayude con su intercesión a imitarle en la tarea misionera y evangelizadora y a cumplir con la misión que el Señor nos ha encomendado a todos de ser sus testigos y evangelizadores en medio de nuestro mundo. Así sea.

Homilía en la Fiesta de Santo Domingo de Guzmán

Catedral, 8 de agosto de 2013

Querido hermano en el episcopado D. Casimiro, Obispo de Segorbe- Castellón
Excmo. Cabildo Catedral

Queridos hermanos todos que habéis querido venir a honrar a Santo Domingo en el día de su fiesta.

Acercarse a la vida de los santos es acercarse a quienes, lejos de ser recuerdos trasnochados o antiguallas, representan para nosotros testimonios vivos que siguen interpelando y estimulando la vivencia de la fe como lo fueron en su tiempo para sus contemporáneos.

Santo Domingo nació a finales de 1171 en Caleruega. Su padre, un hombre venerable y noble; su madre, la beata Juana de Aza, una mujer verdaderamente extraordinaria, querida

y respetada por todos, mujer caritativa y sinceramente piadosa, dispuesta siempre a sacrificarse por la Iglesia y los pobres. De ella recibió Santo Domingo la primera educación y el espíritu caritativo y de amor a los pobres que tanto marcó su vida.

Estudió principalmente en Palencia, lugar más importante de estudio en aquel momento, y donde adquirió un gran conocimiento de las ciencias humanas y la teología. Vivía solo con su pequeño mobiliario y sus libros; su vida estaba plenamente centrada en el estudio y los libros.

En su tiempo las guerras eran continuas y el hambre hacia estragos en tanta gente llevándolos a la muerte. Domingo repartía todo cuanto tenía y podía conseguir; incluso en un momento determinado está dispuesto a dar incluso aquello que él más quería, sus libros, para dar su dinero a los hambrientos y pobres a fin de paliar su necesidad.

Su fama se extendió por toda Castilla y el Obispo de Osma, conocedor de la misma y buscando hombres notables para su cabildo, le ofrece una canonjía que él aceptó cuando tenía 24 años, y poco después a los 25 años fue ordenado sacerdote.

Desde el primer momento como canónigo brilló por su santidad y por ser modelo de todas las virtudes. Predicador incansable, iba siempre hablando de Dios y predicando a los compañeros de viaje.

Eligió con sus compañeros la Regla de San Agustín para la Orden que quería fundar inspirado por Dios, y en septiembre de 1216, en su tercer viaje a Roma, lleva consigo esa Regla y un primer proyecto de Constituciones para su Orden.

En la fiesta de Pentecostés de 1220 asiste al primer capítulo general de la Orden, celebrado en Bolonia. En él se redactó la segunda parte de las Constituciones. Un año después, en el siguiente capítulo celebrado también en Bolonia, acordará la creación de ocho provincias.

Con su Orden perfectamente estructurada y más de sesenta comunidades en funcionamiento, agotado físicamente, tras breve enfermedad, murió el 6 de agosto de 1221, a los 51 años de edad, en el convento de Bolonia, donde sus restos permanecen sepultados. En 1234, su gran amigo y admirador, el Papa Gregorio IX, lo canonizó.

Si importante es la vida de un personaje así, es mucho más importante el mensaje que nos transmite con su enseñanza y espiritualidad. Permitidme que resalte algunos de los aspectos más importantes que nos pueden servir de ayuda para nosotros en este momento.

El primero es el contacto que tiene con la humanidad doliente y lo que este contacto produce en él. Las situaciones de dolor de las masas depauperadas le llevan a volver de manera inevitable la mirada a Cristo y contemplarlo en la cruz y a identificarse con Él en la entrega a los demás; considera el amor a Dios y a los hermanos como dos caras de una misma experiencia que ve acrecentarse en la oración y en la contemplación.

Otra aspecto que llama especialmente la atención es su vida contemplativa: la oración y el espíritu de contemplación de Domingo va creciendo a medida que su vida se va adentrando en la refriega y en el compromiso apostólico, que van a potenciar la oración de intercesión, de tal manera que oración y compromiso apostólico van ir siempre de la mano.

Su oración es constante y sin interrupción. Ora de día, mientras va por los caminos, acompañado de sus hermanos y separándose de ellos; frecuentemente interrumpe el viaje para acompañar la oración monástica cuando escucha la campana de algún monasterio.



Otra característica de su espiritualidad es la pobreza radical: él quiso sentirse libre de todos los bienes materiales para seguir libremente a Jesús y para anunciar con toda libertad la Buena Noticia del evangelio. En aras de esa libertad fue capaz de renunciar a todo: tierra, patria, patrimonio, familia e incluso a su gran tesoro, los libros. Su vida fue una vida de itinerancia al servicio de la evangelización, pobre en la comida y viviendo de limosna.

Otra nota característica de su espiritualidad es la humildad, que en él tiene raíces profundas. En efecto, su humildad brota del profundo conocimiento que tiene de sí mismo y la confrontación con el ideal de Jesucristo. Es humilde al verse a sí mismo frente a la imagen de Cristo Redentor. Su humildad es una actitud evangélica que brota de la honda experiencia de Dios y de un profundo conocimiento de sí mismo en el Señor.

Por último y por encima de todo, la caridad. El testamento que deja a sus frailes se basa en tres palabras: tened caridad, guardad la humildad y abrazad la pobreza voluntaria.

Queridos hermanos: en Santo Domingo no sólo encontramos una persona, un cristiano, un canónico o un fundador cualquiera, nos encontramos con un verdadero testigo vivo de Jesús no sólo digno de admirar, que también, sino también digno de imitar. Un modelo que interpela al hombre hoy y especialmente al cristiano actual y, por lo mismo, a todos nosotros como sacerdotes que tenemos el reto apremiante de la evangelización de nuestro mundo, un mundo descristianizado e indiferente a Dios y su mensaje que necesita de personas que, desde el testimonio y la palabra, susciten en todos el interés por el Señor y su mensaje, que reaviven la fe en quienes la han dejado casi morir y que apoyen y ayuden a madurar a los creyentes actuales que tratan de vivir su fe en medio del mundo.

El reto de la evangelización pide de la Iglesia y de todos nosotros, en cuyas manos ha dejado el Señor la misión de ser portadores del mensaje salvador de Cristo al corazón del mundo, un estilo bien concreto, definido y comprometido. Pide de nosotros una opción preferencial por los pobres y por el mundo del dolor como hizo Cristo y encarnó también nuestro Santo, y como tenemos que hacer nosotros, porque el Señor nos envía a evangelizar a los pobres y a curar las heridas de los que encontramos malheridos en la cuneta de la vida. Pide de nosotros un estilo misionero que nos haga salir a buscar, a ofrecer, a hablar de Dios con la palabra y el testimonio a todos los que se mantienen en la indiferencia, como Domingo hizo incansablemente a través de su vida itinerante. Un estilo misionero que nos pide salir de nosotros mismos e ir a las periferias de las que habla el Papa Francisco: las periferias de los indiferentes, de los que no creen, de los que creen a medias o han dejado casi morir su fe, para anunciarles a Cristo como Aquel en quien van a encontrar la respuesta auténtica a sus interrogantes últimos y transcendentales.

Pide, igualmente, de nosotros una humildad grande para darnos cuenta de que no es nuestra valía la que evangeliza, sino la fuerza de Dios, que es mucho más poderosa que nuestra fragilidad; que no podemos desanimarnos porque sean pocos los frutos que conseguimos, porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino al Señor.

Reclama de nosotros como fundamental la caridad, una caridad que nos debe llevar a amar con verdadero amor a Dios y a los hermanos, porque sólo el amor nos va a mantener en la lucha por el evangelio y en la misión de extenderlo por todo el mundo. Porque sólo a través del amor a Dios y a los hermanos seremos capaces a anunciar a los hombres de nuestro tiempo la verdad fundamental de nuestra fe: que Dios los ama a pesar de su indiferencia y a pesar de sus pecados y les llama a que también ellos le amen y se interesen por Él.

Miremos a nuestro santo, contemplemos sus virtudes y su estilo de vida y pidamos al Señor que nos ayude a imitarle en la nuestra, sabiendo que si lo hacemos seremos mucho más fecundos en nuestra pastoral y en nuestra vida cristiana y estaremos cumpliendo mucho mejor con la misión que el Señor nos ha confiado respondiendo así más acertadamente a lo que el mundo actual necesita. Así sea.

Homilía en la Fiesta de Santa Clara

Iglesia de Santo Domingo (Soria), 11 de agosto de 2013

Queridos PP. Franciscanos y demás sacerdotes concelebrantes

Querida Madre Abadesa y hermanas de esta Comunidad de Religiosas pobres de Santa Clara

Miembros de la Orden franciscana seglar

Queridos hermanos todos que habéis querido en esta tarde acudir a esta Eucaristía y honrar a Santa Clara

No necesito repetir la historia de la vida de Santa Clara porque todos la tenemos en nuestra mente y la conocemos suficientemente. Sí quiero tener en cuenta las facetas más relevantes de su vida para vernos todos y cada uno de nosotros, y especialmente vosotras queridas Hermanas pobre de Santa Clara, reflejados en ella para que suscite en nosotros el deseo de imitarla y que nuestra vida se parezca cada día más a la suya.

En nuestra santa descubrimos los pasos que se han dado también en nuestra propia vocación, y encontramos un verdadero modelo de seguimiento y ser así fieles como lo fue ella al camino por el que Dios la llamó y al cual ella supo responder con tanta generosidad.

Dios sembró en su corazón el deseo de entrega total y absoluta a Él. El Señor se lo hizo sentir desde los primeros años de su infancia, al estar educada por una madre eminentemente cristiana que le puso en el camino de la entrega al Señor. Desde muy niña Clara se vio dotada de innumerables virtudes y aunque el ambiente familiar le inclinaba a otra cosa, sin embargo supo desde muy pronto ser asidua a la oración y a la mortificación. Consciente de este panorama, ella busca otro modo de vida, otro lugar que le ayude a cumplir lo que siente dentro de su corazón. Por eso, frecuentemente oye los sermones de San Francisco y en uno de ellos es cuando definitivamente se produce su conversión y decide entregar para siempre y en su totalidad y exclusividad su vida a Dios.

Se encuentra en esa actitud de búsqueda cuando oye a Francisco y se da cuenta de que aquellas palabras que él decía en su sermón sobre el tiempo propicio de la cuaresma, se dirigen a ella y decide que ése era el tiempo propicio para entregarse plenamente al Señor. Francisco le dijo lo que suponía la vida de seguimiento total de Jesucristo en la que estaba pensando, que para ser plenamente libre para seguirle a Él debería liberarse de las riquezas y bienes materiales y entregarse a una vida pobre, de oración y penitencia.

Está ha sido también la historia vocacional de todas y cada una de vosotras. Viendo en el mundo, el Señor sembró en vuestro corazón el deseo de seguirle de una



manera mucho más auténtica, más radical. Esta idea del seguimiento de Jesús de una forma plena y radical estuvo desde un determinado momento de vuestra vida rondando vuestra cabeza y vuestro corazón.

Si Dios, en el caso de Clara, se sirvió del sermón de Francisco, en el caso de cada una de vosotras se sirvió de otros medios para que, poco a poco, pero de manera cada día más decidida fuerais viendo claro que Dios os quería para Él solo.

Esa llamada y propuesta del Señor fue adquiriendo cuerpo y haciéndose cada día más clara en vuestra vida, en vuestra cabeza y especialmente en vuestro corazón, hasta que movidas por un hecho concreto o por varios medios que Dios puso en vuestro camino, decidísteis abandonar el mundo para hacer vuestra entrega al Señor.

Santa Clara, a través de toda su vida, fue perfilando y siendo fiel al designio de Dios que la llamaba, y fue avanzando y dando pasos para hacer realidad su entrega en exclusividad al único Señor, al único Esposo.

En este itinerario de entrega total se concreta su ideal de pobreza a imitación de Jesucristo pobre, que de tal manera pesaba en ella que no permitió disfrutar ni siquiera de los privilegios y rentas que algunos Papas le concedieron, suplicándoles que no la liberaran de la obligación que tenía de ser pobre como lo fue Jesucristo.

La vida de Clara fue un amor apasionado por Jesucristo, su Esposo, y desde Él supo ser transparencia, signo y sacramento existencial de su presencia y misterio. Con su entrega al Esposo estaría haciendo realidad lo que diría Benedicto XVI: *“Quien encuentra a Cristo no solo no pierde nada, sino que gana todo”*.

Se concreta también en una total confianza en el Señor, por lo que cuando alguien le hablaba de pensar en el futuro, ella le contestaba con todo convencimiento: *“Mi Padre celestial, que alimenta a todas las avecillas del cielo, nos sabrá alimentar también a nosotras”*.

El corazón de Clara esta lleno de amor, necesitaba y buscaba el amor. Era como una sed que no se colma ni se apaga con nada, por eso deja purificar su corazón de todo lo que estorba hasta llenarse del único que sacia. Ella deja entrar al Esposo en su corazón, como el único amor de su vida virgen, por eso dirá en sus escritos a su hermanas: *“grande es nuestra vocación; gracias porque me has creado y me has cuidado con amor eterno; es un negocio importante dejar lo temporal por lo eterno, recorre la senda de la felicidad segura y gozosa, ama en todo a Aquel que del todo se entregó por amor; con enamorado corazón os habéis unido al Esposo más noble; dedicaos al Señor en pobreza para servirlo en libertad”*.

Su entrega en pobreza, siendo plenamente libre para seguir sólo y totalmente al Esposo, la hizo en su vida en fraternidad, en amor a las hermanas, porque ella sabía que la fraternidad cristiana es signo de la gran fraternidad de los hijos comprados no a precio de oro o plata sino a precio de la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Desde las pequeñas fraternidades se dilata hasta lo universal el Cuerpo de Cristo. Esta vivencia de la fraternidad es la que le lleva a inculcar tanto su importancia a las hermanas: *“El Señor nos dio a nuestro padre Francisco y a nuestras hermanas como ayuda en el camino hacia Él; el Señor me regaló hermanas; somos modelo y espejo para otras llamadas por el Señor a la misma fraternidad y vocación; somos sustentadoras de los miembros vacilantes del Cuerpo de Cristo; acojámonos como Cristo nos acogió a cada una; el amor a la hermana tiene que ser mayor que el de una madre a su hijo; permaneciendo en el secreto del monasterio, nuestra luz se difunde sobre el mundo; seremos luminosas a los pies de la Iglesia; unas para otras somos esposas, madres y hermanas”*.

Su vida de entrega total y en exclusiva al Esposo la vivió con una vida llena de mortificaciones, y no contenta con las mortificaciones de las demás hermanas se imponía el ayuno a pan y agua los cuarenta días de la cuaresma, algunos días a no comer ni beber nada y a dormir en una dura tabla, aunque la vida le fue enseñando a no ser tan exagerada en imponerse penitencias porque corría peligro su salud.

Ella acepta en su vida los planes de Dios aunque estos vengan cargados de dolor y sufrimiento. Los 27 años que estuvo enferma vivió la enfermedad con una paciencia heroica. En su lecho borda, hacía costuras y reza sin cesar. Mientras agonizaba le leían la pasión del Señor y ella repetía: desde que me dediqué a pensar y meditar en la pasión del Señor mis dolores y sufrimientos no me desaniman sino que me consuelan.

Su vida fue una vida para Cristo, en Cristo y con Cristo, un modelo para sus hermanas con las que convivió y un modelo para todos nosotros que la contemplamos después de nueve siglos. Supo renunciar a todas las comodidades y placeres del mundo por el solo amor a Cristo, a quien no escatimo ni sacrificios ni penitencias, con tal de amarle sólo a Él desde la libertad que da el tenerle. Su vida fue una vida desde Cristo y para Cristo, viviendo en pobreza total, por imitación a Jesús pobre y en contacto continuo, íntimo y directo con Él a través de la oración.

Vamos a pedir hoy al Señor, poniendo como intercesora a Santa Clara, por todos nosotros y de manera especial por todas vosotras, queridas hermanas, que habéis sentido la llamada de Dios a seguir por el mismo camino de Santa Clara y estáis tratando de encarnar el modelo y ejemplo que ella os dejó. Que como ella dice, seáis modelo y espejo para otras llamadas por el Señor a la misma fraternidad y vocación; seáis sustentadoras de los miembros vacilantes del Cuerpo de Cristo; acojáis como Cristo nos acogió a cada una; os améis con ese amor que tiene que ser mayor que el de una madre a su hijo; que permaneciendo en el secreto del monasterio, vuestra luz se difunda sobre el mundo; seáis luminosas a los pies de la Iglesia; unas para otras seáis esposas, madres y hermanas. Así sea.

Homilía en la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María

Catedral, 15 de agosto de 2013

Excmo. Cabildo catedral

Ilustrísimas autoridades

Queridos hermanos todos que habéis venido a honrar a nuestra Señora la Virgen asunta al cielo, que es la titular de nuestra catedral

Celebramos hoy una de las fiestas más antiguas en honor de la Virgen María, la solemnidad de su Asunción a los cielos, que en otro tiempo se conocía como la fiesta de la dormición de la Virgen y que en nuestros días es conocida popularmente como la "Virgen de agosto", tan celebrada en tantos pueblos de nuestra diócesis y de toda la geografía española.

La Asunción de la Virgen al cielo tiene un sentido teológico profundo: nos presenta a María como modelo de la humanidad redimida y glorificada.



Por eso, la celebración de hoy tiene un tono de victoria y esperanza. El triunfo de la Virgen es un poco nuestro propio triunfo y el de la humanidad entera.

La fiesta de la Asunción es una fiesta que nos habla de esperanza en un mundo en el que parece faltar y nos sobran miedos, angustias y desánimo a todos los niveles. Hoy es un día para creer en el optimismo y en la esperanza, la victoria de María es una victoria contagiosa, es un canto a la esperanza y un canto a la vida a pesar de la muerte.

La Asunción de la Virgen actualiza tres significados muy importantes para nosotros como cristianos:

1.- Nos habla de la victoria de Cristo. Este es el punto central de la salvación y de nuestra historia. Cristo Resucitado, como decía San Pablo, es el contenido prioritario de nuestra fe. Él es la "primicia", Él es el primero que triunfa plenamente de la muerte y del mal, resucitando a una vida nueva.

2.- La Virgen María es la primera cristiana que participa más plenamente en esa victoria de Cristo, siendo también elevada en cuerpo y alma a la gloria. La Virgen que estuvo siempre y totalmente entregada a Dios, que creyó en Él, que fue radicalmente dócil en su vida a lo que Dios le pedía, es glorificada hoy como primer fruto de la pascua de Jesús. Ciertamente Dios ha hecho obras grandes en ella.

3.- La victoria de Cristo en su resurrección y el triunfo de la Virgen en su Asunción a los cielos tiene una proyección en todos nosotros como creyentes. Cristo ha resucitado y nosotros también un día resucitaremos, todos participamos de la victoria de Cristo sobre el mal y la muerte y estamos destinados a resucitar con Él. El triunfo de María es anuncio de nuestro triunfo, ella es primicia de lo que el género humano está destinado a ser también, ella es prototipo de lo que la humanidad entera está destinada a ser.

Por eso, al celebrar la victoria de María en su Asunción a los cielos en cuerpo y alma celebramos también nuestra propia victoria, ella es figura y primicia de la Iglesia que también un día será glorificada, ella es consuelo y esperanza para nosotros, su pueblo, que aún caminamos como peregrinos por la tierra hacia la patria eterna.

La solemnidad de la Asunción de la Virgen es un claro "sí" a la esperanza para toda la comunidad cristiana; por eso, nosotros, aunque corran tiempos de problemas y dificultades, estamos convencidos de que un día llegaremos a disfrutar de su victoria.

La Asunción de la Virgen es un grito de fe en que es posible esta salvación, es una respuesta a los pesimistas y desesperanzados, es una respuesta al hombre materialista y secularizado, es la afirmación de que hay algo que trasciende las realidades puramente humanas y nos muestra la meta de nuestra esperanza. La celebración de la Asunción de la Virgen es la prueba de que el destino del hombre no es la muerte, ni el caos, sino la vida y la felicidad.

Al celebrar hoy la Asunción de María estamos afirmando nuestro destino de salvación, nuestro optimismo en el presente y nuestra esperanza en el futuro. La solemnidad de la Asunción de la Virgen a los cielos adquiere una importancia capital para los hombres y mujeres de este momento, que tantas veces se niegan a mirar más allá de este mundo, como si la tierra y la felicidad terrena fueran nuestro comienzo y nuestro final

La solemnidad de la Asunción es una invitación a no mirar tanto al suelo y a elevar nuestros ojos, nuestra mirada, pensamiento y corazón al cielo, que es nuestro destino

último y patria definitiva. Por eso, la celebración de la Asunción de María nos hace una llamada especialmente significativa en medio de este mundo materialista que sólo mira y sólo ve de tejas para abajo, a mirar al cielo como nuestro último y auténtico destino y lo hace a través de la figura de María que ha sido glorificada definitivamente en cuerpo y alma junto a Dios en el cielo.

También es una llamada a vivir la vida con alegría. Nuestra alegría se funda en que la glorificación de María es anticipo, presagio y anuncio de la gloria que nos espera a todos los redimidos por Cristo si somos capaces de recorrer esta vida como peregrinos que saben que su verdadero destino no es este mundo sino la vida eterna.

María es la primicia de los redimidos por Cristo, el fruto más espléndido y granado de la redención de Cristo. Decía Pablo VI en la Exhortación apostólica *Marialis Cultus*: “*La Virgen nos ofrece la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte*” (n. 57). Lo que en ella ha sucedido es lo que debe sucedernos a todos nosotros, donde ella está estaremos nosotros y el destino suyo es el destino de cuantos hemos sido redimidos por la muerte y la resurrección de Cristo.

Acojémonos a su protección y amparo para que nos ayude a vivir nuestra vida desde la fe y desde el plan de Dios sobre nosotros como ella lo vivió continuamente: Bajo tu protección y amparo nos acogemos, no deseches nuestra suplicas y líbranos siempre de todos los peligros, para que un día podamos gozar como tú y contigo en el cielo.

Que María Asunta en cuerpo y alma a los cielos sea siempre nuestro modelo, para que viviendo lo que ella vivió y como ella lo vivió merezcamos gozar de lo que ella goza y ser felices para siempre en el cielo gozando de la compañía de su Hijo y de todos los que en la vida hicieron del evangelio su hoja de ruta y lo trataron de vivir con las mismas actitudes de fe, esperanza y amor de la Virgen. Así sea.

RADIOMENSAJES CADENA COPE

Llamados a ser testigos del Señor

7 de julio de 2013

Queridos diocesanos:

Durante todo este Año de la fe y durante todos los tres años que durará nuestra Misión diocesana hemos escuchado y seguiremos haciéndolo una realidad fundamental en el presente momento de la evangelización de nuestro mundo: **la necesidad y la urgencia del testimonio cristiano**. Benedicto XVI, en su Motu proprio *Porta fidei* para proclamar el Año de la fe insiste repetidas veces en este mensaje: “*Deseamos que este Año suscite en todo creyente la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, confianza y esperanza... Al mismo tiempo esperamos que el testimonio de vida de los creyentes sea cada vez*



más creíble” (n. 9); “Confesar con la boca indica, a la vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público” (n. 10); “El Año de la fe será una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad; la fe sin la caridad no da fruto, la caridad sin la fe sería un sentimiento constante a merced de La duda... La renovación de la Iglesia pasa por el testimonio de la vida de los creyentes” (n. 6)

Con todas ideas, Benedicto XVI explicaba claramente la importancia de la realidad del testimonio cristiano. La fe es un don de Dios pero un don que se nos ha dado, no para que lo guardemos sino para que lo comuniquemos a los demás y ellos también puedan vivir con nosotros la alegría de la fe. El discípulo de Jesús, con su testimonio de vida, no hace sino el seguir los pasos del Maestro que fue el Testigo supremo (cfr. Jn 18, 37) y participar en su mismo testimonio. Como el Padre envió al Hijo, así todos y cada uno de nosotros somos enviados por el Hijo a ser sus testigos, a testimoniar con palabras y obras el amor de Dios (cfr. Jn 20, 19-23).

Los cristianos hemos recibido de Cristo el mandato de seguir dando fielmente testimonio de Él en solidaridad con los otros: *“Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 18-20) El testimonio cristiano sigue siendo sumamente importante hoy porque el mundo sigue sin conocer ni amar al Señor, sigue sin encontrarse con Él para poder seguirle. Hoy **sigue habiendo entre nosotros muchas personas que siguen sin conocer a Cristo porque nadie les ha hablado de Él ni se han encontrado con nadie que, con el testimonio de su vida, les impactara e interpelara**; conocemos a otros que, teniendo noticia de Él, son totalmente indiferentes a todo cuanto les hable de su Persona y su Mensaje; también sabemos de otros muchos que creyeron porque fueron educados en una familia cristiana pero a quienes el ambiente laicista ha desgarrado su fe; finalmente, conocemos a otros que se sienten decepcionados de lo que ven en la vida de los que nos decimos seguidores de Cristo y piensan que no merece la pena vivir la vida de fe como lo hacemos nosotros.

Estas situaciones nos están reclamando una **verdadera autenticidad en la vivencia de nuestra fe, una vivencia de la fe sin rebajas a gusto del consumidor**, una vida de fe en la que no todo vale ni que puede ser vivida a medias. Nuestra vida como verdaderos seguidores del Señor debe llevarnos a una **continua conversión** que nos ayude a vivir la fe en toda su riqueza y exigencia en la vida de cada día, en las circunstancias cotidianas en las que desarrollamos nuestra existencia: en la familia, en el trabajo y en la relación humana. Solo así estaremos siendo verdaderos testigos del Señor y su mensaje para los demás en este momento actual en que nos ha tocado vivir.

Todos somos responsables, en alguna medida, de la vivencia de la fe, el anuncio del Evangelio y, en definitiva, de la salvación de los demás; de ahí la importancia de nuestro testimonio como llamada a los demás a vivir la fe desde la radicalidad y autenticidad de Cristo. Ya Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* afirmó: *“El hombre actual cree más a los testigos que a los profetas y si cree a los profetas es por lo que tienen de testigos”* (n. 4). Años más tarde, el beato Juan pablo II repetía la misma idea con palabras

más concretas y contundentes al recordar que el único evangelio que muchos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo van a leer es el del testimonio de los cristianos. Del mismo modo, Benedicto XVI y el actual Papa Francisco han repetido la centralidad de esta verdad.

Éste es el camino que el Señor nos pide que hagamos nuestro: ser discípulos suyos llevando una vida según el estilo que Él vivió y ser testigos/misioneros de nuestra fe para los demás. Respondamos con generosidad a su llamada.

¿Quién es mi prójimo?

14 de julio de 2013

Queridos diocesanos:

¿Qué tengo que hacer para alcanzar la Vida eterna? Ésa es la pregunta que aquel maestro de la ley hace a Jesús. Ésta es una pregunta que seguro que cada uno de nosotros nos hemos hecho más de una vez en nuestra vida: ¿qué hacer para alcanzar el Cielo? La respuesta de Jesús a aquel letrado y a nosotros es la misma: amar a Dios sobre toda las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

A esta respuesta de Jesús sigue otra del letrado: "*¿quién es mi prójimo?*". Jesús le contesta con una parábola para que lo entienda: la parábola del buen samaritano. En ella desfilan distintos personajes: uno que, cuando ven al herido en el camino, miran para otro lado y toman otro camino para no verlo; otro que, ante aquel hombre malherido, le hacen culpable a él de su situación; otro que se baja de su cabalgadura, toma al herido, lo sube sobre su caballo y lo lleva a la posada, da de su dinero para que lo cuiden y, si necesita más, volverá a preguntar al posadero a la vuelta para pagar lo que se deba. Éste fue el buen samaritano, el que se comportó como debía con aquella persona que le necesitaba.

En nuestra sociedad nos encontramos con muchas personas caídas en la cuneta de la vida: pobres que piden limosna; enfermos terminales que viven solos su enfermedad; desahuciados por distintas causas; familias enteras y personas individuales en las que el paro ha hecho carne y no disponen de lo mínimo para vivir; emigrantes que salieron de su tierra en busca de una vida digna pero a los que nadie ampara; etc. Muchas situaciones de personas malheridas por la vida que reclaman de nosotros una atención y una solución a su problema.

También entre nosotros solemos encontrar las distintas actitudes de la parábola: hay quien, ante alguien que pide limosna, no sólo no le da nada sino que le culpa de su situación y lo califica como vago aunque no hace nada por ayudar; están los que miran para otro lado para no enterarse de que cerca hay personas que lo están pasando mal y que requieren atención; otros a los que, desde su egoísmo, les resbalan estas situaciones y practican aquello de "sálvese quien pueda" o aquello otro de que "cada uno se saque sus castañas del fuego". También hay muchos que son solidarios con los necesitados, malheridos de la vida, pobres, tristes, solos, personas necesitadas y ponen de su



parte lo que pueden, los toman en serio y comparten con ellos sus bienes, solidarizándose con sus necesidades y ayudándoles a solucionarlas.

Cada uno sabemos dónde nos encontramos nosotros y cómo actuamos; por eso, como cristianos y seguidores de Jesús, tenemos que preguntarnos: ¿qué hago por los demás? ¿soy de los que miran para otro lado? ¿soy de los que egoístamente sólo pienso en mí mismo? ¿soy buen samaritano que toma con amor a los que sufren cerca, tratando de aliviar sus penalidades con fraternidad y amor? El Señor nos dice que si queremos heredar la Vida eterna debemos amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos. Pensemos: ¿es Dios realmente mi amor primero y más importante? ¿cómo amo a los necesitados y cómo respondo a sus necesidades?

Que el Señor nos ayude a amar hasta que nos duela.

Abuelos, hijos y nietos

21 de julio de 2013

Queridos diocesanos:

En el verano, las casas de nuestros pueblos (y mucho más con la crisis económica) se llenan de alegría, de bullicio y de familia coincidiendo en la casa de los abuelos tres generaciones completas: los abuelos, los hijos y los nietos. ¡Qué riqueza de unión de las distintas generaciones! ¡Cuánto podemos aportarnos los unos a los otros para lograr que estos días estén llenos de contenido humano y contribuyamos a hacernos más felices compartiendo veladas, experiencias y, sobre todo, amor!

Los abuelos tenéis una rica vida con una experiencia fuerte que enseñar a los nietos y a vuestros hijos; vivisteis y vivís otro estilo de vida con grandes valores, generalmente. Los hijos y los nietos necesitan de la experiencia de vuestras canas y de vuestra serena ancianidad; habéis vivido con escasos recursos pero una vida feliz tanto a nivel humano como cristiano. Sabemos que los medios económicos han sido y son importantes para vivir pero éstos no son los únicos y los más importantes valores por los que luchar en la vida, que merecerá la pena cuando se cultive el amor, el cariño y la ayuda. ¡Qué orgullosos, queridos nietos, se sienten vuestros abuelos cuando dando un paseo con vosotros os cuentan mil historias que seguro que vosotros ni os imaginabais de lo que ellos han pasado para sacar a sus hijos adelante, de lo que han luchado en la vida, de lo felices que han sido con muy pocas cosas!

Vosotros, abuelos, sois maestros de fe; lo fuisteis para vuestros hijos y los sois ahora para vuestros nietos. ¡Cuánto sabéis de la presencia de Dios en vuestras vidas y lo mucho que os ha ayudado y os ayuda creer en un Dios que os ama, que está pendiente de vosotros, que os ha abierto su Corazón cuando todas las puertas en la vida parece que se os cerraban! **Contad a vuestros hijos y a vuestros nietos que sin Dios no se puede vivir ni sostener la esperanza**, sobre todo en los momentos de dificultad; recordadles cómo vuestra fe os ha ayudado a quereros, a perdonaros, a saber sacrifica-

ros por aquellos que queréis; hacedles ver que Dios ha sido para vosotros el compañero infatigable de camino que nunca os ha abandonado sino que siempre ha estado a vuestro lado dándoos fuerzas para seguir adelante. Enseñadles que Dios les quiere mucho más que lo que nadie puede imaginarse pues, a pesar de nuestros fallos, Él nos sigue demostrando su amor, como lo demostró de forma suprema dando su vida por nosotros en la cruz.

En vuestra casa, seguro que cuando estáis solos, rezáis al acostaros, a la hora de comer para darle gracias por la comida que os da cada día, etc. ¡No dejéis de hacerlo porque estén vuestros hijos y vuestros nietos delante! Ellos necesitan veros rezar y ver que para vosotros Dios es importante y que contáis con Él en todo momento. Vuestros hijos y nietos respiran en una sociedad que ha marginado a Dios y olvida los grandes valores humanos y cristianos que tan preciosamente habéis vivido vosotros; decidles la belleza de la alegría del alma cuando no se es egoísta ni se mira solo por uno mismo; cuando se hace algo bueno por la felicidad de los demás; cuando se ayuda o cuando se preocupa de lo que les sucede a los otros para poder echarles una mano. Que vean en vosotros que se puede ser feliz olvidándose un poco de los intereses particulares para pensar más en lo que pueden aportar para que los demás, los que conviven juntos y los que están lejos puedan ser un poco más felices, se sientan queridos y acompañados en las dificultades.

¡Cuántas veces nos quejamos viendo los caminos por los que está caminando nuestra sociedad actual! Pero debemos recordar que las cosas que suceden en nuestro mundo egoísta y sin Dios las hacemos o permitimos entre todos; todos hemos colaborado a que tantas veces la maldad se vea más que la belleza y la bondad que nacen de Dios dejándonos arrastrar por lo fácil, por la mentira y el egoísmo, mirando para otro lado ante el dolor ajeno. ¡Enseñadles a ser fraternales con los compañeros, con los hermanos, con los que tienen más cerca, porque así les estaréis enseñando a construir la sociedad que anhelamos! **De lo que sembremos en el corazón de nuestros niños y jóvenes va a depender lo que sean ellos de mayores para construir una sociedad corrupta y sin valores o para que sean constructores de una sociedad mejor en la que el amor gane espacio al egoísmo, donde la paz gane a las enemistades y donde Dios no sea un desconocido.**

¿Veis la riqueza de una convivencia de tres generaciones en verano en la casa de los abuelos? Aprovechemos estos días de vacaciones veraniegas para querernos de verdad, para demostrar a los otros que son muy importantes para nosotros. ¡Que entre todos construyamos una verdadera familia feliz! ¡Felices vacaciones en casa de los abuelos!

“Señor, enséñanos a orar”

28 de julio d 2013

Queridos diocesanos:

“Señor, enséñanos a orar” es el ruego ferviente que los discípulos hacen a Jesús. Saben que Juan enseñó a hacerlo a sus discípulos y ellos quieren también que el Señor les enseñe cómo deben rezar. Éste debería ser también nuestro ruego hoy al Señor: ¡enséñanos



a orar! Unos no saben dirigirse a Dios porque nadie les ha enseñado y Dios es para ellos un Dios del que pasan mientras siguen otros dioses mundanos; otros rezamos mal porque lo hacemos teniendo en nuestra vida actitudes que se oponen a lo que Él nos pide; otros rezamos no para ajustar nuestra vida a las exigencias del Señor sino para convencer a Dios de lo que nosotros queremos. Por eso, una vez más, siempre tendremos que hacer al Señor esta súplica confiada: ¡enseñanos a orar!

El Señor nos dirá como dijo a sus discípulos: *“cuando recéis decid: Padre nuestro que estás en el cielo...”*. Una oración que hemos repetido muchas veces, a veces sin darnos cuenta de lo que decimos y de lo que significa cada una de las peticiones que en ella hacemos. El Padrenuestro es una oración que nos compromete a vivir el estilo propio de Jesús en nuestra vida. Llamar a Dios *Padre* es reconocerle como el mejor Padre que nos ama, que tiene un corazón capaz de compadecerse de las miserias de los hombres, un padre que es capaz de perdonar a sus hijos. Llamarle Padre es agradecerle su amor y su perdón, su providencia y cuidado sobre nosotros.

Decirle a Dios *Padrenuestro* quiere decir que nosotros reconocemos que Dios no es sólo Padre mío sino Padre de todos y que, por lo mismo, somos hermanos de todos los hombres a los que tenemos que querer, ayudar y estar a su servicio. Si le decimos *“santificado sea tu nombre”* no es sólo un deseo sino un compromiso de hacer presente la santidad de Dios en nuestra vida, siendo nosotros también santos. Cuando le decimos *“venga a nosotros tu reino”* le estamos pidiendo que nos ayude a hacer presente con nuestra vida el Reino de Dios, viviendo las notas características de este Reino, que no es un Reino de poder sino de servicio, de amor, de justicia y de paz. Con la petición *“Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”* le estamos pidiendo a Dios que nos ayude a ajustar nuestra vida a la voluntad de Dios como Cristo lo hizo en todo momento, en los momentos en los que la vida nos sonríe y en aquellos otros en los que se nos hace más cuesta arriba; que siempre cumplamos, Señor, tu voluntad. *“Danos hoy nuestro pan de cada día”* es pedirle a Dios que no le falte a nadie el pan material con el que alimentar su cuerpo, que desaparezca el hambre en el mundo, que nos dé el pan de su Palabra que nos marca el camino que hemos de seguir para ser sus discípulos, el Pan de su Cuerpo y de su Sangre que alimente nuestra fe y nos dé fuerza para ser verdaderos seguidores en medio de nuestro mundo. *“Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”* es reconocer que necesitamos del perdón y de la misericordia de Dios porque somos pobres, débiles y pecadores pero también nos comprometemos a saber y querer perdonar a quienes nos ofendan. *“No nos dejes caer en la tentación”* significa reconocer que nuestra vida está rodeada de llamadas y tentaciones a vivir por otros caminos distintos de los que el Señor espera de nosotros como sus seguidores, tentaciones que vienen de dentro de cada uno de nosotros, de los demás y del ambiente de este mundo en el que nos encontramos y vivimos; por eso, Señor, no nos dejes caer en la tentación. Concluir pidiendo *“libranos del mal”* es suplicar al Señor que nos libre de todos los males que nos rodean (males materiales, males como la enfermedad, etc.) pero sobre todo que nos libre del mal por excelencia que es el mal del pecado, de la separación de nuestra vida de Dios y de los hermanos.

Recemos hoy muchas veces el Padrenuestro pero, sobre todo, recémoslo siempre siendo conscientes de lo que pedimos y a lo que nos compromete la oración de Jesús.

En la fiesta de San Pedro de Osma

4 de agosto de 2013

Queridos diocesanos:

El viernes 2 de agosto celebrábamos la fiesta del patrono principal de nuestra Diócesis de Osma-Soria, San Pedro de Osma. En este Año de la fe quiero resaltar de la vida de San Pedro de Osma la faceta más importante: fue **un hombre de fe, que vivió desde la fe y al servicio de la fe**. Comenzó su camino de fe al vivir en una familia realmente cristiana que le inició, le acompañó con su ejemplo y le impulsó a vivir de forma madura y auténtica las exigencias de la fe. La realidad de muchas de nuestras familias actuales contrasta con la manera de proceder de la familia de San Pedro de Osma; esto nos interpela y nos urge a recuperar en nuestras familias la identidad de familias cristianas que viven desde la fe, en las que Dios sea realmente alguien importante, que sean verdaderas “iglesias domésticas” en las que Dios se conozca y donde se siente su presencia, hogares donde se cuenta con Él, se ora y se transmite la fe.

De tal manera fue importante Dios y la fe para San Pedro de Osma que le lleva a romper con todo cuanto en su vida le dificulte su fidelidad al Señor. Nuestro patrono, como muchos caballeros de su tiempo, comenzó la carrera de las armas en la que demostró su carácter intrépido y decidido así como la elevación de su espíritu pero, advirtiéndole que en ese mundo estaba rodeado de peligros para su fe y sintiéndose tentado constantemente a seguir las vanidades de este mundo, tomó la decisión de entregarse a la vida religiosa como un estilo de vida que le iba a permitir crecer y ser fiel a lo que su fe le pedía. Movidado por este objetivo de fidelidad a las exigencias de su fe ingresó en un monasterio de la Orden benedictina donde destacó por su fe y por su espíritu entregado. Lo mismo sucedió cuando, años más tarde, es llamado por el Arzobispo de Toledo para realizar la reforma cluniacense en España: siguió con fidelidad su llamada porque en ella descubría el plan de Dios y para Él lo primero fue siempre ser fiel a los planes de Dios. En todos los monasterios en los que estuvo destacó por su religiosidad, su espíritu de trabajo y su amor a los pobres. Es ésta otra faceta de la vida de nuestro santo que contrasta bastante con el estilo de muchos cristianos actuales que, lejos de tener como primer objetivo de su vida el seguimiento de la voluntad de Dios, se niegan a abandonar los criterios del mundo aunque puedan suponer un peligro real para su fe.

Muchos de nuestros cristianos (tal vez nosotros mismos) están tentados a hacer de nuestro ser creyente algo en lo que todo vale, una vida en la que no estamos dispuestos a renunciar a aquello que supone peligro para nuestra fe o que va en contra de ella. ¡Cuántas veces queremos ser cristianos pero, a la par, ser del mundo y vivir como todos los demás del mundo! Sabemos que esto es imposible. Benedicto XVI, consciente de esta realidad del creyente actual, al comenzar el Año de la fe nos pidió a todos los cristianos una verdadera **renovación de la fe**. Nos llamó a revisar nuestra fe y renovarla en una vivencia mucho más auténtica, abandonando la fe descafeinada que a veces vivimos y que se parece bien poco a lo que debe ser verdaderamente; nos impulsó a renovar en nosotros la vida cristiana para que interpele y ayude a los demás al encuentro con Cristo Salvador.

La renovación de nuestra fe, nos decía el mismo Benedicto XVI en *Porta fidei*, exige una verdadera **conversión personal** de cada uno de nosotros, un cambio profundo en nues-



tra manera de vivir la condición de discípulos y seguidores de Cristo, una transformación personal que nos haga recuperar la vivencia auténtica de lo que supone realmente ser discípulos y seguidor de Jesucristo.

Otra faceta que llama particularmente la atención en la vida de fe de San Pedro de Osma es su lucha por extender el Reino de Dios, su afán por predicar el mensaje salvador de Cristo a todos los diocesanos que el Señor le había confiado. Para ello no va a ahorrar ni esfuerzos ni trabajos por duros que le resulten. San Pedro de Osma fue un **verdadero modelo de pastor** que figurará para siempre en la historia como uno de los más insignes y santos prelados. Fue un pastor que restauró espiritualmente la Diócesis sin escatimar ni trabajo ni esfuerzo ni entrega a todas las tareas pastorales que ello llevaba consigo. También nosotros, con nuestra Misión diocesana, queremos llevar adelante una nueva evangelización de nuestra tierra para despertar a los creyentes a una vivencia más auténtica de la fe. Este despertar a la fe nos urge no sólo a una vivencia personal más auténtica del Evangelio sino a testificarlo ante los demás siendo verdaderos misioneros y apóstoles, sabiendo que de la evangelización del mundo somos responsables todos por el hecho de estar bautizados. Esto, además, nos debe recordar que no podemos vivir nuestra fe a escondidas sino que hemos de mostrarla a los demás para que ellos puedan vivir como nosotros la alegría de la fe.

El celo pastoral por las almas, el trabajo incansable que nuestro santo puso para llevar adelante la restauración y evangelización de nuestra Diócesis, nos ayuda a comprometernos en dar lo mejor de nosotros mismos para transformar desde la fe a cuantos formamos actualmente esta Iglesia particular de Osma-Soria. Vivamos nuestra fe plenamente, renovemos lo que haya de caduco en nosotros y seamos testigos, apóstoles, misioneros y portadores del mensaje salvador de Cristo. Que San Pedro de Osma nos ayude con su intercesión a imitarle a él y a cumplir con la misión que el Señor nos ha encomendado a todos y cada uno de nosotros: vivir desde la fe para ser sus testigos en medio de nuestro mundo.

Solemnidad de la *“Virgen de agosto”*

11 de agosto de 2013

Queridos diocesanos:

El 15 de agosto celebramos una de las Solemnidades más antiguas en honor de la Virgen María, su Asunción a los Cielos, también conocida como la Dormición de la Virgen o como, especialmente entre nuestra gente, la *“Virgen de agosto”*.

La Asunción de la Virgen a los Cielos tiene un sentido teológico profundo: nos presenta a María como modelo de la humanidad redimida y glorificada. Por eso, esa celebración tiene un tono de victoria y esperanza pues el triunfo de la Virgen es nuestro propio triunfo y el de la humanidad entera. Esta Solemnidad nos habla de **esperanza** en un mundo en el que falta la esperanza, sobran miedos, angustias y desánimos a todos los niveles. Por eso, la Asunción de María es una ocasión bellísima para creer en el optimismo y en la esperanza que nacen de Dios; la victoria de María es una victoria contagiosa, es un canto a la esperanza y un canto a la Vida. De ahí que podamos decir que la Asunción de la Virgen nos actualiza tres facetas muy importantes para nosotros:

1. En primer lugar nos habla de la **victoria de Cristo**. Éste es el punto central de la salvación y de nuestra historia. Cristo Resucitado, como decía San Pablo, es el contenido prioritario de nuestra fe. Él es la primicia, el primero que triunfa plenamente sobre la muerte y el mal resucitando a una Vida nueva.

2. En segundo lugar, esta Solemnidad nos recuerda que la Virgen María es la **primera creyente que participa plenamente en la victoria de Cristo**, siendo también elevada en cuerpo y alma a la gloria. La Virgen, que estuvo siempre y totalmente abierta a los planes de Dios, que creyó en Él, le alabó y fue radicalmente dócil en su vida a lo que Dios le pedía, es glorificada hoy como primer fruto de la Pascua de Jesús y es asociada a su victoria. Ciertamente Dios ha hecho obras grandes en ella.

3. Finalmente, el triunfo de María nos recuerda una **proyección de la victoria de Cristo** (de la que la Virgen participa) **sobre todos nosotros** como creyentes. Cristo ha resucitado y nosotros también un día resucitaremos, todos participamos de la victoria de Cristo sobre el mal y la muerte; estamos destinados a resucitar con Él. El triunfo de María es anuncio de nuestro triunfo, ella es primicia de lo que el género humano está destinado a ser; ella es prototipo de lo que la humanidad entera está destinada a ser.

Celebrar la victoria de María con su Asunción a los Cielos en cuerpo y alma es celebrar también nuestra propia victoria: ella es figura y primicia de la Iglesia, que también un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza para nosotros, su pueblo, que aún caminamos como peregrinos por la tierra hacia la patria eterna. La Asunción de la Virgen es un claro *sí* a la esperanza para toda la comunidad cristiana; por eso, nosotros, aunque corramos tiempos de problemas, de dificultades, estamos convencidos de que un día llegaremos a disfrutar de la misma victoria. Celebrar la Asunción de la Virgen es un **grito de fe** con el que manifestamos abiertamente que es posible la salvación; es una respuesta a los pesimistas y desesperanzados; es una respuesta al hombre materialista y secularizado al que sólo le importan los valores económicos; es la afirmación de que hay algo que trasciende las realidades puramente humanas y nos muestra la meta de nuestra esperanza. **La celebración de la Asunción de la Virgen es la prueba de que el destino del hombre no es la muerte ni el caos sino la Vida y la felicidad.**

Contemplar a la Virgen asunta a los Cielos es una llamada a **elevar nuestra mirada y nuestro corazón a lo alto** cuando nos negamos a mirar más allá de este mundo; cuando sólo vemos *de tejas para abajo* como si la tierra y la felicidad terrena fuera nuestro comienzo y nuestro final; es una invitación a no mirar tanto al suelo y a elevar nuestros ojos, nuestra mirada, pensamiento y corazón al Cielo, nuestro destino último y patria definitiva. María asunta al Cielo es para nosotros llamada a **vivir la vida con la alegría** que se funda en la glorificación de María por parte de Dios: ella es anticipo, presagio y anuncio de la gloria que nos espera a todos los redimidos por Cristo si somos capaces de recorrer esta vida como peregrinos que saben que su verdadero destino no es este mundo sino la Vida eterna. María es la primicia de los redimidos por Cristo, el fruto más espléndido y granado de la redención de Cristo.

Acojámonos a su protección y amparo para que nos ayude a vivir nuestra vida desde la fe y desde el plan de Dios sobre nosotros como ella la vivió continuamente. Digamos con confianza: Bajo tu protección y amparo nos acogemos; no deseches nuestra suplicas y líbranos siempre de todos los peligros para que un día podamos gozar como tú y contigo en el Cielo.



Cristo no puede dejar indiferente a nadie

18 de agosto de 2013

Queridos diocesanos:

Cada Domingo nos encontramos con el Señor y su mensaje, mensaje que es tajante como espada de doble filo y que no es ni puede ser un tranquilizante para nadie. El anuncio de Cristo, ya en su tiempo, suscitó entre los oyentes reacciones muy diversas y contradictorias: para unos era un mensaje de un loco, de alguien que estaba fuera de sí, porque no entendían de ninguna manera cómo Jesús podía decir que lo del "ojo por ojo" del Antiguo Testamento estaba superado por esta otra norma: *"Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. A todo el que te pida, dale, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames"* (Lc 6, 29-30) Para otros su mensaje era revolucionario porque enfrentaba a los oyentes con las autoridades y, por tanto, había que reprimirlo: se proclama rey (cfr. Jn 18, 33-38), habla de destruir el templo y reconstruirlo en tres días (Cfr. Jn 2, 19), exaspera a las multitudes, es un subversivo, etc. Otros, cuando le oyen hablar y conocen su mensaje, no pueden menos de seguirlo porque es atrayente de tal manera que dejan todo lo que tienen y se van tras Él (Lc 5, 11)

Nadie se queda indiferente ante la Persona de Jesús y su mensaje; por eso, en el Evangelio de hoy va a decir: *"¿Creéis que estoy aquí para traer paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos tres contra dos y dos contra tres"* (Lc 12, 51-52) Ante estas palabras de Cristo nos tenemos que preguntar en qué lado estamos: entre los que se escandalizan de sus palabras y les parecen las de un loco; entre los que le condenan porque va contra sus propias apetencias o entre los que sienten que es un mensaje tan atrayente que están dispuestos a dejar todo lo demás con tal de seguirle.

Jesús y su mensaje nos piden que nos definamos porque el que no está con Él está contra Él. A nosotros el Señor nos ha encomendado ser sus testigos, extender su mensaje por todo el mundo, para que otros le conozcan y le sigan. Ante esta misión y la situación creyente de nuestro mundo actual, tenemos que preguntarnos: si el mensaje de Jesús no deja indiferentes y nosotros estamos encargados de transmitirlo a los demás y hay tantos indiferentes ¿qué está pasando? ¿no será que no transmitimos el verdadero mensaje del Señor? ¿no será que el mensaje que transmitimos es un mensaje descafeinado, un cristianismo en el que cabe todo, tan falto de fuerza y exigencia que no interpela a nadie?

El Año de la fe nos urge a renovar nuestra fe; nos llama a hacer de nuestra fe una vida que interpele a los demás porque la vivimos con toda su exigencia y autenticidad. Si nuestra vida no interpela, no nos distingue de los demás, tal vez es que no la estamos viviendo nada más que a medias y sin la fuerza y la exigencia que ella lleva consigo. Pidamos al Señor en este Domingo que nos haga auténticos seguidores suyos para que nuestra vida interpele y llame a otros a vivir el estilo de vida del Evangelio.

La belleza de la puerta estrecha

25 de agosto de 2013

Queridos diocesanos:

Un curioso preguntó a Jesús cómo iba a ser eso de la salvación: “¿serán muchos los que se salven?”. Jesús simplemente le contesta con esta frase: “Luchad por entrar por la puerta estrecha porque muchos pretenderán entrar y no podrán” (Lc 13, 24) La salvación que Cristo ofrece a los hombres es universal, no tiene cortapisas ni de razas, ni de fronteras: “vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios” (Lc 13, 29) Dios llama a todos sin excepción a la salvación porque Él entregó su vida para obtener la salvación de todos los hombres; pero esta salvación nos pide a cada uno de nosotros unas actitudes bien concretas y un estilo de vida bien definido expresado en las bienaventuranzas.

Vivir el estilo de las bienaventuranzas, el estilo de vida que Cristo predicó y enseñó con su vida y ejemplo, resulta duro, difícil, porque supone ir contracorriente. El mundo y la sociedad ofrecen unas puertas mucho más anchas por las que entrar y vivir, una vida mucho más facilona en la que lo primero es mi placer, mi bienestar y mi yo. Jesús nos pone -como lo primero de todo- el amor a Dios sobre todas las cosas y el amor a los hermanos. Este amar a Dios antes que nada y sobre todo supone saber decir no a determinadas llamadas del mundo, supone esforzarnos por entrar por esa puerta estrecha que lleva a la Vida.

Hay otras puertas más anchas que no llevan a la salvación sino a la perdición; por eso, Cristo nos advierte y nos anima a luchar, a esforzarnos por entrar por la puerta estrecha, por aquella que sabemos que nos va a llevar a que un día nos encontremos con Jesús cara a cara para gozar con Él para siempre. No sirven las medias tintas, no sirve querer ser servidor de Jesús y, al mismo tiempo, ser del mundo y seguir al mundo, querer ser uno más del mundo queriendo ser al mismo tiempo cristiano.

El Señor nos pide que nos definamos, que sigamos el camino que Él nos marca aunque nos resulte más tortuoso y menos asfaltado, porque sabemos que por él llegaremos a la salvación. Ahora bien, si preferimos vivir por los anchos caminos, por los derroteros fáciles de la vida, puede ser que cuando llamemos a la puerta para que nos abran la encontremos cerrada y nos diga el Señor desde dentro que no nos conoce.

Renovemos nuestra fe, convirtámonos a lo que el Señor nos pide y seamos consecuentes en nuestra vida viviendo los valores del Evangelio, el estilo de vida de Jesús; seguro que encontramos la puerta de la Vida abierta para nosotros.



VICARÍA GENERAL

CARTAS

Solemnidad de san Pedro de Osma, Patrón principal de la Diócesis

El Burgo de Osma, 15 de julio de 2013

Queridos hermanos:

El día 2 de agosto, viernes, celebraremos, (D. m.), la solemnidad de **San Pedro de Osma**, Patrón principal de nuestra Iglesia Diocesana de Osma-Soria. Como sabéis, el Ayuntamiento de El Burgo de Osma no incluye esta festividad entre las fiestas de la localidad, lo cual no resta un ápice al sentido religioso de la misma. Es importante que cada vez con más claridad sea percibida esta fiesta como lo que es, una celebración diocesana; no en vano celebramos la Memoria del restaurador de nuestra Diócesis, cuyos restos reposan en la Catedral donde tiene su sede el Obispo.

Con motivo de esta festividad, y en nombre del Sr. Obispo, os invito a los actos previstos para ese día en los que participarán, como es tradición, algunos monjes de la Comunidad Benedictina de Santo Domingo de Silos:

12:00h. Procesión y Misa concelebrada en la Catedral

(Los concelebrantes vendrán provistos de alba y estola blanca)

14:00h. Comida de fraternidad en el restaurante Castilla Termal, por encontrarse en obras el Seminario

Para organizar debidamente la celebración de la Eucaristía y el almuerzo, os pido que quienes deseéis participar lo comunicéis llamando en horario de mañana a las secretarías de la Curia en Soria **antes del 26 de julio (tel. 975 227 338)**. Os ruego, como siempre, que seáis solícitos en esta comunicación.

Hasta ese día, recibid un cordial saludo,

EL VICARIO GENERAL
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

Colecta extraordinaria por las necesidades de la Diócesis

Soria, 9 de agosto de 2013

Queridos hermanos:

El próximo día **18 de agosto** tendrá lugar en todas las iglesias de la Diócesis la **Colecta extraordinaria por las necesidades diocesanas** que se viene celebrando desde hace ya algunos años. Esta jornada representa una buena ocasión para estimular la corresponsabilidad efectiva de los diocesanos en el sostenimiento de su Iglesia. Os recuerdo que hace ya varios años se firmó el acuerdo entre el Estado español y la Santa Sede por el que el sostenimiento económico de la Iglesia Católica depende exclusivamente de los católicos.

Me gustaría destacar tres acciones que se llevan a cabo a favor de la sociedad en nuestra Diócesis:

· Presencia de la Iglesia en ciudades y pueblos como lugar de acogida y fraternidad abierta a todos: parroquias, sacerdotes, religiosos, catequistas...

· El patrimonio artístico (iglesias, conventos, museos...), legado a lo largo de los siglos y que la Iglesia pone a disposición de todos.

· La Iglesia atiende a los más desfavorecidos, particularmente en este tiempo de crisis económica. Son múltiples las instituciones como Cáritas, las residencias de la tercera edad, el Centro de Orientación Familiar, Manos Unidas, que prestan un magnífico servicio y dedicación a los excluidos de la sociedad.

Por todo ello, me dirijo a vosotros solicitando vuestra cooperación. Animad a los fieles a participar en las tareas de la evangelización en nuestra Diócesis, de acuerdo con sus posibilidades, y a contribuir económicamente con ella para poder disponer de los medios materiales que la Iglesia diocesana necesita para llevar adelante la evangelización de nuestro pueblo.

Sin más, recibid un cordial saludo.

EL VICARIO GENERAL
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán



Convenio para la rehabilitación de templos

El Burgo de Osma, 31 de agosto de 2013

Queridos hermanos sacerdotes:

Después de haber mantenido una reunión con el Presidente de la Diputación provincial en la que manifestó su voluntad de continuar con el convenio de arreglo de iglesias, y en espera de poder tratar este tema con el Delegado de la Junta de Castilla y León, y con el fin de poder ir avanzando la preparación de las memorias valoradas, os adelanto la presente convocatoria, cuya ejecución real dependerá del compromiso definitivo tanto de Diputación Provincial como de la Junta de Castilla y León. Por todo ello se publica la presente **convocatoria de concesión de ayudas económicas** para aquellos edificios que por su importancia y por su necesidad lo requieran, siempre que pertenezcan a la Diócesis de Osma-Soria y se hallen ubicados en la provincia de Soria, excluida la capital, de acuerdo con las siguientes

BASES

Primera.- Actuaciones subvencionables

Serán subvencionables aquellas actuaciones destinadas a la **conservación, reparación o consolidación arquitectónica** de iglesias destinadas al culto católico ubicadas en el ámbito de la provincia de Soria, excluida la capital, a condición de que no tengan la condición de bienes de interés cultural declarados o con expediente de declaración incoado a tal fin.

Segunda.- Cuantía de las ayudas y compatibilidad

- 2.1. La cuantía máxima de la ayuda por cada actividad no podrá superar el 75% del presupuesto de la obra incluido el IVA.
- 2.2. Las parroquias beneficiarias de esta subvención se comprometerán a aportar, al menos, el 25% del coste total de la obra, más los gastos correspondientes de proyecto, arquitecto y dirección de obra. Este compromiso deberá unirse por escrito a la petición de subvención, con indicación expresa del % de aportación.
- 2.3. El compromiso de aportación antedicho, cuando las circunstancias especiales concurrentes lo aconsejen, podrá ser aumentado o disminuido.
- 2.4. Las subvenciones otorgadas a través de este Plan serán compatibles con cualquier otra forma de ayuda que las parroquias beneficiarias puedan obtener de Instituciones públicas o de otras Administraciones, sin que en ningún caso el importe total de estas últimas puedan superar el % de aportación de las parroquias.

Tercera.- Requisitos

Sólo serán subvencionables aquellas solicitudes que cumplan los siguientes requisitos:

- 3.1. **Tipo de obra:** recuperación, restauración o sustitución de los elementos estructurales, cerramientos o instalaciones, así como los destinados a remediar daños que impidan que el edificio reúna mínimas condiciones de habitabilidad.
- 3.2. **Tipo de inmueble:** edificios destinados al culto católico que por su importancia arquitectónica y su necesidad de uso así lo requieran.

- 3.3. No haber finalizado la obra objeto de ayuda en la fecha de la convocatoria.
- 3.4. Todos los proyectos técnicos deberán ser realizados por **arquitecto superior**. Asimismo, todos los proyectos deberán cumplir la normativa prevista sobre seguridad y salud en las obras de construcción e incorporarse a la documentación pertinente en función del importe de la actuación.
- 3.5. Todos los proyectos que se redacten deberán incluir un presupuesto realizado con los siguientes porcentajes:
 - a. Gastos generales: 13%
 - b. Beneficio Industrial: 6%
- 3.6. Todos los proyectos técnicos deberán incluir **dotación de alarmas** de seguridad en los templos sujetos a la subvención.

Cuarta.- Solicitudes

Las solicitudes, suscritas por los Rectores (Párrocos, Administradores parroquiales y Curas encargados) de los edificios objeto de subvención, deberán formalizarse mediante **instancia dirigida al Obispado de Osma-Soria** (c/ San Juan, 5, Soria), debiendo ir acompañada a la misma la siguiente documentación, en triple ejemplar:

- a) Declaración del solicitante acreditativa de no haber comenzado las obras objeto de la solicitud en la fecha de la convocatoria.
- b) Declaración del solicitante justificativa de no haber o haber obtenido o solicitado otras ayudas económicas para la realización de la obra, indicando en su caso los importes concedidos y las Administraciones o Entidades concedentes.
- c) Declaración acreditativa del % de aportación de la Parroquia y del modo de financiación de esta aportación.
- d) Memoria valorada de la obra a realizar, suscrita por arquitecto superior colegiado, con justificación de las unidades a realizar y los precios unitarios.
- e) Memoria valorada en formato PDF.
- f) Fotografías originales y en color, o en formato digital, que describan con claridad los elementos o zonas del edificio a restaurar y los daños que justifican la necesidad de su restauración.

Quinta.- Plazo

El plazo de presentación de solicitudes será antes del día **15 de noviembre**.

Sexta.- Tramitación

Las solicitudes presentadas con su documentación anexa se pasarán a la **Comisión mixta Junta-Diputación-Obispado** -o en su caso a la Comisión que se forme entre las instituciones que firmen el convenio-, que se encargará de estudiar y valorar las solicitudes presentadas conforme a los criterios por ella establecidos, formulando la correspondiente propuesta de otorgamiento de subvención a la Diputación Provincial para el otorgamiento definitivo de la subvención correspondiente.

Una vez aprobada la subvención y en plazo de **60 días** naturales a partir de la comunicación escrita del otorgamiento de la subvención, deberán ser presentados en triple



ejemplar, proyecto visado de la obra, proyecto de la obra en formato PDF y licencia municipal de obras, en su caso, en el Obispado de Osma-Soria, para su aprobación y adjudicación de la obra.

Séptima.- Ejecución de las obras, plazo, terminación y pago de las ayudas

Las obras subvencionadas deberán estar ejecutadas a **1 de diciembre del año 2014**. Este plazo podrá ser modificado por la Comisión mixta, que lo comunicaría a la parroquia en el momento de conceder la ayuda. Concluidas las obras, se presentarán en el Obispado de Osma-Soria en el plazo de 10 días naturales, los siguientes documentos:

1. Certificación de obra expedida por técnico competente acreditativo de la correcta finalización de las obras subvencionadas con el Visto Bueno del Rector del templo.
2. Factura acompañando a las certificaciones parciales o a la única en su caso.
3. Fotografías originales y en color de las obras realizadas a la finalización de éstas.

El Obispado de Osma-Soria pasará la documentación anterior, con el informe favorable, en su caso, de la Comisión de casas y templos del Obispado a la Diputación Provincial para la comprobación por sus técnicos de las obras certificadas, requisito necesario para el pago de las mismas. La Intervención de Diputación Provincial será la encargada de efectuar los pagos previos el cumplimiento de los requisitos establecidos.

Octava.- Garantías y reintegro de la subvención

El incumplimiento de las condiciones establecidas en la convocatoria de ayudas, la aplicación de éstas para fines distintos de los que la legitiman, la falta de justificación de los gastos realizados o la simple inobservancia de los plazos establecidos dará lugar a la pérdida o revocación de la subvención otorgada y harán nacer la obligación de reintegrar las cantidades percibidas.

Novena.- Inspección

La Comisión de casas y templos del Obispado y sus técnicos inspeccionarán y llevarán a cabo el seguimiento de las actividades subvencionadas así como de los justificantes que considere necesarios.

Décima.- Publicidad

Para su necesaria publicidad y posibilitar la concurrencia y la igualdad de trato, la presente convocatoria se envía a todos los Sres. Párrocos, Administradores Parroquiales y Curas Encargados, y se publicará también en el Boletín Oficial del Obispado.

EL VICARIO GENERAL
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

Oración por la paz en Siria

Soria, 4 de septiembre de 2013

Queridos hermanos:

Con fecha 3 de septiembre el Sr. Obispo ha recibido de la Nunciatura apostólica en España una carta con la que se anuncia para el próximo **sábado, día 7**, una **Jornada de ayuno y oración** por la paz en Siria, en Medio Oriente y en todo el mundo.

Dado que quedan pocos días para la citada Jornada, os ruego en nombre del Sr. Obispo que ese día en la celebración de la Misa o con una celebración específica convoquéis a vuestras comunidades a rezar por el don precioso de la paz tan amenazada en estos momentos.

“Pidamos a María que nos ayude a responder a la violencia, al conflicto y a la guerra, con la fuerza del diálogo, de la reconciliación y del amor. Ella es Madre. Que Ella nos ayude a encontrar la paz. Todos nosotros somos sus hijos. Ayúdanos, María, a superar este difícil momento y a comprometernos, todos los días y en todos los ambientes, en la construcción de una auténtica cultura del encuentro y de la paz. María, Reina de la Paz, ruega por nosotros” (Papa Francisco, *Ángelus*, 1 septiembre 2013).

Con un abrazo fraterno,

EL VICARIO GENERAL
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán



Comienzo de la tercera etapa de la Misión diocesana

Soria, 11 de septiembre de 2013

Queridos hermanos:

Han pasado casi dos años desde que el Sr. Obispo convocara *“a todos los fieles de nuestra amada Diócesis de Osma-Soria a una MISIÓN DIOCESANA que bajo el lema DESPERTAR A LA FE pretende implicar a todos los que se sienten Iglesia para hacer llegar el Evangelio durante los próximos tres años pastorales (2011-2014) a aquellos que por distintos motivos se han alejado de la Comunidad eclesial”* (Decreto de convocatoria, 8 de diciembre de 2011).

Desde los primeros momentos, la Misión diocesana “Despertar a la fe” se fue poco a poco abriendo paso entre los diocesanos con el apoyo de diversas iniciativas desplegadas al efecto por la Comisión organizadora y el buen hacer de tantos laicos, religiosos y sacerdotes que, desde sus respectivos ámbitos, han tratado de hacer llegar a todos este proyecto misionero. Especial significado tuvo el curso pasado la iniciativa de visitar las casas de los diocesanos: la evaluación de esta iniciativa pone de manifiesto la urgencia que como Diócesis tenemos de desvivirnos por redoblar los esfuerzos para que el evangelio de Jesús llegue a más personas y limpio de hojarasca.

Con el comienzo de este nuevo curso pastoral, hemos llegado a la tercera y última etapa (2013-2014). En ella, y entre aquellos que secundaron la llamada de los evangelizadores, tendrá lugar un diálogo abierto sobre los fundamentos de la fe. Al final de esta etapa tendrá lugar una asamblea conclusiva para valorar los frutos de la Misión; igualmente, se organizará una exposición de la fe en la ciudad de Soria que sacará a la vía pública de manera plástica el mensaje de Jesús y la vida de la Iglesia.

Agradezco muy sinceramente a todos los trabajos realizados en estas dos etapas que ya han concluido y os animo a afrontar con ilusión la que en estos momentos se despliega ante nuestros ojos con nuevas iniciativas. Ojalá sepamos estar a la altura de nuestra historia diocesana para no dejar pasar de largo este importante momento de gracia.

Con afecto fraterno,

EL VICARIO GENERAL

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha 2 de agosto el Obispo de la Diócesis de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, ha nombrado a **D. José Antonio Encabo Yagüe** Párroco "in solidum" de la UAP de Medinaceli y Delegado episcopal de Pastoral de la salud.



VIDA DIOCESANA

Viaje del Seminario a Roma en el Año de la fe

Con motivo del Año de la fe tuvo lugar en Roma, del 4 al 7 de julio, el Encuentro de seminaristas, novicios, novicias y jóvenes en camino vocacional bajo el lema «Confío en ti»; al mismo asistieron más de 6000 jóvenes provenientes de 66 países. De nuestra Diócesis de Osma-Soria participaron dos formadores del Seminario y el seminarista mayor, Pedro Luis.

Convivencia del arciprestazgo de Pinares

El 10 de julio, en el Santuario de la Virgen de la Blanca, el arciprestazgo de Pinares realizó una convivencia como final del curso pastoral. Alrededor de cincuenta personas, procedentes de las diversas parroquias del arciprestazgo, se reunieron para compartir una reflexión en el Año de la fe acerca de «La Virgen María, modelo de la fe»; también se compartió un momento de oración con el rezo del Santo Rosario. Se terminó con unos juegos populares y un ágape fraterno. Según manifestaron desde el arciprestazgo, “fue un momento precioso para dar gracias al Señor por el trabajo realizado y para pedir renovada ilusión en el anuncio de la buena nueva de Jesucristo a las gentes de nuestro hoy con una convicción compartida: la nueva evangelización no vendrá sino por medio de María”.

Celebrado el Día del misionero soriano 2013

El 1 de agosto, organizado por la Delegación episcopal de misiones, tuvo lugar el encuentro anual con los misioneros y sus familiares. Antes de las once de la mañana llegaron a la ermita de la Virgen del Mirón (Soria) para disfrutar de una jornada de convivencia y fraternidad. Con una sencilla oración y un canto, el Obispo diocesano, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, dio la bienvenida a todos los asistentes y les agradeció su presencia y recordó la importancia de poder celebrar este encuentro anual.

A continuación fueron presentándose los misioneros: el P. Pablo Hernando, agustino, que trabaja en una parroquia en Buenos Aires y conoce muy bien al Papa Francisco, cuya intervención giró en torno a la figura del Papa y lo que está representando para Argentina el llamado «efecto Francisco». Rafa Muñoz, sacerdote diocesano que trabaja en Cuba, contó también cómo en la isla se están abriendo caminos de renovación, gracias a las visitas de Juan Pablo II y Benedicto XVI. El hermano Jesús de Juanes (jesuita), recién llegado de Uruguay donde ha estado gran parte de su vida, relató sus experiencias y la añoranza de aquellas tierras. El P. Jaime (agustino) relató su trabajo en Sao Paulo (Brasil) en una parroquia con más de 20.000 habitantes, con un gran número de sectas que se mezclan. El P. Florentino Lafuente, comboniano y contentísimo con su misión en una periferia de Lima,

destacó su gran satisfacción con la labor pastoral que realizan los laicos. También dio su testimonio la hermana Pilar Cacho, que ha estado muchos años en Zimbabwe, hablando de la sencillez de la gente y del «aguante» para sobrevivir en condiciones de máxima pobreza. El hermano Santiago García (de la Orden de S. Juan de Dios) contó su trabajo con otros 12 hermanos en un hospital para niños con distintas discapacidades y también ancianos.

También hablaron en nombre de los misioneros ausentes algunos familiares: Leoncio por su hermano que reside en México y no pudo asistir porque no se encuentra bien de salud; los padres de Alberto Cisneros que han estado recientemente pasando con él un mes y han visto la labor que está realizando con los niños en Nicaragua.

Tras los testimonios, Mons. Melgar Viciosa también «puso al día» a los misioneros contándoles cómo se está llevando a cabo la Misión diocesana; seguidamente, el prelado presidió la Santa Misa en la ermita recordando en la homilía cómo «hemos de ser sal y luz del mundo cada cual en el lugar donde estemos». El punto final de la jornada lo puso una comida en un hotel cercano, obsequio de los dueños como homenaje y ayuda a los misioneros.

Celebrada la Solemnidad del patrono diocesano, San Pedro de Osma

El viernes 2 de agosto la Iglesia que peregrina en Osma-Soria celebró la Solemnidad litúrgica de su patrono principal, San Pedro de Osma, el Obispo que allá por los últimos años del s. XI restauró la sede oxomense.

Los actos para celebrar la Solemnidad de San Pedro de Osma, en los que participaron -como es tradición- el abad y un monje de la Comunidad benedictina de Santo Domingo de Silos, dieron comienzo a las doce de la mañana. A esa hora, el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, acompañado del Obispo de Santander, Mons. Vicente Jiménez Zamora, presidió la procesión por las calles de la villa episcopal con la imagen del santo Obispo para, a continuación, presidir la Santa Misa en la S. I. Catedral, en la que concelebraron cuarenta presbíteros. Al finalizar la Eucaristía, se compartió una comida de fraternidad.

En la carta que escribió a los sacerdotes diocesanos para comunicar esta celebración, el Vicario General de Osma-Soria, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, recordó que «como ya ocurriera el año pasado, el Ayuntamiento de El Burgo de Osma ha decidido no incluir esta festividad entre las fiestas de la localidad, lo cual no resta un ápice al sentido religioso de la misma. Es importante que cada vez con más claridad sea percibida esta fiesta como lo que es, una celebración diocesana; no en vano celebramos la memoria del restaurador de nuestra Diócesis, cuyos restos reposan en la Catedral donde tiene su sede el Obispo».

Reunión del Capítulo provincial

Del 7 al 11 de agosto se reunió en Santa María de Huerta el Capítulo provincial de las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús. Un centenar de religiosas abordaron durante esos



días la reestructuración de las dos provincias españolas en una sola así como la elección de los nuevos cargos de dirección, entre otros asuntos.

La Concordia de la Virgen del Espino reúne a cientos de devotos

Cientos de devotos pertenecientes a la Concordia de la Virgen del Espino se reunieron el sábado 10 de agosto en la S. I. Catedral de El Burgo de Osma para honrar a la titular de la Concordia. Las dos tallas de la Virgen, la que se encuentra en el templo catedralicio y la de la parroquia de Barcebal, fueron el centro de toda la celebración.

A las siete de la tarde, presidido por el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, daba comienzo el rezo del Santo Rosario en la seo burgense, cuyos últimos misterios fueron cantados en procesión con las dos tallas por las calles de la villa episcopal. A la procesión, con cientos de fieles cantando el rosario, se sumaron las cruces parroquiales de una veintena de los treinta y cuatro pueblos que forman la Concordia.

Una vez terminada la procesión, dio comienzo en la Catedral la Santa Misa presidida por Mons. Melgar Viciosa y concelebrada por algunos sacerdotes, a la que también asistieron autoridades civiles.

Vigilia de oración en la Solemnidad de la Asunción

La Adoración Nocturna Femenina (ANFE) de la Diócesis de Osma-Soria organizó una vigilia de oración como preparación a la Solemnidad de la Asunción de la Virgen que la Iglesia celebró el jueves 15 de agosto.

La celebración tuvo lugar en la Parroquia de El Salvador, de la ciudad de Soria, dando comienzo a las diez y media de la noche con el rezo del Santo Rosario. A continuación, a las once de la noche, se inició la celebración de la Santa Misa presidida por el Vicario episcopal de pastoral, Jesús F. Hernández Peña; finalizada la Eucaristía, los presentes dispusieron de un tiempo de oración y adoración ante Jesús Sacramentado.

Profesión solemne en Santa María de Huerta

En la Solemnidad de la Asunción de la Virgen Santísima, el Hno. Francisco Rivera (granadino de 34 años) emitió su Profesión solemne en el Monasterio cisterciense de Santa María de Huerta dentro de la celebración que presidió el abad del cenobio hortense, Dom Isidoro María Anguita Fontecha.

En marcha el Convenio 2013 para la rehabilitación de templos

El 31 de agosto, el Vicario General de la Diócesis, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, escribía una carta a los sacerdotes en la que les comunicaba que, «después de haber mantenido una reunión con el Presidente de la Diputación provincial en la que manifestó su voluntad de continuar con el Convenio de arreglo de iglesias, y en espera de poder tratar este tema con el Delegado de la Junta de Castilla y León», les enviaba las bases del Convenio para ir avanzando la preparación de las memorias valoradas.

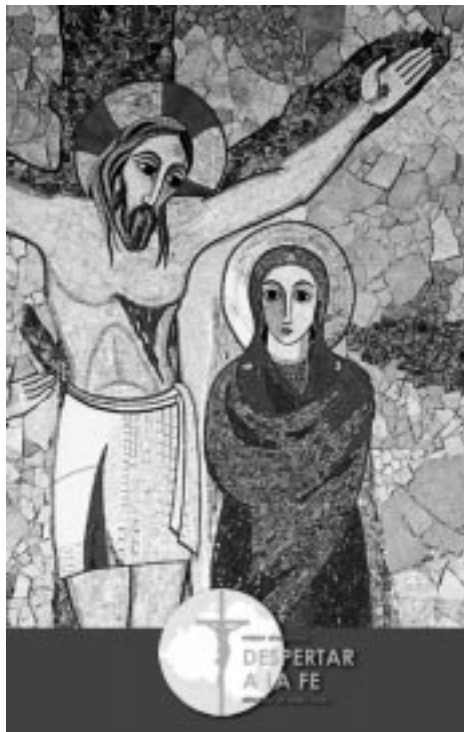
En la misma misiva, Rodríguez Millán anunciaba, además, que la «ejecución real dependerá del compromiso definitivo tanto de Diputación Provincial como de la Junta de Castilla y León».

A la convocatoria de concesión de ayudas económicas se pueden acoger aquellos edificios que por su importancia y por su necesidad lo requieran, siempre que pertenezcan a la Diócesis de Osma-Soria y se hallen ubicados en la provincia de Soria, excluida la capital. Son subvencionables aquellas actuaciones destinadas a la conservación, reparación o consolidación arquitectónica de iglesias destinadas al culto católico, a condición de que no tengan la condición de bienes de interés cultural declarados o con expediente de declaración incoado a tal fin.

La cuantía máxima de la ayuda por cada actividad no puede superar el 75% del presupuesto de la obra incluido el IVA y las parroquias beneficiarias de esta subvención se comprometen a aportar, al menos, el 25% del coste total de la obra, más los gastos correspondientes de proyecto, arquitecto y dirección de obra. Este compromiso debe unirse por escrito a la petición de subvención, con indicación expresa del % de aportación. El plazo de presentación de solicitudes termina el día 15 de noviembre.



ORACIÓN POR LA MISIÓN DIOCESANA



Padre Santo, transfórmanos por tu bondad en discípulos y misioneros de tu Hijo.

Señor Jesucristo, conserva en tu amor a todos los que peregrinamos en la Iglesia de Osma-Soria.

Espíritu Santo, enciende en nosotros el fuego de tu amor y el deseo de amarte.

Fortalece nuestra fe de discípulos y envíanos en tu Nombre como alegres misioneros.

Danos el coraje de anunciarte a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, comprometiéndonos en la Misión diocesana, y siendo testigos del Evangelio en el corazón del mundo.

Te lo pedimos por intercesión de la *Santísima Virgen María*, Estrella de la nueva evangelización.

Amén.



Iglesia
en España



OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA CEE

522 mártires del siglo XX en España serán beatificados el 13 de octubre en Tarragona

6 de julio de 2013

El Papa Francisco autorizó ayer a la Congregación para las Causas de los Santos a publicar cuatro decretos, correspondientes a mártires del siglo XX en España, que suman 42 mártires más a los ya publicados hasta el momento.

En total, el domingo 13 del próximo mes de octubre, serán beatificados en Tarragona 522 mártires. Hacemos pública a continuación la lista general definitiva (por orden alfabético de las diócesis de las causas y por estado eclesial).

Los 522 mártires que serán beatificados por orden alfabético de las diócesis de las causas:

Ávila

- 5 Sacerdotes diocesanos

Barbastro

- 18 Benedictinos, de El Pueyo

Barcelona

- 19 Hijos de la Sagrada Familia y 1 laico
- 9 Mínimas y 1 laica
- 1 Sacerdote diocesano (José Guardiet i Pujol)

Barcelona, Madrid, Valencia y Málaga

- 24 Hermanos de San Juan de Dios

Bilbao

- 2 Dominicos

Cartagena

- 2 Franciscanos
- 2 Sacerdotes diocesanos

Ciudad Real

- 6 Trinitarios

Córdoba

- 10 Carmelitas de la antigua observancia

Cuenca

- 6 Redentoristas

Jaén

- El Obispo Manuel Basulto, 3 sacerdotes diocesanos, 1 seminarista y 1 laico
- 1 Calasancia

Lérida

- 2 Sacerdotes diocesanos («Los Curetas de Monzón»)
- El obispo Salvio Huix Mirapleix
- 19 Mercedarios de la Provincia de Aragón
- 4 Carmelitas descalzos y 1 sacerdote diocesano
- 66 Hermanos maristas y 2 laicos

Madrid

- 19 Hermanos de las Escuelas Cristianas, 1 sacerdote diocesano y 1 laico
- 9 Carmelitas de la antigua observancia y 16 Hermanos de las Escuelas Cristianas
- 15 Hijas de la Caridad
- El restaurador de los jerónimos (Manuel de la SF Sanz Domínguez)

- 4 Siervas de María
- 32 Capuchinos, de los conventos de Jesús de Medinaceli y de El Pardo
- 3 Franciscanas misioneras de la Madre del Divino Pastor

Madrid-Alcalá

- 5 Religiosos de los Sagrados Corazones

Menorca

- 1 Sacerdote diocesano (Juan Huguet Cardona)

Sigüenza-Guadalajara y Ciudad Real

- 16 Claretianos

Tarragona

- El Obispo auxiliar, Manuel Borrás, 66 sacerdotes diocesanos, 2 seminaristas, 7 carmelitas descalzos, 20 benedictinos (de Montserrat), 1 capuchino, 7 claretianos, 39 hermanos de las escuelas cristianas y 4 Hermanos Carmelitas de la Enseñanza

Teruel

- 14 Paúles

Tortosa

- 15 Sacerdotes Operarios Diocesanos

Valencia

- 12 Hijos de la caridad y 1 laica
- 2 Hijos de la Divina Providencia (orionistas)

Por estado eclesial:**a) Diocesanos: 88 mártires**

- 3 obispos (Lérida, Jaén y Tarragona)
- 82 sacerdotes (Avila, Barcelona, Cartagena, Jaén, Lérida, Madrid, Menorca y Tarragona)
- 3 seminaristas (Tarragona y Jaén)

b) Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos: 15 mártires**c) Consagrados: 412 mártires**

- 74 hermanos de las escuelas cristianas
- 66 hermanos maristas
- 38 benedictinos
- 33 capuchinos
- 27 hijas de la caridad
- 24 hermanos de San Juan de Dios
- 23 claretianos
- 19 carmelitas de la antigua observancia
- 19 hijos de la Sagrada Familia
- 19 mercedarios
- 14 paúles
- 11 carmelitas descalzos
- 9 mínimas
- 6 redentoristas
- 6 trinitarios
- 5 religiosos de los Sagrados Corazones
- 4 siervas de María
- 4 hermanos carmelitas de la enseñanza
- 3 franciscanas misioneras de la Madre del Divino Pastor
- 2 dominicos
- 2 franciscanos
- 2 hijos de la Divina Providencia (orionistas)
- 1 calasancia
- 1 jerónimo

d) Laicos: 7 mártires

- 5 laicos (Barcelona, Lérida, Madrid y Jaén)
- 2 laicas (Barcelona y Valencia)

Total: 522 mártires



Presentación en la CEE de la Encíclica «Lumen Fidei»

10 de julio de 2013

La Carta encíclica que presentamos era ya esperada por motivos de diversa índole, pero resumiendo podemos señalar algunos. Sabíamos que Benedicto XVI había elaborado un esbozo de la encíclica con la cual se proponía completar la trilogía de encíclicas sobre las virtudes teológicas. La primera *Deus caritas est* (2005) y después *Spe salvi* (2007). Como informa el propio Papa Francisco, el Papa emérito ya había completado prácticamente una primera redacción de la presente Carta encíclica *Lumen fidei*, que llega ahora “escrita a cuatro manos”, como gráficamente ha dicho el Santo Padre Francisco, ya que ha hecho suyo el texto de Benedicto XVI, que ha completado con aportaciones diversas (n.7).

La encíclica consta de cuatro capítulos, que ponen en un nivel de lenguaje comprensible un texto escrito con una prosa tersa y límpida las cuestiones centrales de la teología de la fe.

1

Un primer capítulo (“Hemos creído en el amor”) dedicado a la presentación de la fe como respuesta a la revelación de la palabra de Dios, que se acredita como revelación del amor de Dios por el hombre y su mundo, fundamento de la historia de la salvación. Un amor que revelado en Jesucristo el hombre acepta por la fe. Ocurre así que la fe ilumina la vida entera del hombre. Es “respuesta a una Palabra que interpela personalmente, a un Tú que nos llama por nuestro nombre” (n.8). Evoca así las llamadas de Dios a los patriarcas, a los cuales describe como una hombres de fe, sostenidos por la fe y asentados en la

roca firme de la Palabra de Dios, en relación de recíproca fidelidad: de Dios al hombre y del hombre a Dios (n.10). Dios aparece a la luz de la fe como el creador del mundo y el protagonista de la historia de salvación que sustenta la fe de Israel y que le sostiene en el éxodo hacia la tierra prometida.

La historia de Israel, sin embargo, no es una historia incontaminada, el pueblo elegido cae en la infidelidad que representa la incredulidad y la idolatría, “una multiplicidad de senderos que no llevan a ninguna parte” (n.13). La incredulidad no soporta el misterio ni las mediaciones, mientras la fe requiere aceptación del misterio divino y disponibilidad para dejarse transformar (n.13).

La plenitud de la fe llega con Cristo, revelación del amor incondicionado de Dios por los hombres. “La historia de Jesús es la manifestación plena de la fiabilidad de Dios” (n.15) y la mayor prueba de su fiabilidad se encuentra en su muerte por los hombres (n.16), lo que sólo se alcanza a ver en su resurrección. Es el argumento de san Pablo bien conocido (1 Cor 15,17). El Papa dice que si Dios no hubiera podido intervenir para resucitar a Cristo careceríamos de la garantía que nos permite ver que, en efecto, el amor de Dios es fiable.

La continuidad del Magisterio eclesial es patente. Francisco reitera cuanto viene afirmando Benedicto XVI, en confrontación con una concepción de la intervención de Dios en el mundo que excluyera de todo punto la irrupción de la acción divina en el mundo creado como conjunto de leyes físicas.

Jesús se convierte así en aquel a quien creemos y en cual creemos adoptando su punto de vista sobre las cosas, porque la fe cristiana es fe en que en Jesucristo es Dios mismo quien sale al encuentro del hombre. “La fe cristiana es fe en la encarnación del Verbo y en su resurrección en la carne; es fe en un Dios hecho tan cercano, que ha entrado en nuestra historia” (n.18). La fe cree que es así y, por eso mismo, es un don de Dios descubrir en ella al que puede salvarnos. El que cree se deja transformar por Dios en Cristo: “El creyente es transformado por el Amor, al que se abre por la fe” (n.21). El creyente vive en Cristo su propia existencia (tema de Gál 2,20); algo que sólo es posible vivir en la comunidad eclesial. La fe personal no es creación del individuo ni es posible al margen de la fe eclesial. La unidad de la fe es ser fe del cuerpo eclesial.

2

Este capítulo introductorio, se prolonga en un segundo capítulo que plantea de lleno la cuestión de la relación entre fe y verdad, a partir de las palabras de Isaías: “Si no creéis, no comprenderéis” (Is 7,9). Se plantea en este capítulo la cuestión de la verdad de la revelación como verdad de Dios y del mundo, de la cual tiene necesidad del hombre. El Papa denuncia el grave error de la cultura contemporánea que cree que la verdad es sólo verdad tecnológica: es verdad porque funciona; se pone —dice— bajo sospecha “la verdad grande, la verdad que explica la vida personal y social en su conjunto” (n.25), renunciando a ella por miedo a los totalitarismos. Sin embargo, no es posible soslayar la pregunta por el todo. Contra lo que el hombre de hoy cree, el amor es inseparable de la verdad, sin ella no tiene consistencia alguna. El error estriba en una concepción del amor que no se sos-

tiene, porque confunde amor y sentimientos subjetivos.

El Papa cita al filósofo Ludwig Wittgenstein, para distanciarse de su concepción subjetivista de la verdad del amor: “La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca” (n.27). El amor es fuente de conocimiento, que el Papa expone como conocimiento que emerge de la escucha de la Palabra hecha carne, revelación del amor de Dios, y de su visión y contemplación (n.29). En este sentido observa que no se opone la concepción de la Biblia a la concepción del pensamiento grecorromano del conocer, para reivindicar la mediación del mensaje evangélico en la cultura griega y romana de la visión. Recuerda el papa la *occulata fides* de la que habla santo Tomás (STh III, q.55, a.2, ad 1) (n.30).

La unión de fe amor y de fe y verdad conduce la reflexión del Papa al diálogo necesario entre fe y razón (nn.32-34), insoslayable en la búsqueda de Dios.

3

El capítulo tercero (“Transmito lo que he recibido”) desarrolla la eclesialidad de la fe, su apostolicidad como fe recibida de la predicación y su transmisión por la Iglesia. Se plantea, pues, la cuestión de la comunicación de la fe por los cristianos, lo cual se hace desarrollando la unidad de la fe, porque es imposible creer por cuenta propia. El Credo norma la fe de quienes vienen a la Iglesia (n.39). Es la memoria de la Iglesia la garantía de la transmisión recta de la fe. La transmisión incluye los sacramentos, y en primer lugar mediante el bautismo. La fe tiene “estructura sacramental” porque por su medio se opera la transformación del hombre por la acción divina y viene a profesar



la doctrina a la que presta obediencia de corazón (n.41).

Es a esta altura de la encíclica donde se explicita el valor del catecumenado como medio de integración en la fe de la Iglesia, que hace suya el catecúmeno mediante la confesión trinitaria de la fe eclesial. Toda la iniciación cristiana, cuya meta es la Eucaristía) está en juego y tiene en este capítulo de la encíclica una referencia magisterial obligada, exponiendo el Papa tanto la necesidad de una vida sacramental que sigue a la confesión de fe por el cristiano como el camino del decálogo y el de la oración.

4

Es en el código moral de la vida cristiana donde la referencia de la conducta cristiana al prójimo alcanza el lugar de autenticación de la confesión de fe, lo cual se desarrolla en el cuarto y último capítulo: "Dios prepara una ciudad para ellos" (cf. Hb 11,16).

La encíclica pone en relación fe y bien común, manifestando que la fe no hipoteca la existencia del hombre en el futuro trascendente, sino que por la fe este mundo prepara el mundo futuro. La fe de Noé salvó a su familia y la fe de Abrahán puso los cimientos de una sólida ciudad futura (Hb 11,7). La fe revela la solidez de los vínculos humanos (n.50) y por su conexión con el amor sirve a la justicia, el derecho y la paz; y es que sin un amor fiable nada puede mantener sólidamente unidos a los hombres (n.51). Es el presupuesto sobre el que la encíclica expone la proyección de la luz de la fe sobre el amor humano entre el hombre y la mujer, fundamento de la familia y condición procreadora de la vida (n.53).

La luz de la fe se proyecta sobre toda la sociedad al hacer patente el amor

originario que une a los hombres como hermanos y da sólido fundamento a la dignidad de la persona, "que no era tan evidente en el mundo antiguo" (n.54). La encíclica que no sólo afronta los prejuicios de la modernidad remitiéndose a algunas de las propuestas filosóficas que han inspirado la cultura moderna, cita a T. S. Eliot, para plantear una pregunta cuya respuesta da la encíclica: no es posible que los logros de la sociedad más educada, es decir, más humana, sobrevivan a la fe; de ello, en efecto, ya tiene experiencia la humanidad. La fe, finalmente, ilumina el sufrimiento y abre el misterio de la vida a la luz que vence la muerte.

Un bello colofón es la apelación final de la encíclica a la Virgen María, que resume y recapitula una existencia creyente y es figura de la comunidad de fe.

Podríamos así resumir la enseñanza de la encíclica en este Año de la Fe como la propuesta de que una vida creyente es la que hace justicia a la verdadera condición del hombre, porque el misterio del hombre, como dijo el Vaticano II, sólo se esclarece a la luz del misterio de Cristo, lugar donde el amor de Dios se ha hecho presente en la historia orientando la existencia humana hacia su meta y consumación.

El Papa muestra cómo la fe es un bien para la vida del hombre porque la luz de la fe le lleva a conocer su verdadera identidad, su origen y su destino revelado en Jesucristo, el Verbo encarnado.

Adolfo González Montes

Obispo de Almería

Presidente de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe

La Conferencia Episcopal publica el documento “Iglesia particular y vida consagrada”

12 de julio de 2013

La Conferencia Episcopal Española ha publicado el documento “Iglesia particular y vida consagrada. Cauces operativos para facilitar las relaciones mutuas entre los obispos y la vida consagrada en la Iglesia en España”. Se trata de un texto de la CI Asamblea Plenaria, aprobado el 19 de abril de 2013.

Antecedentes y oportunidad del texto

Las relaciones entre los obispos y la vida consagrada, en sus diferentes formas, han sido, desde hace decenios, tema de especial interés en la Conferencia Episcopal Española (CEE), como lo demuestra el hecho de la creación y funcionamiento de una Comisión mixta formada por obispos y superiores mayores, que viene funcionando desde el año 1966. La XXXIII Asamblea Plenaria de la CEE (24-29 de septiembre de 1980), respondiendo a la Instrucción *Mutuae relationes*, de las Sagradas Congregaciones para los Obispos y para los Religiosos e Institutos seculares de 1978, aprobó un documento titulado *Cauces Operativos*, de carácter práctico y pastoral, con el fin de facilitar las relaciones mutuas entre obispos y religiosos. Posteriormente se publicó su fundamento teológico en la Instrucción colectiva *La Vida religiosa, un carisma al servicio de la Iglesia*, aprobada por la XXXV Asamblea Plenaria (25 de noviembre de 1981).

En la actualidad ha parecido oportuno revisar el tema, a la luz de los diversos documentos y orientaciones de la Santa

Sede a lo largo de estos años, en particular, el Código de derecho canónico de 1983, la exhortación apostólica del beato Juan Pablo II *Vita consecrata*, de 1996, y numerosos escritos emanados de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica.

El documento recuerda los motivos que han de configurar las relaciones mutuas entre obispos e Institutos de vida consagrada, con el fin de imprimirles un impulso renovado. Así lo exige la reflexión teológica sobre la naturaleza de la vida consagrada a la luz de la doctrina del Vaticano II; lo recomienda la nueva sensibilidad eclesial de obispos y de consagrados; lo aconseja la invitación del Papa a los obispos a prestar una atención particular a la consolidación de las relaciones confiadas con las personas consagradas y con sus Institutos, para que se desarrollen en una sólida comunión eclesial; y lo impulsa, finalmente, la urgencia de progresar en la vivencia y el testimonio de la comunión, para retomar con nuevo empeño el compromiso en favor de la nueva evangelización de nuestra sociedad española actual, y la cooperación en la tarea del anuncio del Mensaje de salvación al mundo entero.

El texto está dividido en dos grandes partes: una introducción teológica, que cuenta a su vez con introducción, conclusión y tres capítulos centrales, y una segunda donde se desarrollan los cauces operativos para facilitar las relaciones mutuas entre los obispos y la vida consagrada de la Iglesia en España.



Introducción teológica

La introducción repasa con detalle los antecedentes del documento, analiza su oportunidad pastoral y da claves para su interpretación, en el contexto de su publicación, coincidiendo con el 50º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II.

La primera parte se dedica a la consagración como fundamento de la comunión y de la misión eclesial, refiriéndose al sentido mismo de la consagración, haciendo una llamada a una profunda conversión y vida de santidad, y aclarando a qué nos referimos cuando hablamos de diversas formas de consagración.

En la segunda parte, "La comunión eclesial, don del Espíritu", se aborda la dimensión trinitaria de todas las vocaciones, se explica el sentido de comunión en la Iglesia y se dibujan cuáles son los rasgos de la llamada "espiritualidad de comunión", la expresión acuñada por el Sínodo sobre la vida consagrada e incluida en *Vita consecrata* "donde se indica que el sentido de la comunión eclesial, al desarrollarse como una espiritualidad de comunión, promueve un modo de pensar, decir y obrar que hace crecer en la Iglesia en hondura y en extensión. La vida de comunión será así un signo para el mundo y una fuerza atractiva que conduce a creer en Cristo".

Por último, en la tercera parte ("Misión y presencia de la vida consagrada en la Iglesia particular") se recuerda que la vida consagrada pertenece a la Iglesia, se expone cuál es su función orgánica dentro de la Iglesia particular, se analiza el ministerio del obispo con respecto a la vida consagrada, se expresa el sentido y alcance de la autonomía y de la depen-

dencia en las relaciones mutuas y se detalla cómo la caridad es vínculo de comunión eclesial.

Cauces operativos

Con el reto para la Iglesia en España de "hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión", se enumeran en el documento algunos cauces operativos que "comprendidos y vividos a la luz del magisterio del Concilio Vaticano II y de la doctrina que se ha ido desarrollando posteriormente, y con la interpretación propia de la norma canónica (...) faciliten las relaciones mutuas entre los obispos y la vida consagrada de la Iglesia en España.

Los cauces se dividen en tres grandes partes: "Un mayor conocimiento y cercanía mutuos entre obispos y consagrados y entre estos y el clero diocesano secular", "Una más amplia integración y participación de los consagrados, según su carisma, en la acción pastoral diocesana y en los órganos de consulta y gobierno" y "Una mayor coordinación por parte del obispo de los ministerios, servicios y obras apostólicas que los consagrados realizan en la Iglesia particular".

Se enumeran un total de 29 puntos, sencillos, que recogen los citados cauces para las relaciones mutuas. Entre ellos figuran, por ejemplo, algunos dedicados a la formación de los sacerdotes y consagrados; a la presencia concreta de la vida consagrada, que es un enriquecimiento para las diócesis; a la responsabilidad pastoral del obispo; a la representación que deben tener los consagrados en los organismos diocesanos; o a la necesaria programación conjunta de la pastoral vocacional.



Iglesia
Universal



SANTO PADRE

Discurso en la inauguración de la estatua de San Miguel Arcángel en los jardines vaticanos

5 de julio de 2013

Santidad,
señores cardenales,
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio:

¡Ilustres señores y señoras! Nos hemos reunido aquí, en los Jardines vaticanos, para inaugurar un monumento a san Miguel arcángel, patrono del Estado de la Ciudad del Vaticano. Se trata de una iniciativa proyectada desde hace tiempo, con la aprobación del Papa Benedicto XVI, a quien se dirige siempre nuestro afecto y reconocimiento, y a quien queremos expresar nuestra gran alegría por tenerle hoy aquí presente en medio de nosotros. ¡Gracias de todo corazón!

Agradezco a la presidencia de la Gobernación, en especial al cardenal Giuseppe Bertello, por sus cordiales palabras, a las Direcciones y a los empleados implicados para esta realización. Doy las gracias al cardenal Giovanni Lajolo, presidente emérito de la Gobernación, también por la presentación que nos ha hecho de los trabajos realizados y de los resultados alcanzados. Una palabra de aprecio dirijo al escultor, señor Giuseppe Antonio Lomuscio, y al bienhechor, señor Claudio Chiais, que están aquí presentes. ¡Gracias!

En los Jardines vaticanos hay diversas obras artísticas; ésta, que hoy se añade, asume, sin embargo, un lugar de especial relieve, tanto por la ubicación como por el

significado que expresa. En efecto, no es sólo una obra conmemorativa, sino una invitación a la reflexión y a la oración, que bien nos introduce en el Año de la fe. Miguel —que significa: «¿Quién es como Dios?»— es el modelo del primado de Dios, de su trascendencia y poder. Miguel lucha por restablecer la justicia divina; defiende al pueblo de Dios de sus enemigos y sobre todo del enemigo por excelencia, el diablo. San Miguel vence porque es Dios quien actúa en él. Esta escultura nos recuerda entonces que el mal ha sido vencido, el acusador ha sido desenmascarado, su cabeza, aplastada, porque la salvación se realizó de una vez para siempre en la sangre de Cristo. Incluso si el diablo busca siempre rasguñar el rostro del Arcángel y el rostro del hombre, Dios es más fuerte; su victoria y su salvación se ofrecen a todo hombre. En el camino y en las pruebas de la vida no estamos solos, estamos acompañados y sostenidos por los ángeles de Dios, que ofrecen, por decirlo así, sus alas para ayudarnos a superar tantos peligros, para poder volar alto respecto a las realidades que pueden hacer pesada nuestra vida o arrastrarnos hacia abajo. Al consagrar el Estado de la Ciudad del Vaticano a san Miguel arcángel, le pedimos que nos defienda del Maligno y que lo arroje fuera.

Queridos hermanos y hermanas, nosotros consagramos el Estado de la Ciudad del Vaticano también a san José, el

custodio de Jesús, el custodio de la Sagrada Familia. Que su presencia nos haga aún más fuertes y valientes en dejar espacio a Dios en nuestra vida para vencer

siempre el mal con el bien. Pidámosle que nos proteja, nos cuide, para que la vida de la gracia crezca cada día más en cada uno de nosotros.

Discurso en el encuentro con los seminaristas, los novicios y las novicias

Sala Pablo VI, 6 de julio de 2013

¡Buenas tardes!

Le preguntaba a monseñor Fisichella si entendéis el italiano, y me ha dicho que todos tenéis la traducción... Estoy algo más tranquilo.

Le agradezco a monseñor Fisichella sus palabras y le agradezco también su trabajo: ha trabajado mucho para hacer no sólo esto sino todo lo que ha hecho y hará en el Año de la fe. ¡Muchas gracias! Pero monseñor Fisichella ha dicho una palabra, y yo no sé si es verdad, pero la retomo: ha dicho que todos vosotros tenéis ganas de dar vuestra vida para siempre a Cristo. Ahora aplaudís, festejáis, porque es tiempo de bodas... Pero cuando se termina la luna de miel, ¿qué sucede? He oído a un seminarista, un buen seminarista, que decía que quería servir a Cristo, pero durante diez años, y luego pensará en comenzar otra vida... ¡Esto es peligroso! Pero oíd bien: todos nosotros, también nosotros los más ancianos, también nosotros, estamos bajo la presión de esta cultura de lo provisional; y esto es peligroso, porque uno no se juega la vida una vez para siempre. Me caso hasta que dure el amor; me hago monja, pero por un «tiempito»..., «un poco de tiempo», y después veré; me hago seminarista para hacerme sacerdote, pero no sé cómo terminará la historia. ¡Esto no va con Jesús! No os reprocho a vosotros, reprocho esta cultura de

lo provisional, que nos golpea a todos, porque no nos hace bien, porque una elección definitiva hoy es muy difícil. En mis tiempos era más fácil, porque la cultura favorecía una elección definitiva, sea para la vida matrimonial, sea para la vida consagrada o la vida sacerdotal. Pero en esta época no es fácil una elección definitiva. Somos víctimas de esta cultura de lo provisional. Querría que pensarais en esto: ¿cómo puedo liberarme de esta cultura de lo provisional? Debemos aprender a cerrar la puerta de nuestra celda interior, desde dentro. Una vez un sacerdote, un buen sacerdote, que no se sentía un buen sacerdote porque era humilde, se sentía pecador y rezaba mucho a la Virgen, y le decía esto a la Virgen —lo diré en español porque era una bella poesía—. Le decía a la Virgen que jamás, jamás se alejaría de Jesús, y decía: «Esta tarde, Señora, la promesa es sincera. Por las dudas, no olvide dejar la llave afuera». Pero esto se dice pensando siempre en el amor a la Virgen, se lo dice a la Virgen. Pero cuando uno deja siempre la llave afuera, por lo que podría suceder... No está bien. ¡Debemos aprender a cerrar la puerta por dentro! Y si no estoy segura, si no estoy seguro, pienso, me tomo mi tiempo, y cuando me siento seguro, en Jesús, se entiende, porque sin Jesús nadie está seguro, cuando me siento seguro, cierro la puer-



ta. ¿Habéis comprendido esto? ¿Qué es la cultura de lo provisional?

Cuando he entrado, he visto lo que había escrito. Quería deciros una palabra, y la palabra era alegría. Siempre, donde están los consagrados, los seminaristas, las religiosas y los religiosos, los jóvenes, hay alegría, siempre hay alegría. Es la alegría de la lozanía, es la alegría de seguir a Cristo; la alegría que nos da el Espíritu Santo, no la alegría del mundo. ¡Hay alegría! Pero, ¿dónde nace la alegría? Nace... Pero, ¿el sábado por la noche volveré a casa e iré a bailar con mis antiguos compañeros? ¿De esto nace la alegría? ¿De un seminarista, por ejemplo? ¿No? ¿O sí?

Algunos dirán: la alegría nace de las cosas que se tienen, y entonces he aquí la búsqueda del último modelo de smartphone, el scooter más veloz, el coche que llama la atención... Pero yo os digo, en verdad, que a mí me hace mal cuando veo a un sacerdote o a una religiosa en un auto último modelo: ¡no se puede! ¡No se puede! Pensáis esto: pero entonces, Padre, ¿debemos ir en bicicleta? ¡Es buena la bicicleta! Monseñor Alfred va en bicicleta: él va en bicicleta. Creo que el auto es necesario cuando hay mucho trabajo y para trasladarse... ¡pero usad uno más humilde! Y si te gusta el más bueno, ¡piensa en cuántos niños se mueren de hambre! Solamente esto. La alegría no nace, no viene de las cosas que se tienen. Otros dicen que viene de las experiencias más extremas, para sentir la emoción de las sensaciones más fuertes: a la juventud le gusta caminar en el borde del precipicio, ¡le gusta de verdad! Otros, incluso, del vestido más a la moda, de la diversión en los locales más en boga, pero con esto no digo que la religiosas vayan a esos lugares, lo digo de los jóvenes en general. Otros, incluso, del éxito con las muchachas o los muchachos, quizás pasando de una a otra o de uno a otro. Esta es la inseguridad del amor, que

no es seguro: es el amor «a prueba». Y podríamos continuar... También vosotros os halláis en contacto con esta realidad que no podéis ignorar.

Sabemos que todo esto puede satisfacer algún deseo, crear alguna emoción, pero al final es una alegría que permanece en la superficie, no baja a lo íntimo, no es una alegría íntima: es la euforia de un momento que no hace verdaderamente feliz. La alegría no es la euforia de un momento: ¡es otra cosa!

La verdadera alegría no viene de las cosas, del tener, ¡no! Nace del encuentro, de la relación con los demás, nace de sentirse aceptado, comprendido, amado, y de aceptar, comprender y amar; y esto no por el interés de un momento, sino porque el otro, la otra, es una persona. La alegría nace de la gratuidad de un encuentro. Es escuchar: «Tú eres importante para mí», no necesariamente con palabras. Esto es hermoso... Y es precisamente esto lo que Dios nos hace comprender. Al llamaros, Dios os dice: «Tú eres importante para mí, te quiero, cuento contigo». Jesús, a cada uno de nosotros, nos dice esto. De ahí nace la alegría. La alegría del momento en que Jesús me ha mirado. Comprender y sentir esto es el secreto de nuestra alegría. Sentirse amado por Dios, sentir que para él no somos números, sino personas; y sentir que es él quien nos llama. Convertirse en sacerdote, en religioso o religiosa no es ante todo una elección nuestra. No me fío del seminarista o de la novicia que dice: «He elegido este camino». ¡No me gusta esto! No está bien. Más bien es la respuesta a una llamada y a una llamada de amor. Siento algo dentro que me inquieta, y yo respondo sí. En la oración, el Señor nos hace sentir este amor, pero también a través de numerosos signos que podemos leer en nuestra vida, a través de numerosas personas que pone en nuestro camino. Y la alegría del encuentro con

él y de su llamada lleva a no cerrarse, sino a abrirse; lleva al servicio en la Iglesia. Santo Tomás decía *bonum est diffusivum sui* —no es un latín muy difícil—, el bien se difunde. Y también la alegría se difunde. No tengáis miedo de mostrar la alegría de haber respondido a la llamada del Señor, a su elección de amor, y de testimoniar su Evangelio en el servicio a la Iglesia. Y la alegría, la verdad, es contagiosa; contagia... hace ir adelante. En cambio, cuando te encuentras con un seminarista muy serio, muy triste, o con una novicia así, piensas: ¡hay algo aquí que no está bien! Falta la alegría del Señor, la alegría que te lleva al servicio, la alegría del encuentro con Jesús, que te lleva al encuentro con los otros para anunciar a Jesús. ¡Falta esto! No hay santidad en la tristeza, ¡no hay! Santa Teresa —hay tantos españoles aquí que la conocen bien— decía: «Un santo triste es un triste santo». Es poca cosa... Cuando te encuentras con un seminarista, un sacerdote, una religiosa, una novicia con cara larga, triste, que parece que sobre su vida han arrojado una manta muy mojada, una de esas pesadas... que te tira al suelo... ¡Algo está mal! Pero por favor: ¡nunca más religiosas y sacerdotes con «cara avinagrada», ¡nunca más! La alegría que viene de Jesús. Pensad en esto: cuando a un sacerdote —digo sacerdote, pero también un seminarista—, cuando a un sacerdote, a una religiosa, le falta la alegría, es triste; podéis pensar: «Pero es un problema psiquiátrico». No, es verdad: puede ser, puede ser, esto sí. Sucede: algunos, pobres, enferman... Puede ser. Pero, en general, no es un problema psiquiátrico. ¿Es un problema de insatisfacción? Sí. Pero, ¿dónde está el centro de esta falta de alegría? Es un problema de celibato. Os lo explico. Vosotros, seminaristas, religiosas, consagráis vuestro amor a Jesús, un amor grande; el corazón es para Jesús, y esto nos lleva a hacer el voto de castidad, el voto de celibato. Pero el voto de castidad y el voto de celibato no termi-

nan en el momento del voto, van adelante... Un camino que madura, madura, madura hacia la paternidad pastoral, hacia la maternidad pastoral, y cuando un sacerdote no es padre de su comunidad, cuando una religiosa no es madre de todos aquellos con los que trabaja, se vuelve triste. Este es el problema. Por eso os digo: la raíz de la tristeza en la vida pastoral está precisamente en la falta de paternidad y maternidad, que viene de vivir mal esta consagración, que, en cambio, nos debe llevar a la fecundidad. No se puede pensar en un sacerdote o en una religiosa que no sean fecundos: ¡esto no es católico! ¡Esto no es católico! Esta es la belleza de la consagración: es la alegría, la alegría...

No quisiera hacer avergonzar a esta santa religiosa [se dirige a una religiosa anciana en la primera fila], que estaba delante de la valla, pobrecita, y estaba propiamente sofocada, pero tenía una cara feliz. Me ha hecho bien mirar su cara, hermana. Quizás usted tenga muchos años de vida consagrada, pero usted tiene ojos hermosos, usted sonreía, usted no se quejaba de esta presión... Cuando encontráis ejemplos como este, muchos, muchas religiosas, muchos sacerdotes que son felices, es porque son fecundos, dan vida, vida, vida... Esta vida la dan porque la encuentran en Jesús. En la alegría de Jesús. Alegría, ninguna tristeza, fecundidad pastoral.

Para ser testigos felices del Evangelio es necesario ser auténticos, coherentes. Y esta es otra palabra que quiero deciros: autenticidad. Jesús reprendía mucho a los hipócritas: hipócritas, los que piensan por debajo, los que tienen —para decirlo claramente— dos caras. Hablar de autenticidad a los jóvenes no cuesta, porque los jóvenes —todos— tienen este deseo de ser auténticos, de ser coherentes. Y a todos vosotros os fastidia encontraros con sacerdotes o religiosas que no son auténticos.



Esta es una responsabilidad, ante todo, de los adultos, de los formadores. Es vuestra, formadores, que estáis aquí: dar un ejemplo de coherencia a los más jóvenes. ¿Queremos jóvenes coherentes? ¡Seamos nosotros coherentes! De lo contrario, el Señor nos dirá lo que decía de los fariseos al pueblo de Dios: «Haced lo que digan, pero no lo que hacen». Coherencia y autenticidad.

Pero también vosotros, por vuestra parte, tratad de seguir este camino. Digo siempre lo que afirmaba san Francisco de Asís: Cristo nos ha enviado a anunciar el Evangelio también con la palabra. La frase es así: «Anunciad el Evangelio siempre. Y, si fuera necesario, con las palabras». ¿Qué quiere decir esto? Anunciar el Evangelio con la autenticidad de vida, con la coherencia de vida. Pero en este mundo en el que las riquezas hacen tanto mal, es necesario que nosotros, sacerdotes, religiosas, todos nosotros, seamos coherentes con nuestra pobreza. Pero cuando te das cuenta de que el interés prioritario de una institución educativa o parroquial, o cualquier otra, es el dinero, esto no hace bien. ¡Esto no hace bien! Es una incoherencia. Debemos ser coherentes, auténticos. Por este camino hacemos lo que dice san Francisco: predicamos el Evangelio con el ejemplo, después con las palabras. Pero, antes que nada, es en nuestra vida donde los otros deben leer el Evangelio. También aquí sin temor, con nuestros defectos que tratamos de corregir, con nuestros límites que el Señor conoce, pero también con nuestra generosidad al dejar que él actúe en nosotros. Los defectos, los límites y —añado algo más— los pecados... Querría saber una cosa: aquí, en el aula, ¿hay alguien que no es pecador? ¡Alce la mano! ¡Alce la mano! Nadie. Nadie. Desde aquí hasta el fondo... ¡todos! Pero, ¿cómo llevo mi pecado, mis pecados? Quiero aconsejaros esto: sed transparentes con el confesor.

Siempre. Decid todo, no tengáis miedo. «Padre, he pecado». Pensad en la samaritana, que para tratar de decir a sus conciudadanos que había encontrado al Mesías, dijo: «Me ha dicho todo lo que hice», y todos conocían la vida de esa mujer. Decir siempre la verdad al confesor. Esta transparencia nos hará bien, porque nos hace humildes, a todos. «Pero padre, he persistido en esto, he hecho esto, he odiado»..., cualquier cosa. Decir la verdad, sin esconder, sin medias palabras, porque estás hablando con Jesús en la persona del confesor. Y Jesús sabe la verdad. Solamente Él te perdona siempre. Pero el Señor quiere solamente que tú le digas lo que Él ya sabe. ¡Transparencia! Es triste cuando uno se encuentra con un seminarista, con una religiosa, que hoy se confiesa con éste para limpiar la mancha; y mañana con otro, con otro y con otro: una *peregrinatio* a los confesores para esconder su verdad. ¡Transparencia! Es Jesús quien te está escuchando. Tened siempre esta transparencia ante Jesús en el confesor. Pero ésta es una gracia. Padre, he pecado, he hecho esto, esto y esto... letra por letra. Y el Señor te abraza, te besa. Ve, y ya no peques. ¿Y si vuelves? Otra vez. Lo digo por experiencia. Me he encontrado con muchas personas consagradas que caen en esta trampa hipócrita de la falta de transparencia. «He hecho esto», con humildad. Como el publicano, que estaba en el fondo del templo: «He hecho esto, he hecho esto...». Y el Señor te tapa la boca: es Él quien te la tapa. Pero no lo hagas tú. ¿Habéis comprendido? Del propio pecado, sobreabunda la gracia. Abrid la puerta a la gracia, con esta transparencia.

Los santos y los maestros de la vida espiritual nos dicen que para ayudar a hacer crecer la autenticidad en nuestra vida es muy útil, más aún, es indispensable, la práctica diaria del examen de conciencia. ¿Qué sucede en mi alma? Así, abierto, con el Señor y

después con el confesor, con el padre espiritual. Es muy importante esto.

¿Hasta qué hora, monseñor Fisichella, tenemos tiempo?

[Monseñor Fisichella: si usted habla así, estaremos aquí hasta mañana, absolutamente]

Pero él dice hasta mañana... Que os traiga un sándwich y una Coca Cola a cada uno, si es hasta mañana, por lo menos...

La coherencia es fundamental, para que nuestro testimonio sea creíble. Pero no basta; también se necesita preparación cultural, preparación intelectual, lo remarco, para dar razón de la fe y de la esperanza. El contexto en el que vivimos pide continuamente este «dar razón», y es algo bueno, porque nos ayuda a no dar nada por descontado. Hoy no podemos dar nada por descontado. Esta civilización, esta cultura... no podemos. Pero, ciertamente, es también arduo, requiere buena formación, equilibrada, que una todas las dimensiones de la vida, la humana, la espiritual, la dimensión intelectual con la pastoral. En la formación vuestra hay cuatro pilares fundamentales: formación espiritual, o sea, la vida espiritual; la vida intelectual, este estudiar para «dar razón»; la vida apostólica, comenzar a ir a anunciar el Evangelio; y, cuarto, la vida comunitaria. Cuatro. Y para esta última es necesario que la formación se realice en la comunidad, en el noviciado, en el priorato, en los seminarios... Pienso siempre esto: es mejor el peor seminario que ningún seminario. ¿Por qué? Porque es necesaria esta vida comunitaria. Recordad los cuatro pilares: vida espiritual, vida intelectual, vida apostólica y vida comunitaria. Estos cuatro. En estos cuatro debéis edificar vuestra vocación.

Y querría destacar la importancia, en esta vida comunitaria, de las relaciones de amistad y de fraternidad, que son parte in-

tegrante de esta formación. Llegamos a otro problema. ¿Por qué digo esto: relaciones de amistad y de fraternidad? Muchas veces me he encontrado con comunidades, con seminaristas, con religiosos, o con comunidades diocesanas donde las jaculatorias más comunes son las murmuraciones. ¡Es terrible! Se despellejan unos a otros... Y este es nuestro mundo clerical, religioso... Disculpadme, pero es común: celos, envidias, hablar mal del otro. No sólo hablar mal de los superiores, ¡esto es clásico! Pero quiero decir que es muy común, muy común. También yo caí en esto. Muchas veces lo hice. Y me avergüenzo. Me avergüenzo de esto. No está bien hacerlo: ir a murmurar. «Has oído... Has oído...». Pero es un infierno esa comunidad. Esto no está bien. Y por eso es importante la relación de amistad y de fraternidad. Los amigos son pocos. La Biblia dice esto: los amigos, uno, dos... Pero la fraternidad, entre todos. Si tengo algo con una hermana o con un hermano, se lo digo en la cara, o se lo digo a aquel o a aquella que puede ayudar, pero no lo digo a otros para «ensuciarlo». Y las murmuraciones son terribles. Detrás de las murmuraciones, debajo de las murmuraciones hay envidias, celos, ambiciones. Pensad en esto. Una vez oí hablar de una persona que, después de los ejercicios espirituales, una persona consagrada, una religiosa... ¡Esto es bueno! Esta religiosa había prometido al Señor no hablar nunca mal de otra religiosa. Este es un hermoso, un hermoso camino a la santidad. No hablar mal de los otros. «Pero padre, hay problemas...». Díselos al superior, díselos a la superiora, díselos al obispo, que puede remediar. No se los digas a quien no puede ayudar. Esto es importante: ¡fraternidad! Pero dime, ¿hablarías mal de tu mamá, de tu papá, de tus hermanos? Jamás. ¿Y por qué lo haces en la vida consagrada, en el seminario, en la vida presbiteral? Solamente esto: pensad, pensad. ¡Fraternidad! Este amor fraterno.



Pero hay dos extremos; en este aspecto de la amistad y de la fraternidad, hay dos extremos: tanto el aislamiento como la disipación. Una amistad y una fraternidad que me ayuden a no caer ni en el aislamiento ni en la disipación. Cultivad las amistades, son un bien precioso; pero deben educaros no en la cerrazón, sino en la salida de vosotros mismos. Un sacerdote, un religioso, una religiosa jamás pueden ser una isla, sino una persona siempre dispuesta al encuentro. Las amistades, además, se enriquecen con los diversos carismas de vuestras familias religiosas. Es una gran riqueza. Pensemos en las hermosas amistades de muchos santos.

Creo que debo cortar un poco, porque vuestra paciencia es grande.

[Seminaristas: «¡Nooooo!»]

Querría deciros: salid de vosotros mismos para anunciar el Evangelio, pero, para hacerlo, debéis salir de vosotros mismos para encontrar a Jesús. Hay dos salidas: una hacia el encuentro con Jesús, hacia la trascendencia; la otra, hacia los demás para anunciar a Jesús. Estas dos van juntas. Si haces solamente una, no está bien. Pienso en la madre Teresa de Calcuta. Era audaz esta religiosa... No tenía miedo a nada, iba por las calles... Pero esta mujer tampoco tenía miedo de arrodillarse, dos horas, ante el Señor. No tengáis miedo de salir de vosotros mismos en la oración y en la acción pastoral. Sed valientes para rezar y para ir a anunciar el Evangelio.

Querría una Iglesia misionera, no tan tranquila. Una hermosa Iglesia que va adelante. En estos días han venido muchos misioneros y misioneras a la misa de la mañana, aquí, en Santa Marta, y cuando me saludaban, me decían: «Pero yo soy una religiosa anciana; hace cuarenta años que estoy en el Chad, que estoy acá, que estoy allá...». ¡Qué hermoso! Pero, ¿tú entiendes que esta religiosa ha pasado estos años así, porque

nunca ha dejado de encontrar a Jesús en la oración? Salir de sí mismos hacia la trascendencia, hacia Jesús en la oración, hacia la trascendencia, hacia los demás en el apostolado, en el trabajo. Dad una contribución para una Iglesia así, fiel al camino que Jesús quiere. No aprendáis de nosotros, que ya no somos tan jóvenes; no aprendáis de nosotros el deporte que nosotros, los viejos, tenemos a menudo: ¡el deporte de la queja! No aprendáis de nosotros el culto de la «diosa queja». Es una diosa... siempre quejosa. Al contrario, sed positivos, cultivad la vida espiritual y, al mismo tiempo, id, sed capaces de encontraros con las personas, especialmente con las más despreciadas y desfavorecidas. No tengáis miedo de salir e ir contra la corriente. Sed contemplativos y misioneros. Tened siempre a la Virgen con vosotros en vuestra casa, como la tenía el apóstol Juan. Que ella siempre os acompañe y proteja. Y rezad también por mí, porque también yo necesito oraciones, porque soy un pobre pecador, pero vamos adelante.

Muchas gracias, no veremos de nuevo mañana. Y adelante, con alegría, con coherencia, siempre con la valentía de decir la verdad, la valentía de salir de sí mismo para encontrar a Jesús en la oración y salir de sí mismo para encontrar a los otros y darles el Evangelio. Con fecundidad pastoral. Por favor, nos seáis «solteras» y «solteros». ¡Adelante!

Ahora, decía monseñor Fisichella, que ayer rezasteis el Credo, cada uno en su propia lengua. Pero somos todos hermanos, tenemos un mismo Padre. Ahora, cada uno en su propia lengua, rece el Padrenuestro. Recemos el Padrenuestro.

[Rezo del Padrenuestro]

Y también tenemos una Madre. En nuestra propia lengua, recemos el Ave María.

[Rezo del Avemaría]

***Motu proprio* sobre la jurisdicción de los órganos judiciares del Estado de la Ciudad del Vaticano en materia penal**

11 de julio de 2013

En nuestro tiempo, el bien común está cada vez más amenazado por la delincuencia transnacional y organizada, por el uso indebido del mercado y de la economía, así como por el terrorismo.

Por tanto, es necesario que la comunidad internacional adopte instrumentos jurídicos adecuados que permitan prevenir y combatir la delincuencia, favoreciendo la cooperación judicial internacional en materia penal.

La Santa Sede, actuando también en nombre y por cuenta del Estado de la Ciudad del Vaticano, siempre ha afirmado en la ratificación de varios convenios internacionales en dicho ámbito, que esos acuerdos constituyen los medios para contrastar con eficacia las actividades delictivas que amenazan la dignidad humana, el bien común y la paz.

Deseando ahora reafirmar el compromiso de la Santa Sede de cooperar en estos fines, con la presente Carta Apostólica en forma de *Motu Proprio* dispongo que:

1. Los órganos judiciares competentes del Estado de la Ciudad del Vaticano ejercen jurisdicción penal también en orden:

- a) a los delitos cometidos contra la seguridad, los intereses fundamentales o el patrimonio de la Santa Sede;
- b) a los delitos que se indican:
 - en la Ley del Estado de la Ciudad del Vaticano n. VIII, del 11 de julio 2013, por la que se establecen

las Normas complementarias en materia penal;

- en la Ley del Estado de la Ciudad del Vaticano n. IX, de 11 de julio 2013, por la que se establecen las Enmiendas al Código Penal y al Código de Procedimiento Penal; cometidos por las personas mencionadas en el apartado 3, en relación con el desempeño de sus funciones;
- c) a cualquier otro delito cuya represión sea requerida por un acuerdo internacional ratificado por la Santa Sede, si el autor se encuentra en el Estado de la Ciudad del Vaticano y no es extraditado al extranjero.

2. Los delitos mencionados en el apartado 1 serán juzgados de acuerdo a la ley vigente en el Estado de la Ciudad del Vaticano en el momento de su comisión, sin perjuicio de los principios generales del ordenamiento jurídico relativos a la aplicación de las leyes penales en el tiempo.

3. A los efectos de la ley penal del Vaticano son equiparados a "funcionarios públicos":

- a) los miembros, los funcionarios y empleados de los distintos organismos de la Curia Romana y de las Instituciones vinculadas a ella;
- b) los legados papales y el personal con rol diplomático de la Santa Sede;
- c) las personas que ejerzan funcio-



nes de representación, de administración o de dirección, así como los que ejercen, también “de facto”, la gestión y el control de las entidades que dependen directamente de la Santa Sede inscritas en el registro de las personas jurídicas canónicas en la Gobernación Estado de la Ciudad del Vaticano;

d) cualquier otra persona titular de un mandato administrativo o judicial en la Santa Sede, con carácter permanente o temporal, remunerado o gratuito, cualquiera que sea su nivel jerárquico.

4. La jurisdicción a que se refiere el apartado 1 se hace extensiva también a la responsabilidad administrativa de las personas jurídicas derivada de delito, como está disciplinado por las leyes del Estado de la Ciudad del Vaticano.

5. En el caso de que se proceda por el mismo delito en otros estados, se aplicarán las normas sobre el concurso de jurisdicción en vigor en el Estado de la Ciudad del Vaticano.

6. Permanece cuanto dispuesto en el art. 23 de la Ley núm. CXIX de 21 de noviembre 1987 que aprueba el Ordenamiento Jurídico del Estado de la Ciudad del Vaticano.

Esto decido y establezco, no obstante cualquier disposición contraria.

Establezco que la presente Carta Apostólica en forma de *motu proprio* sea promulgada mediante la publicación en L'Osservatore Romano, y entre en vigor el 1 de septiembre de 2013.

Dado en Roma, en el Palacio Apostólico, el 11 de julio de 2013, primero de mi Pontificado.

Discurso con motivo del vía crucis en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud

Paseo marítimo de Copacabana, Río de Janeiro, 26 de julio de 2013

Queridísimos jóvenes:

Hemos venido hoy aquí para acompañar a Jesús a lo largo de su camino de dolor y de amor, el camino de la Cruz, que es uno de los momentos fuertes de la Jornada Mundial de la Juventud. Al concluir el Año Santo de la Redención, el beato Juan Pablo II quiso confiarles a ustedes, jóvenes, la Cruz diciéndoles: «Llévenla por el mundo como signo del amor de Jesús a la humanidad, y anuncien a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención» (Palabras al entregar la cruz del Año Santo a los jóvenes, 22 de abril de 1984: *Insegnamenti* VII,1 (1984), 1105). Desde

entonces, la Cruz ha recorrido todos los continentes y ha atravesado los más variados mundos de la existencia humana, quedando como impregnada de las situaciones vitales de tantos jóvenes que la han visto y la han llevado. Queridos hermanos, nadie puede tocar la Cruz de Jesús sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevar consigo algo de la cruz de Jesús a la propia vida. Esta tarde, acompañando al Señor, me gustaría que resonasen en sus corazones tres preguntas: ¿Qué han dejado ustedes en la Cruz, queridos jóvenes de Brasil, en estos dos años en los que ha recorrido su inmenso país? Y ¿qué ha dejado la Cruz en cada uno de ustedes?

Y, finalmente, ¿qué nos enseña para nuestra vida esta Cruz?

1. Una antigua tradición de la Iglesia de Roma cuenta que el apóstol Pedro, saliendo de la ciudad para escapar de la persecución de Nerón, vio que Jesús caminaba en dirección contraria y enseguida le preguntó: «Señor, ¿adónde vas?». La respuesta de Jesús fue: «Voy a Roma para ser crucificado de nuevo». En aquel momento, Pedro comprendió que tenía que seguir al Señor con valentía, hasta el final, pero entendió sobre todo que nunca estaba solo en el camino; con él estaba siempre aquel Jesús que lo había amado hasta morir. Miren, Jesús con su Cruz recorre nuestras calles y carga nuestros miedos, nuestros problemas, nuestros sufrimientos, también los más profundos. Con la Cruz, Jesús se une al silencio de las víctimas de la violencia, que ya no pueden gritar, sobre todo los inocentes y los indefensos; con la Cruz, Jesús se une a las familias que se encuentran en dificultad, y que lloran la trágica pérdida de sus hijos, como en el caso de los doscientos cuarenta y dos jóvenes víctimas del incendio en la ciudad de Santa María a principios de este año. Rezamos por ellos. Con la Cruz Jesús se une a todas las personas que sufren hambre, en un mundo que, por otro lado, se permite el lujo de tirar cada día toneladas de alimentos. Con la cruz, Jesús está junto a tantas madres y padres que sufren al ver a sus hijos víctimas de paraísos artificiales, como la droga. Con la Cruz, Jesús se une a quien es perseguido por su religión, por sus ideas, o simplemente por el color de su piel; en la Cruz, Jesús está junto a tantos jóvenes que han perdido su confianza en las instituciones políticas porque ven el egoísmo y corrupción, o que han perdido su fe en la Iglesia, e incluso en Dios, por la incoherencia de los cristianos y de los ministros del Evangelio. Cuánto hacen sufrir a Jesús nuestras incoherencias. En la Cruz de Cristo está

el sufrimiento, el pecado del hombre, también el nuestro, y Él acoge todo con los brazos abiertos, carga sobre su espalda nuestras cruces y nos dice: ¡Ánimo! No la llevás vos solo. Yo la llevo con vos y yo he vencido a la muerte y he venido a darte esperanza, a darte vida (cf. Jn 3,16).

2. Podemos ahora responder a la segunda pregunta: ¿Qué ha dejado la Cruz en los que la han visto y en los que la han tocado? ¿Qué deja en cada uno de nosotros? Miren, deja un bien que nadie nos puede dar: la certeza del amor fiel de Dios por nosotros. Un amor tan grande que entra en nuestro pecado y lo perdona, entra en nuestro sufrimiento y nos da fuerza para sobrellevarlo, entra también en la muerte para vencerla y salvarnos. En la Cruz de Cristo está todo el amor de Dios, está su inmensa misericordia. Y es un amor del que podemos fiarnos, en el que podemos creer. Queridos jóvenes, fiémonos de Jesús, confiemos en Él (cf. Lumen fidei, 16). Porque Él nunca defrauda a nadie. Sólo en Cristo muerto y resucitado encontramos la salvación y redención. Con Él, el mal, el sufrimiento y la muerte no tienen la última palabra, porque Él nos da esperanza y vida: ha transformado la Cruz de ser un instrumento de odio, y de derrota, y de muerte, en un signo de amor, de victoria, de triunfo y de vida.

El primer nombre de Brasil fue precisamente «Terra de Santa Cruz». La Cruz de Cristo fue plantada no sólo en la playa hace más de cinco siglos, sino también en la historia, en el corazón y en la vida del pueblo brasileño, y en muchos otros pueblos. A Cristo que sufre lo sentimos cercano, uno de nosotros que comparte nuestro camino hasta el final. No hay en nuestra vida cruz, pequeña o grande que sea, que el Señor no comparta con nosotros.

3. Pero la Cruz invita también a dejarnos contagiar por este amor, nos enseña



así a mirar siempre al otro con misericordia y amor, sobre todo a quien sufre, a quien tiene necesidad de ayuda, a quien espera una palabra, un gesto. La Cruz nos invita a salir de nosotros mismos para ir al encuentro de ellos y tenderles la mano. Muchos rostros, lo hemos visto en el Viacrucis, muchos rostros acompañaron a Jesús en el camino al Calvario: Pilato, el Cireneo, María, las mujeres... Yo te pregunto hoy a vos: Vos, ¿como quien querés ser. Querés ser como Pilato, que no tiene la valentía de ir a contracorriente, para salvar la vida de Jesús, y se lava las manos? Decidme: Vos, sos de los que se lavan las manos, se hacen los distraídos y miran para otro lado, o sos como el Cireneo, que ayuda a Jesús a llevar aquel

madero pesado, como María y las otras mujeres, que no tienen miedo de acompañar a Jesús hasta el final, con amor, con ternura. Y vos ¿como cuál de ellos querés ser? ¿Como Pilato, como el Cireneo, como María? Jesús te está mirando ahora y te dice: ¿Me querés ayudar a llevar la Cruz? Hermano y hermana, con toda tu fuerza de joven ¿qué le contestás?

Queridos jóvenes, llevemos nuestras alegrías, nuestros sufrimientos, nuestros fracasos a la Cruz de Cristo; encontraremos un Corazón abierto que nos comprende, nos perdona, nos ama y nos pide llevar este mismo amor a nuestra vida, amar a cada hermano o hermana nuestra con ese mismo amor.

Discurso en el encuentro con los obispos brasileños en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud

307

Arzobispado de Río de Janeiro, 27 de julio de 2013

Queridos hermanos

¡Qué bueno y hermoso encontrarme aquí con ustedes, obispos de Brasil!

Gracias por haber venido, y permítanme que les hable como amigos; por eso prefiero hablarles en español, para poder expresar mejor lo que llevo en el corazón. Les pido disculpas.

Estamos reunidos aquí, un poco apartados, en este lugar preparado por nuestro hermano Dom Orani, para estar solos y poder hablar de corazón a corazón, como pastores a los que Dios ha confiado su rebaño. En las calles de Río, jóvenes de todo el mundo y muchas otras multitudes nos esperan, necesitados de ser alcanzados por la mirada misericordiosa de Cristo, el Buen Pastor, al

que estamos llamados a hacer presente. Gustemos, pues, este momento de descanso, de compartir, de verdadera fraternidad.

Deseo abrazar a todos y a cada uno, comenzando por el Presidente de la Conferencia Episcopal y el Arzobispo de Río de Janeiro, y especialmente a los obispos eméritos.

Más que un discurso formal, quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones.

La primera me ha venido otra vez a la mente cuando he visitado el santuario de Aparecida. Allí, a los pies de la imagen de la Inmaculada Concepción, he rezado por Ustedes, por sus Iglesias, por los sacerdotes, religiosos y religiosas, por los seminaristas, por los laicos y sus familias y, en particular,

por los jóvenes y los ancianos; ambos son la esperanza de un pueblo: los jóvenes, porque llevan la fuerza, la ilusión, la esperanza del futuro; los ancianos, porque son la memoria, la sabiduría de un pueblo.[1]

1. Aparecida: clave de lectura para la misión de la Iglesia

En Aparecida, Dios ha ofrecido su propia Madre al Brasil. Pero Dios ha dado también en Aparecida una lección sobre sí mismo, sobre su forma de ser y de actuar. Una lección de esa humildad que pertenece a Dios como un rasgo esencial, y que está en el ADN de Dios. En Aparecida hay algo perenne que aprender sobre Dios y sobre la Iglesia; una enseñanza que ni la Iglesia en Brasil, ni Brasil mismo deben olvidar.

En el origen del evento de Aparecida está la búsqueda de unos pobres pescadores. Mucha hambre y pocos recursos. La gente siempre necesita pan. Los hombres comienzan siempre por sus necesidades, también hoy.

Tienen una barca frágil, inadecuada; tienen redes viejas, tal vez también deterioradas, insuficientes.

En primer lugar aparece el esfuerzo, quizás el cansancio de la pesca, y, sin embargo, el resultado es escaso: un revés, un fracaso. A pesar del sacrificio, las redes están vacías.

Después, cuando Dios quiere, él mismo aparece en su misterio. Las aguas son profundas y, sin embargo, siempre esconden la posibilidad de Dios; y él llegó por sorpresa, quizás cuando ya no se lo esperaba. Siempre se pone a prueba la paciencia de los que le esperan. Y Dios llegó de un modo nuevo, porque siempre Dios es sor-

presa: una imagen de frágil arcilla, ennegrecida por las aguas del río, y también envejecida por el tiempo. Dios aparece siempre con aspecto de pequeñez.

Así apareció entonces la imagen de la Inmaculada Concepción. Primero el cuerpo, luego la cabeza, después cuerpo y cabeza juntos: unidad. Lo que estaba separado recobra la unidad. El Brasil colonial estaba dividido por el vergonzoso muro de la esclavitud. La Virgen de Aparecida se presenta con el rostro negro, primero dividida y después unida en manos de los pescadores.

Hay aquí una enseñanza que Dios nos quiere ofrecer. Su belleza reflejada en la Madre, concebida sin pecado original, emerge de la oscuridad del río. En Aparecida, desde el principio, Dios nos da un mensaje de recomposición de lo que está separado, de reunión de lo que está dividido. Los muros, barrancos y distancias, que también hoy existen, están destinados a desaparecer. La Iglesia no puede desatender esta lección: ser instrumento de reconciliación.

Los pescadores no desprecian el misterio encontrado en el río, aun cuando es un misterio que aparece incompleto. No tiran las partes del misterio. Esperan la plenitud. Y ésta no tarda en llegar. Hay algo sabio que hemos de aprender. Hay piezas de un misterio, como partes de un mosaico, que vamos encontrando. Nosotros queremos ver el todo con demasiada prisa, mientras que Dios se hace ver poco a poco. También la Iglesia debe aprender esta espera.

Después, los pescadores llevan a casa el misterio. La gente sencilla siempre tiene espacio para albergar el misterio. Tal vez hemos reducido nuestro hablar del mis-

[1] El Documento de Aparecida subraya cómo los niños, los jóvenes y los ancianos construyen el futuro de los pueblos (cf. n. 447).



terio a una explicación racional; pero en la gente, el misterio entra por el corazón. En la casa de los pobres, Dios siempre encuentra sitio.

Los pescadores «agasalham»: arropan el misterio de la Virgen que han pescado, como si tuviera frío y necesitara calor. Dios pide que se le resguarde en la parte más cálida de nosotros mismos: el corazón. Después será Dios quien irradie el calor que necesitamos, pero primero entra con la astucia de quien mendiga. Los pescadores cubren el misterio de la Virgen con el pobre manto de su fe. Llaman a los vecinos para que vean la belleza encontrada, se reúnen en torno a ella, cuentan sus penas en su presencia y le encomiendan sus preocupaciones. Hacen posible así que las intenciones de Dios se realicen: una gracia, y luego otra; una gracia que abre a otra; una gracia que prepara a otra. Dios va desplegando gradualmente la humildad misteriosa de su fuerza.

Hay mucho que aprender de esta actitud de los pescadores. Una iglesia que da espacio al misterio de Dios; una iglesia que alberga en sí misma este misterio, de manera que pueda maravillar a la gente, atraerla. Sólo la belleza de Dios puede atraer. El camino de Dios es el de la atracción. A Dios, uno se lo lleva a casa. Él despierta en el hombre el deseo de tenerlo en su propia vida, en su propio hogar, en el propio corazón. Él despierta en nosotros el deseo de llamar a los vecinos para dar a conocer su belleza. La misión nace precisamente de este hechizo divino, de este estupor del encuentro. Hablamos de la misión, de Iglesia misionera. Pienso en los pescadores que llaman a sus vecinos para que vean el misterio de la Virgen. Sin la sencillez de su actitud, nuestra misión está condenada al fracaso.

La Iglesia siempre tiene necesidad apremiante de no olvidar la lección de Apa-

recida, no la puede desatender. Las redes de la Iglesia son frágiles, quizás remendadas; la barca de la Iglesia no tiene la potencia de los grandes transatlánticos que surcan los océanos. Y, sin embargo, Dios quiere manifestarse precisamente a través de nuestros medios, medios pobres, porque siempre es él quien actúa.

Queridos hermanos, el resultado del trabajo pastoral no se basa en la riqueza de los recursos, sino en la creatividad del amor. Ciertamente es necesaria la tenacidad, el esfuerzo, el trabajo, la planificación, la organización, pero hay que saber ante todo que la fuerza de la Iglesia no reside en sí misma sino que está escondida en las aguas profundas de Dios, en las que ella está llamada a echar las redes.

Otra lección que la Iglesia ha de recordar siempre es que no puede alejarse de la sencillez, de lo contrario olvida el lenguaje del misterio, y se queda fuera, a las puertas del misterio, y, por supuesto, no consigue entrar en aquellos que pretenden de la Iglesia lo que no pueden darse por sí mismos, es decir, Dios. A veces perdemos a quienes no nos entienden porque hemos olvidado la sencillez, importando de fuera también una racionalidad ajena a nuestra gente. Sin la gramática de la simplicidad, la Iglesia se ve privada de las condiciones que hacen posible «pescar» a Dios en las aguas profundas de su misterio.

Una última anotación: Aparecida se hizo presente en un cruce de caminos. La vía que unía Río de Janeiro, la capital, con San Pablo, la provincia emprendedora que estaba naciendo, y Minas Gerais, las minas tan codiciadas por las Cortes europeas: una encrucijada del Brasil colonial. Dios aparece en los cruces. La Iglesia en Brasil no puede olvidar esta vocación inscrita en ella desde su primer aliento: ser capaz de sistole y diástole, de recoger y difundir.

2. Aprecio por la trayectoria de la Iglesia en Brasil

Los obispos de Roma han llevado siempre en su corazón a Brasil y a su Iglesia. Se ha logrado un maravilloso recorrido. De 12 diócesis durante el Concilio Vaticano I a las actuales 275 circunscripciones. No ha sido la expansión de un aparato o de una empresa, sino más bien el dinamismo de los «cinco panes y dos peces» evangélicos, que, en contacto con la bondad del Padre, en manos encallecidas, han sido fecundos.

Hoy deseo reconocer el trabajo sin reservas de Ustedes, Pastores, en sus Iglesias. Pienso en los obispos que están en la selva subiendo y bajando por los ríos, en las zonas semiáridas, en el Pantanal, en la pampa, en las junglas urbanas de las megalópolis. Amen siempre con una dedicación total a su grey. Pero pienso también en tantos nombres y tantos rostros que han dejado una huella indeleble en el camino de la Iglesia en Brasil, haciendo palpable la gran bondad de Dios para con esta iglesia.[2]

Los obispos de Roma siempre han estado cerca; han seguido, animado, acompañado. En las últimas décadas, el beato Juan XXIII invitó con insistencia a los obispos brasileños a preparar su primer plan pastoral y, desde entonces, se ha desarrollado una verdadera tradición pastoral en Brasil, logrando que la Iglesia no fuera un trasatlántico a la deriva, sino que tuviera siempre una brújula. El Siervo de Dios Pablo VI, además de alentar la recepción del Concilio Vaticano II con fidelidad, pero también con rasgos originales (cf. Asamblea General del CELAM en Medellín), influyó de-

cisivamente en la autoconciencia de la Iglesia en Brasil mediante el Sínodo sobre la evangelización y el texto fundamental de referencia, que sigue siendo de actualidad: la *Evangelii nuntiandi*. El beato Juan Pablo II visitó Brasil en tres ocasiones, recorriéndolo «de cabo a rabo», de norte a sur, insistiendo en la misión pastoral de la Iglesia, en la comunión y la participación, en la preparación del Gran Jubileo, en la nueva evangelización. Benedicto XVI eligió Aparecida para celebrar la V Asamblea General del CELAM, y esto ha dejado una huella profunda en la Iglesia de todo el continente.

La Iglesia en Brasil ha recibido y aplicado con originalidad el Concilio Vaticano II y el camino recorrido, aunque ha debido superar algunas enfermedades infantiles, ha llevado gradualmente a una Iglesia más madura, generosa y misionera.

Hoy nos encontramos en un nuevo momento. Como ha expresado bien el Documento de Aparecida, no es una época de cambios, sino un cambio de época. Entonces, también hoy es urgente preguntarse: ¿Qué nos pide Dios? Quisiera intentar ofrecer algunas líneas de respuesta a esta pregunta.

3. El icono de Emaús como clave de lectura del presente y del futuro.

Ante todo, no hemos de ceder al miedo del que hablaba el Beato John Henry Newman: «El mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena».[3] No hay que ceder al desencanto, al desánimo, a las lamentaciones. Hemos tra-

[2] Pienso en tantas figuras como, por citar sólo algunas, Lorscheider, Mendes de Almeida, Sales, Vital, Camara, Macedo..., junto al primer obispo brasileño Pero Fernandes Sardinha (1551-1556), asesinado por belicosas tribus locales.

[3] Letter of 26 January 1833, in: The Letters and Diaries of John Henry Newman, vol. III, Oxford 1979, p. 204.



bajado mucho, y a veces nos parece que hemos fracasado, y tenemos el sentimiento de quien debe hacer balance de una temporada ya perdida, viendo a los que se han marchado o ya no nos consideran creíbles, relevantes.

Releamos una vez más el episodio de Emaús desde este punto de vista (Lc 24, 13-15). Los dos discípulos huyen de Jerusalén. Se alejan de la «desnudez» de Dios. Están escandalizados por el fracaso del Mesías en quien habían esperado y que ahora aparece irremediablemente derrotado, humillado, incluso después del tercer día (vv. 24, 17-21). Es el misterio difícil de quien abandona la Iglesia; de aquellos que, tras haberse dejado seducir por otras propuestas, creen que la Iglesia —su Jerusalén— ya no puede ofrecer algo significativo e importante. Y, entonces, van solos por el camino con su propia desilusión. Tal vez la Iglesia se ha mostrado demasiado débil, demasiado lejana de sus necesidades, demasiado pobre para responder a sus inquietudes, demasiado fría para con ellos, demasiado autorreferencial, prisionera de su propio lenguaje rígido; tal vez el mundo parece haber convertido a la Iglesia en una reliquia del pasado, insuficiente para las nuevas cuestiones; quizás la Iglesia tenía respuestas para la infancia del hombre, pero no para su edad adulta.[4] El hecho es que actualmente hay muchos como los dos discípulos de Emaús; no sólo los que buscan respuestas en los nuevos y difusos grupos religiosos, sino también aquellos que parecen vivir ya sin Dios, tanto en la teoría como en la práctica.

Ante esta situación, ¿qué hacer?

Hace falta una Iglesia que no tenga miedo a entrar en la noche de ellos. Necesitamos una Iglesia capaz de encontrarlos en

su camino. Necesitamos una Iglesia capaz de entrar en su conversación. Necesitamos una Iglesia que sepa dialogar con aquellos discípulos que, huyendo de Jerusalén, vagan sin una meta, solos, con su propio desencanto, con la decepción de un cristianismo considerado ya estéril, infecundo, impotente para generar sentido.

La globalización implacable y la intensa urbanización, a menudo salvajes, prometían mucho. Muchos se han enamorado de sus posibilidades, y en ellas hay algo realmente positivo, como por ejemplo, la disminución de las distancias, el acercamiento entre las personas y culturas, la difusión de la información y los servicios. Pero, por otro lado, muchos vivencian sus efectos negativos sin darse cuenta de cómo ellos comprometen su visión del hombre y del mundo, generando más desorientación y un vacío que no logran explicar. Algunos de estos efectos son la confusión del sentido de la vida, la desintegración personal, la pérdida de la experiencia de pertenecer a un “nido”, la falta de hogar y vínculos profundos.

Y como no hay quien los acompañe y muestre con su vida el verdadero camino, muchos han buscado atajos, porque la «medida» de la gran Iglesia parece demasiado alta. Hay aún los que reconocen el ideal del hombre y de la vida propuesto por la Iglesia, pero no se atreven a abrazarlo. Piensan que el ideal es demasiado grande para ellos, está fuera de sus posibilidades, la meta a perseguir es inalcanzable. Sin embargo, no pueden vivir sin tener al menos algo, aunque sea una caricatura, de eso que les parece demasiado alto y lejano. Con la desilusión en el corazón, van en busca de algo que les ilusione de nuevo o se resignan a una adhesión parcial, que en definitiva no alcanza a dar plenitud a sus vidas.

[4] En el Documento de Aparecida se presentan sintéticamente las razones de fondo de este fenómeno (cf. n. 225).

La sensación de abandono y soledad, de no pertenecerse ni siquiera a sí mismos, que surge a menudo en esta situación, es demasiado dolorosa para acallarla. Hace falta un desahogo y, entonces, queda la vía del lamento. Pero incluso el lamento se convierte a su vez en un boomerang que vuelve y termina por aumentar la infelicidad. Hay pocos que todavía saben escuchar el dolor; al menos, hay que anestesiarlo.

Ante este panorama hace falta una Iglesia capaz de acompañar, de ir más allá del mero escuchar; una Iglesia que acompañe en el camino poniéndose en marcha con la gente; una Iglesia que pueda descifrar esa noche que entraña la fuga de Jerusalén de tantos hermanos y hermanas; una Iglesia que se dé cuenta de que las razones por las que hay gente que se aleja, contienen ya en sí mismas también los motivos para un posible retorno, pero es necesario saber leer el todo con valentía. Jesús le dio calor al corazón de los discípulos de Emaús.

Quisiera que hoy nos preguntáramos todos: ¿Somos aún una Iglesia capaz de inflamar el corazón? ¿Una Iglesia que pueda hacer volver a Jerusalén? ¿De acompañar a casa? En Jerusalén residen nuestras fuentes: Escritura, catequesis, sacramentos, comunidad, la amistad del Señor, María y los Apóstoles... ¿Somos capaces todavía de presentar estas fuentes, de modo que se despierte la fascinación por su belleza?

Muchos se han ido porque se les ha prometido algo más alto, algo más fuerte, algo más veloz.

Pero, ¿hay algo más alto que el amor revelado en Jerusalén? Nada es más alto que el abajamiento de la cruz, porque allí se alcanza verdaderamente la altura del amor.

¿Somos aún capaces de mostrar esta verdad a quienes piensan que la verdadera altura de la vida está en otra parte?

¿Alguien conoce algo de más fuerte que el poder escondido en la fragilidad del amor, de la bondad, de la verdad, de la belleza?

La búsqueda de lo que cada vez es más veloz atrae al hombre de hoy: internet veloz, coches y aviones rápidos, relaciones inmediatas... Y, sin embargo, se nota una necesidad desesperada de calma, diría de lentitud. La Iglesia, ¿sabe todavía ser lenta: en el tiempo, para escuchar, en la paciencia, para reparar y reconstruir? ¿O acaso también la Iglesia se ve arrastrada por el frenesí de la eficiencia? Recuperemos, queridos hermanos, la calma de saber ajustar el paso a las posibilidades de los peregrinos, al ritmo de su caminar, la capacidad de estar siempre cerca para que puedan abrir un resquicio en el desencanto que hay en su corazón, y así poder entrar en él. Quieren olvidarse de Jerusalén, donde están sus fuentes, pero terminan por sentirse sedientos. Hace falta una Iglesia capaz de acompañar también hoy el retorno a Jerusalén. Una Iglesia que pueda hacer redescubrir las cosas gloriosas y gozosas que se dicen en Jerusalén, de hacer entender que ella es mi Madre, nuestra Madre, y que no están huérfanos. En ella hemos nacido. ¿Dónde está nuestra Jerusalén, donde hemos nacido? En el bautismo, en el primer encuentro de amor, en la llamada, en la vocación.[5] Se necesita una Iglesia que vuelva a traer calor, a encender el corazón.

Se necesita una Iglesia que también hoy pueda devolver la ciudadanía a tantos de sus hijos que caminan como en un éxodo.

[5] Cf. también los cuatro puntos indicados por Aparecida (ibíd., n. 226).



4. Los desafíos de la Iglesia en Brasil

A la luz de lo dicho, quisiera señalar algunos desafíos de la amada Iglesia en Brasil.

La prioridad de la formación: obispos, sacerdotes, religiosos y laicos

Queridos hermanos, si no formamos ministros capaces de enardecer el corazón de la gente, de caminar con ellos en la noche, de entrar en diálogo con sus ilusiones y desilusiones, de recomponer su fragmentación, ¿qué podemos esperar para el camino presente y futuro? No es cierto que Dios se haya apagado en ellos. Aprendamos a mirar más profundo: no hay quien inflame su corazón como a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 32).

Por esto es importante promover y cuidar una formación de calidad, que cree personas capaces de bajar en la noche sin verse dominadas por la oscuridad y perderse; de escuchar la ilusión de tantos, sin dejarse seducir; de acoger las desilusiones, sin desesperarse y caer en la amargura; de tocar la desintegración del otro, sin dejarse diluir y descomponerse en su propia identidad.

Se necesita una solidez humana, cultural, afectiva, espiritual y doctrinal. [6] Queridos hermanos en el episcopado, hay que tener el valor de una revisión a fondo de las estructuras de formación y preparación del clero y del laicado de la Iglesia en Brasil. No es suficiente una vaga prioridad de formación, ni los documentos o las reuniones. Hace falta la sabiduría práctica de establecer estructuras duraderas de preparación en el ámbito local, regional, nacional, y que sean el verdadero corazón para el episcopado, sin escatimar esfuerzos, atenciones y acompañamiento. La situación actual exige

una formación de calidad a todos los niveles. Los obispos no pueden delegar este cometido. Ustedes no pueden delegar esta tarea, sino asumirla como algo fundamental para el camino de sus Iglesias.

Colegialidad y solidaridad de la Conferencia Episcopal

A la Iglesia en Brasil no le basta un líder nacional, necesita una red de «testimonios» regionales que, hablando el mismo lenguaje, aseguren por doquier no la unanimidad, sino la verdadera unidad en la riqueza de la diversidad.

La comunión es un lienzo que se debe tejer con paciencia y perseverancia, que va gradualmente «juntando los puntos» para lograr una textura cada vez más amplia y espesa. Una manta con pocas hebras de lana no calienta.

Es importante recordar Aparecida, el método de recoger la diversidad. No tanto diversidad de ideas para elaborar un documento, sino variedad de experiencias de Dios para poner en marcha una dinámica vital.

Los discípulos de Emaús regresaron a Jerusalén contando la experiencia que habían tenido en el encuentro con el Cristo resucitado. Y allí se enteraron de las otras manifestaciones del Señor y de las experiencias de sus hermanos. La Conferencia Episcopal es precisamente un ámbito vital para posibilitar el intercambio de testimonios sobre los encuentros con el Resucitado, en el norte, en el sur, en el oeste... Se necesita, pues, una valorización creciente del elemento local y regional. No es suficiente una burocracia central, sino que es preciso hacer crecer la colegialidad y la solidaridad: será una verdadera riqueza para todos. [7]

[6] En el Documento de Aparecida se pone gran atención a la formación del clero, y también de los laicos (cf. nn. 316-325; 212).

[7] También el Documento de Aparecida ofrece líneas importantes de camino sobre este aspecto (cf. nn. 181-183; 189).

Estado permanente de misión y conversión pastoral

Aparecida habló de estado permanente de misión[8] y de la necesidad de una conversión pastoral.[9] Son dos resultados importantes de aquella Asamblea para el conjunto de la Iglesia de la zona, y el camino recorrido en Brasil en estos dos puntos es significativo.

Sobre la misión se ha de recordar que su urgencia proviene de su motivación interna: la de transmitir un legado; y, sobre el método, es decisivo recordar que un legado es como el testigo, la posta en la carrera de relevos: no se lanza al aire y quien consigue agarrarlo, bien, y quien no, se queda sin él. Para transmitir el legado hay que entregarlo personalmente, tocar a quien se le quiere dar, transmitir este patrimonio.

Sobre la conversión pastoral, quisiera recordar que «pastoral» no es otra cosa que el ejercicio de la maternidad de la Iglesia. La Iglesia da a luz, amamanta, hace crecer, corrige, alimenta, lleva de la mano... Se requiere, pues, una Iglesia capaz de redescubrir las entrañas maternas de la misericordia. Sin la misericordia, poco se puede hacer hoy para insertarse en un mundo de «heridos», que necesitan comprensión, perdón y amor.

En la misión, también en la continental,[10] es muy importante reforzar la familia, que sigue siendo la célula esencial para la sociedad y para la Iglesia; los jóvenes, que son el rostro futuro de la Iglesia; las mujeres, que tienen un papel fundamen-

tal en la transmisión de la fe y constituyen esa fuerza cotidiana que lleva adelante la sociedad y la renueva. No reduzcamos el compromiso de las mujeres en la Iglesia, sino que promovamos su participación activa en la comunidad eclesial. Si la Iglesia pierde a las mujeres en su total y real dimensión, la Iglesia se expone a la esterilidad. Aparecida destaca también la vocación y misión del varón en la familia, la Iglesia y la sociedad, como padres, trabajadores y ciudadanos[11]. ¡Ténganlo en cuenta!

La tarea de la Iglesia en la sociedad

En el ámbito social, sólo hay una cosa que la Iglesia pide con particular claridad: la libertad de anunciar el Evangelio de modo integral, aun cuando esté en contraste con el mundo, cuando vaya contracorriente, defendiendo el tesoro del cual es solamente guardiana, y los valores de los que no dispone, pero que ha recibido y a los cuales debe ser fiel.

La Iglesia sostiene el derecho de servir al hombre en su totalidad, diciéndole lo que Dios ha revelado sobre el hombre y su realización y ella quiere hacer presente ese patrimonio inmaterial sin el cual la sociedad se desmorona, las ciudades se verían arrasadas por sus propios muros, barrancos y barreras. La Iglesia tiene el derecho y el deber de mantener encendida la llama de la libertad y de la unidad del hombre.

Las urgencias de Brasil son la educación, la salud, la paz social. La Iglesia tiene una palabra que decir sobre estos temas,

[8] Cf. n. 216.

[9] Cf. nn. 365-372.

[10] Las conclusiones de la Conferencia de Aparecida insisten en el rostro de una Iglesia que por su misma naturaleza es evangelizadora, que existe para evangelizar, con audacia y libertad, a todos los niveles (cf. nn.547-554).

[11] Cf. nn. 459-463.



porque para responder adecuadamente a estos desafíos no bastan soluciones meramente técnicas, sino que hay que tener una visión subyacente del hombre, de su libertad, de su valor, de su apertura a la trascendencia. Y Ustedes, queridos hermanos, no tengan miedo de ofrecer esta contribución de la Iglesia, que es por el bien de toda la sociedad, y ofrecer esta palabra “encarnada” también en el testimonio.

La Amazonia como tornasol, banco de pruebas para la Iglesia y la sociedad brasileña

Hay un último punto al que quisiera referirme, y que considero relevante para el camino actual y futuro, no solamente de la Iglesia en Brasil, sino también de todo el conjunto social: la Amazonia. La Iglesia no está en la Amazonia como quien tiene hechas las maletas para marcharse después de haberla explotado todo lo que ha podido. La Iglesia está presente en la Amazonia desde el principio con misioneros, congregaciones religiosas, sacerdotes, laicos y obispos y todavía hoy está presente y es determinante para el futuro de la zona. Pienso en la acogida que la Iglesia en la Amazonia ofrece hoy a los inmigrantes haitianos después del terrible terremoto que devastó su país.

Quisiera invitar a todos a reflexionar sobre lo que Aparecida dijo sobre la Amazonia,[12] y también el vigoroso llamamiento al respeto y la custodia de toda la creación, que Dios ha confiado al hombre, no para explotarla salvajemente, sino para que la convierta en un jardín. En el desafío pastoral que representa la Amazonia no puedo dejar de agradecer lo que la Iglesia en

Brasil está haciendo: la Comisión Episcopal para la Amazonia, creada en 1997, ha dado ya mucho fruto, y muchas diócesis han respondido con prontitud y generosidad a la solicitud de solidaridad, enviando misioneros laicos y sacerdotes. Doy gracias a Monseñor Jaime Chemelo, pionero en este trabajo, y al Cardenal Hummes, actual Presidente de la Comisión. Pero quisiera añadir que la obra de la Iglesia ha de ser ulteriormente incentivada y relanzada. Se necesitan instructores cualificados, sobre todo formadores y profesores de teología, para consolidar los resultados alcanzados en el campo de la formación de un clero autóctono, para tener también sacerdotes adaptados a las condiciones locales y fortalecer, por decirlo así, el «rostro amazónico» de la Iglesia. En esto, por favor, les pido que sean valientes, que tengan parresia. En lenguaje porteño les diría que sea corajudos.

Queridos hermanos, he tratado de ofrecer de una manera fraterna algunas reflexiones y líneas de trabajo en una Iglesia como la que está en Brasil, que es un gran mosaico de piedritas, de imágenes, de formas, problemas y retos, pero que precisamente por eso constituye una enorme riqueza. La Iglesia nunca es uniformidad, sino diversidad que se armoniza en la unidad, y esto vale para toda realidad eclesial.

Que la Virgen Inmaculada de Aparecida sea la estrella que ilumine el compromiso de Ustedes y su camino para llevar a Cristo, como ella lo ha hecho, a todo hombre y a toda mujer de este inmenso país. Será Él, como lo hizo con los dos discípulos confusos y desilusionados de Emaús, quien haga arder el corazón y dé nueva y segura esperanza.

[12] Cf. particularmente los nn. 83-87 y, desde el punto de vista de una pastoral unitaria, el n. 475.

Homilía en la vigilia de oración en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud

Paseo marítimo de Copacabana, Río de Janeiro, 27 de julio de 2013

Queridos jóvenes

Al verlos a ustedes, presentes hoy aquí, me viene a la mente la historia de San Francisco de Asís. Ante el crucifijo oye la voz de Jesús, que le dice: «Ve, Francisco, y repara mi casa». Y el joven Francisco responde con prontitud y generosidad a esta llamada del Señor: repara mi casa. Pero, ¿qué casa? Poco a poco se da cuenta de que no se trataba de hacer de albañil para reparar un edificio de piedra, sino de dar su contribución a la vida de la Iglesia; se trataba de ponerse al servicio de la Iglesia, amándola y trabajando para que en ella se reflejara cada vez más el rostro de Cristo.

También hoy el Señor sigue necesitando a los jóvenes para su Iglesia. Queridos jóvenes, el Señor los necesita. También hoy llama a cada uno de ustedes a seguirlo en su Iglesia y a ser misioneros. Queridos jóvenes, el Señor hoy los llama. No al montón. A vos, a vos, a vos, a cada uno. Escuchen en el corazón qué les dice. Pienso que podemos aprender algo de lo que pasó en estos días: cómo tuvimos que cancelar por el mal tiempo la realización de esta vigilia en el Campus Fidei, en Guaratiba. ¿No estaría el Señor queriendo decirnos que el verdadero campo de la fe, el verdadero Campus Fidei, no es un lugar geográfico sino que somos nosotros? ¡Sí! Es verdad. Cada uno de nosotros, cada uno ustedes, yo, todos. Y ser discípulo misionero significa saber que somos el Campo de la Fe de Dios. Por eso, a partir de la imagen del Campo de la Fe, pensé en tres imágenes, tres, que nos pueden ayudar a entender mejor lo que significa ser un discípulo-misionero: la primera imagen,

la primera, el campo como lugar donde se siembra; la segunda, el campo como lugar de entrenamiento; y la tercera, el campo como obra de construcción.

1. Primero, el campo como lugar donde se siembra. Todos conocemos la parábola de Jesús que habla de un sembrador que salió a sembrar en un campo; algunas simientes cayeron al borde del camino, entre piedras o en medio de espinas, y no llegaron a desarrollarse; pero otras cayeron en tierra buena y dieron mucho fruto (cf. Mt 13,1-9). Jesús mismo explicó el significado de la parábola: La simiente es la Palabra de Dios sembrada en nuestro corazón (cf. Mt 13,18-23). Hoy, todos los días, pero hoy de manera especial, Jesús siembra. Cuando aceptamos la Palabra de Dios, entonces somos el Campo de la Fe. Por favor, dejen que Cristo y su Palabra entren en su vida, dejen entrar la simiente de la Palabra de Dios, dejen que germine, dejen que crezca. Dios hace todo pero ustedes déjenlo hacer, dejen que Él trabaje en ese crecimiento.

Jesús nos dice que las simientes que cayeron al borde del camino, o entre las piedras y en medio de espinas, no dieron fruto. Creo que con honestidad podemos hacernos la pregunta: ¿Qué clase de terreno somos, qué clase de terreno queremos ser? Quizás a veces somos como el camino: escuchamos al Señor, pero no cambia nada en nuestra vida, porque nos dejamos atontar por tantos reclamos superficiales que escuchamos. Yo les pregunto, pero no contesten ahora, cada uno conteste en su corazón: ¿Yo soy un joven, una joven, atontado? O somos como el terreno pedregoso: acogemos a Je-



sús con entusiasmo, pero somos inconstantes ante las dificultades, no tenemos el valor de ir a contracorriente. Cada uno contestamos en nuestro corazón: ¿Tengo valor o soy cobarde? O somos como el terreno espinoso: las cosas, las pasiones negativas sofocan en nosotros las palabras del Señor (cf. Mt 13,18-22). ¿Tengo en mi corazón la costumbre de jugar a dos puntas, y quedar bien con Dios y quedar bien con el diablo? ¿Querer recibir la semilla de Jesús y a la vez regar las espinas y los yuyos que nacen en mi corazón? Cada uno en silencio se contesta. Hoy, sin embargo, yo estoy seguro de que la simiente puede caer en buena tierra. Escuchamos estos testimonios, cómo la simiente cayó en buena tierra. No padre, yo no soy buena tierra, soy una calamidad, estoy lleno de piedras, de espinas, y de todo. Sí, puede que por arriba, pero hacé un pedacito, hacé un cachito de buena tierra y dejá que caiga allí, y vas a ver cómo germina. Yo sé que ustedes quieren ser buena tierra, cristianos en serio, no cristianos a medio tiempo, no cristianos «almidonados» con la nariz así [empinada] que parecen cristianos y en el fondo no hacen nada. No cristianos de fachada. Esos cristianos que son pura facha, sino cristianos auténticos. Sé que ustedes no quieren vivir en la ilusión de una libertad chirle que se deja arrastrar por la moda y las conveniencias del momento. Sé que ustedes apuntan a lo alto, a decisiones definitivas que den pleno sentido. ¿Es así, o me equivoco? ¿Es así? Bueno, si es así hagamos una cosa: todos en silencio, miremos al corazón y cada uno dígame a Jesús que quiere recibir la semilla. Dígame a Jesús: Mira Jesús las piedras que hay, mirá las espinas, mirá los yuyos, pero mirá este cachito de tierra que te ofrezco, para que entre la semilla. En silencio dejamos entrar la semilla de Jesús. Acuérdense de este momento. Cada uno sabe el nombre de la semilla que entró. Déjenla crecer y Dios la va a cuidar.

2. El campo, además de ser lugar de siembra, es lugar de entrenamiento. Jesús nos pide que le sigamos toda la vida, nos pide que seamos sus discípulos, que «juguemos en su equipo». A la mayoría de ustedes les gusta el deporte. Aquí, en Brasil, como en otros países, el fútbol es pasión nacional. ¿Sí o no? Pues bien, ¿qué hace un jugador cuando se le llama para formar parte de un equipo? Tiene que entrenarse y entrenarse mucho. Así es nuestra vida de discípulos del Señor. San Pablo, escribiendo a los cristianos, nos dice: «Los atletas se privan de todo, y lo hacen para obtener una corona que se marchita; nosotros, en cambio, por una corona incorruptible» (1 Co 9,25). Jesús nos ofrece algo más grande que la Copa del Mundo; ¡algo más grande que la Copa del Mundo! Jesús nos ofrece la posibilidad de una vida fecunda y feliz, y también un futuro con él que no tendrá fin, allá en la vida eterna. Es lo que nos ofrece Jesús. Pero nos pide que paguemos la entrada. Y la entrada es que nos entrenemos para «estar en forma», para afrontar sin miedo todas las situaciones de la vida, dando testimonio de nuestra fe. A través del diálogo con él, la oración – “Padre, ahora nos va hacer rezar a todos, ¿no?” –. Te pregunto, pero contestan en su corazón, ¡eh! No en voz alta, en silencio. ¿Yo rezo? Cada uno se contesta. ¿Yo hablo con Jesús? O le tengo miedo al silencio. ¿Dejo que el Espíritu Santo hable en mi corazón? ¿Yo le pregunto a Jesús: Qué querés que haga? ¿Qué querés de mi vida? Esto es entrenarse. Pregúntenle a Jesús, hablen con Jesús. Y si cometen un error en la vida, si se pegan un resbalón, si hacen algo que está mal, no tengan miedo. Jesús, mirá lo que hice, ¿qué tengo que hacer ahora? Pero siempre hablen con Jesús, en las buenas y en las malas. Cuando hacen una cosa buena y cuando hacen una cosa mala. ¡No le tengan miedo! Eso es la oración. Y con eso se van entrenando en el diálogo

con Jesús en este discipulado misionero. Y también a través de los sacramentos, que hacen crecer en nosotros su presencia. A través del amor fraterno, del saber escuchar, comprender, perdonar, acoger, ayudar a los otros, a todos, sin excluir y sin marginar. Estos son los entrenamientos para seguir a Jesús: la oración, los sacramentos y la ayuda a los demás, el servicio a los demás. ¿Lo repetimos juntos todos? "Oración, sacramentos y ayuda a los demás" [todos lo repiten en voz alta]. No se oyó bien. Otra vez [ahora más fuerte].

3. Y tercero: El campo como obra de construcción. Acá estamos viendo cómo se ha construido esto aquí. Se empezaron a mover los muchachos, las chicas. Movieron y construyeron una iglesia. Cuando nuestro corazón es una tierra buena que recibe la Palabra de Dios, cuando «se suda la camiseta», tratando de vivir como cristianos, experimentamos algo grande: nunca estamos solos, formamos parte de una familia de hermanos que recorren el mismo camino: somos parte de la Iglesia. Estos muchachos, estas chicas no estaban solos, en conjunto hicieron un camino y construyeron la iglesia, en conjunto hicieron lo de San Francisco: construir, reparar la iglesia. Te pregunto: ¿Quieren construir la iglesia? [todos: "¡Sí!"] ¿Se animan? [todos: "¡Sí!"] ¿Y mañana se van a olvidar de este sí que dijeron? [todos: "¡No!"] ¡Así me gusta! Somos parte de la iglesia, más aún, nos convertimos en constructores de la Iglesia y protagonistas de la historia. Chicos y chicas, por favor: no se metan en la cola de la historia. Sean protagonistas. Jueguen para adelante. Pateen adelante, construyan un mundo mejor. Un mundo de hermanos, un mundo de justicia, de amor, de paz, de fraternidad, de solidaridad. Jueguen adelante siempre. San Pedro nos dice que somos piedras vivas que forman una casa espiritual (cf. 1 P 2,5). Y miramos este palco, vemos que tiene for-

ma de una iglesia construida con piedras vivas. En la Iglesia de Jesús, las piedras vivas somos nosotros, y Jesús nos pide que edifiquemos su Iglesia; cada uno de nosotros es una piedra viva, es un pedacito de la construcción, y si falta ese pedacito cuando viene la lluvia entra la gotera y se mete el agua dentro de la casa. Cada pedacito vivo tiene que cuidar la unidad y la seguridad de la Iglesia. Y no construir una pequeña capilla donde sólo cabe un grupito de personas. Jesús nos pide que su Iglesia sea tan grande que pueda alojar a toda la humanidad, que sea la casa de todos. Jesús me dice a mí, a vos, a cada uno: «Vayan, hagan discípulos a todas las naciones». Esta tarde, respondámonle: Sí, Señor, también yo quiero ser una piedra viva; juntos queremos construir la Iglesia de Jesús. Quiero ir y ser constructor de la Iglesia de Cristo. ¿Se animan a repetirlo? Quiero ir y ser constructor de la Iglesia de Cristo. A ver ahora... [todos "¡Sí!"]. Después van a pensar lo que dijeron juntos...

Tu corazón, corazón joven, quiere construir un mundo mejor. Sigo las noticias del mundo y veo que tantos jóvenes, en muchas partes del mundo, han salido por las calles para expresar el deseo de una civilización más justa y fraterna. Los jóvenes en la calle. Son jóvenes que quieren ser protagonistas del cambio. Por favor, no dejen que otros sean los protagonistas del cambio. Ustedes son los que tienen el futuro. Ustedes... Por ustedes entra el futuro en el mundo. A ustedes les pido que también sean protagonistas de este cambio. Sigamos superando la apatía y ofreciendo una respuesta cristiana a las inquietudes sociales y políticas que se van planteando en diversas partes del mundo. Les pido que sean constructores del futuro, que se metan en el trabajo por un mundo mejor. Queridos jóvenes, por favor, no balconeen la vida, métense en ella, Jesús no se quedó en el balcón, se



metió; no balconeen la vida, métanse en ella como hizo Jesús. Sin embargo, queda una pregunta: ¿Por dónde empezamos? ¿A quién le pedimos que empiece esto? ¿Por dónde empezamos? Una vez, le preguntaron a la Madre Teresa qué era lo que había que cambiar en la Iglesia, para empezar: por qué pared de la Iglesia empezamos. ¿Por dónde – dijeron –, Madre, hay de empezar? Por vos y por mí, contestó ella. ¡Tenía garras esta mujer! Sabía por dónde había che empezar. Yo también hoy le robo la palabra a la madre Teresa, y te digo: ¿Empezamos? ¿Por dónde? Por vos y por mí. Cada uno, en silencio otra vez, pregúntese si

tengo que empezar por mí, por dónde empiezo. Cada uno abra su corazón para que Jesús les diga por dónde empiezo.

Queridos amigos, no se olviden: ustedes son el campo de la fe. Ustedes son los atletas de Cristo. Ustedes son los constructores de una Iglesia más hermosa y de un mundo mejor. Levantemos nuestros ojos hacia la Virgen. Ella nos ayuda a seguir a Jesús, nos da ejemplo con su «sí» a Dios: «Aquí está la esclava del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho» (Lc 1,38). Se lo digamos también nosotros a Dios, junto con María: Hágase en mí según tu palabra. Que así sea.

Carta apostólica en forma de “motu proprio” para la prevención y el contraste de blanqueo de capitales, financiación del terrorismo y proliferación de armas de destrucción masiva

319

La promoción del desarrollo humano integral en el material y moral exige una profunda reflexión sobre la vocación de los sectores económicos y financieros y su correspondencia con el objetivo final de lograr el bien común.

Por esta razón, la Santa Sede, de conformidad con su naturaleza y misión, participa en los esfuerzos de la comunidad internacional para proteger y promover la integridad, la estabilidad y la transparencia del Comité Económico y Financiero y la prevención y el contraste de la actividad criminal.

En continuidad con las acciones ya emprendidas en este ámbito desde el Motu Proprio del 30 de diciembre 2010 para la prevención y la lucha contra las actividades

ilegales en el sector financiero y monetario, que mi predecesor Benedicto XVI, deseo renovar el compromiso de la Santa Sede en ‘adoptar los principios, y debe utilizar los instrumentos legales desarrollados por la comunidad internacional, el ajuste aún más el marco institucional para la prevención y la lucha contra el lavado de dinero, financiamiento del terrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva.

Con esta Carta apostólica en forma de Motu Proprio adopto las siguientes disposiciones.

Artículo 1

Los departamentos de la Curia Romana y de otros organismos y entidades dependientes de la Santa Sede, así como de organizaciones sin fines de lucro con la ofi-

cina legal y canónica en el Estado de la Ciudad del Vaticano están obligadas a respetar las leyes del Estado de la Ciudad del Vaticano en :

a) medidas para la prevención y la lucha contra el blanqueo de capitales y financiación del terrorismo;

b) medidas contra aquellos que amenazan la paz y la seguridad internacionales;

c) la supervisión prudencial de las entidades de realizar la actividad profesional de carácter financiero.

Artículo 2

L 'Autoridad de Información Financiera actúa como la supervisión prudencial de las entidades que realizan actividades profesionales de carácter financiero.

Artículo 3

Los tribunales competentes del Estado de la Ciudad del Vaticano Estado que ejerce jurisdicción en asuntos anteriores también contra los departamentos y otras agencias y organizaciones que dependen de la Santa Sede, así como a las organi-

zaciones sin fines de lucro con la oficina legal y canónica en el Estado de la Ciudad el Vaticano.

Artículo 4

Se creó el Comité de Seguridad Financiera con el fin de coordinar a las autoridades competentes de la Santa Sede y el Estado de la Ciudad del Vaticano sobre la prevención y la lucha contra el blanqueo de capitales, financiación del terrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva. Se rige por las leyes asociadas a esta Carta Apostólica.

Decreto de la presente Carta Apostólica en forma de Motu Proprio ser promulgada por la publicación de L'Osservatore Romano.

Dirigir que las disposiciones tienen plena y duradera de valor, incluso mediante la derogación de todas las disposiciones incompatibles con efecto a partir del 10 de agosto de 2013.

Dado en Roma, en el Palacio Apostólico, el 8 de agosto de 2013, el primero de mi Pontificado.

Homilía en la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María

Castelgandolfo, 15 de agosto de 2013

Queridos hermanos y hermanas

El Concilio Vaticano II, al final de la Constitución sobre la Iglesia, nos ha dejado una bellísima meditación sobre María Santísima. Recuerdo solamente las palabras que se refieren al misterio que hoy celebramos. La primera es ésta: «La Virgen Inmaculada, preservada libre de toda mancha de pecado original, terminado el curso de su vida en la

tierra, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo y elevada al trono por el Señor como Reina del universo» (n. 59). Y después, hacia el final, ésta otra: «La Madre de Jesús, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen y comienzo de la Iglesia que llegará a su plenitud en el siglo futuro. También en este mundo, hasta que llegue el día del Señor, brilla ante el Pueblo de Dios en



marcha, como señal de esperanza cierta y de consuelo» (n. 68). A la luz de esta imagen bellísima de nuestra Madre, podemos considerar el mensaje que contienen las lecturas bíblicas que hemos apenas escuchado. Podemos concentrarnos en tres palabras clave: lucha, resurrección, esperanza.

El pasaje del Apocalipsis presenta la visión de la lucha entre la mujer y el dragón. La figura de la mujer, que representa a la Iglesia, aparece por una parte gloriosa, triunfante, y por otra con dolores. Así es en efecto la Iglesia: si en el Cielo ya participa de la gloria de su Señor, en la historia vive continuamente las pruebas y desafíos que comporta el conflicto entre Dios y el maligno, el enemigo de siempre. En esta lucha que los discípulos de Jesús han de sostener – todos nosotros, todos los discípulos de Jesús debemos sostener esta lucha –, María no les deja solos; la Madre de Cristo y de la Iglesia está siempre con nosotros. Siempre camina con nosotros, está con nosotros. También María participa, en cierto sentido, de esta doble condición. Ella, naturalmente, ha entrado definitivamente en la gloria del Cielo. Pero esto no significa que esté lejos, que se separe de nosotros; María, por el contrario, nos acompaña, lucha con nosotros, sostiene a los cristianos en el combate contra las fuerzas del mal. La oración con María, en especial el Rosario – pero escuchadme con atención: el Rosario. ¿Vosotros rezáis el Rosario todos los días? No creo... [la gente grita: Sí] ¿Seguro? Pues bien, la oración con María, en particular el Rosario, tiene también esta dimensión «agonística», es decir, de lucha, una oración que sostiene en la batalla contra el maligno y sus cómplices. También el Rosario nos sostiene en la batalla.

La segunda lectura nos habla de la resurrección. El apóstol Pablo, escribiendo a los corintios, insiste en que ser cristianos significa creer que Cristo ha resucitado ver-

daderamente de entre los muertos. Toda nuestra fe se basa en esta verdad fundamental, que no es una idea sino un acontecimiento. También el misterio de la Asunción de María en cuerpo y alma se inscribe completamente en la resurrección de Cristo. La humanidad de la Madre ha sido «atraída» por el Hijo en su paso a través de la muerte. Jesús entró definitivamente en la vida eterna con toda su humanidad, la que había tomado de María; así ella, la Madre, que lo ha seguido fielmente durante toda su vida, lo ha seguido con el corazón, ha entrado con él en la vida eterna, que llamamos también Cielo, Paraíso, Casa del Padre. María ha conocido también el martirio de la cruz: el martirio de su corazón, el martirio del alma. Ha sufrido mucho en su corazón, mientras Jesús sufría en la cruz. Ha vivido la pasión del Hijo hasta el fondo del alma. Ha estado completamente unida a él en la muerte, y por eso ha recibido el don de la resurrección. Cristo es la primicia de los resucitados, y María es la primicia de los redimidos, la primera de «aquellos que son de Cristo». Es nuestra Madre, pero también podemos decir que es nuestra representante, es nuestra hermana, nuestra primera hermana, es la primera de los redimidos que ha llegado al cielo.

El evangelio nos sugiere la tercera palabra: esperanza. Esperanza es la virtud del que experimentando el conflicto, la lucha cotidiana entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal, cree en la resurrección de Cristo, en la victoria del amor. Hemos escuchado el Canto de María, el Magnificat es el cántico de la esperanza, el cántico del Pueblo de Dios que camina en la historia. Es el cántico de tantos santos y santas, algunos conocidos, otros, muchísimos, desconocidos, pero que Dios conoce bien: mamás, papás, catequistas, misioneros, sacerdotes, religiosas, jóvenes, también niños, abuelos, abuelas, estos han afrontado la lucha por la

vida llevando en el corazón la esperanza de los pequeños y humildes. María dice: «Proclama mi alma la grandeza del Señor», hoy la Iglesia también canta esto y lo canta en todo el mundo. Este cántico es especialmente intenso allí donde el Cuerpo de Cristo sufre hoy la Pasión. Donde está la cruz, para nosotros los cristianos hay esperanza, siempre. Si no hay esperanza, no somos cristianos. Por esto me gusta decir: no os dejéis robar la esperanza. Que no os roben la esperanza, porque esta fuerza es una gracia, un don de Dios que nos hace avanzar miran-

do al cielo. Y María está siempre allí, cercana a esas comunidades, a esos hermanos nuestros, camina con ellos, sufre con ellos, y canta con ellos el Magnificat de la esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, unámonos también nosotros, con el corazón, a este cántico de paciencia y victoria, de lucha y alegría, que une a la Iglesia triunfante con la peregrinante, nosotros; que une el cielo y la tierra, que une nuestra historia con la eternidad, hacia la que caminamos. Amén.



SANTA SEDE

PENITENCIARÍA APOSTÓLICA

Decreto con el que se conceden especiales indulgencias con motivo de la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud

9 de julio de 2013

Decreto

Se concede el don de las Indulgencias con ocasión de la «XXVIII Jornada mundial de la juventud», que se celebrará en Río de Janeiro durante el presente Año de la fe.

El Santo Padre Francisco, deseoso de que los jóvenes, en unión con los fines espirituales del *Año de la fe*, convocado por el Papa Benedicto XVI, puedan obtener los esperados frutos de santificación de la «XXVIII Jornada mundial de la juventud», que se celebrará del 22 al 29 del próximo mes de julio en Río de Janeiro y que tendrá por tema: «*Id y haced discípulos a todas las naciones (cf. Mt 28, 19)*», en la audiencia concedida el pasado 3 de junio al infrascrito cardenal penitenciario mayor, manifestando el corazón maternal de la Iglesia, por el Tesoro de la satisfacción de Nuestro Señor Jesucristo, de la Bienaventurada Virgen María y de todos los santos, estableció que los jóvenes y los fieles adecuadamente preparados pudiesen beneficiarse del don de las Indulgencias del siguiente modo:

a. — se concede *la Indulgencia plenaria*, que se lucra una vez al día con las condiciones acostumbradas (confesión sacramental, comunión eucarística y oración por las intenciones del Sumo Pontífice) y se aplica también a modo de sufragio a las almas de los fieles difuntos, por los fieles

verdaderamente arrepentidos y contritos, que devotamente participarán en los sagrados ritos y prácticas piadosas que tendrán lugar en Río de Janeiro.

Los fieles legítimamente impedidos, podrán obtener *la Indulgencia plenaria* siempre que, cumpliendo las acostumbradas condiciones espirituales, sacramentales y de oración, con el propósito de filial obediencia al Romano Pontífice, participen espiritualmente en las sagradas funciones en los días determinados, siempre que sigan estos mismos ritos y prácticas piadosas mientras se realizan, a través de la televisión y radio o, siempre con la debida devoción, a través de los nuevos medios de comunicación social;

b. — se concede *la Indulgencia parcial* a los fieles, dondequiera que se encuentren durante el mencionado encuentro, cada vez que, al menos con corazón contrito, elevaran fervientes oraciones a Dios, concluyendo con la oración oficial de la Jornada mundial de la juventud, e invocaciones piadosas a la Bienaventurada Virgen María, Reina de Brasil, bajo el título de «*Nossa Senhora da Conceição Aparecida*», así como a los demás patronos e intercesores del mismo encuentro, a fin de que ayuden a los jóvenes a arraigarse en la fe y a llevar una vida santa.

Con el fin de que los fieles puedan ser más fácilmente partícipes de estos dones celestiales, los sacerdotes, legítimamente aprobados para oír confesiones sacramentales, con espíritu dispuesto y generoso dispónganse a recibirlos y propongan a los fieles oraciones públicas, por el buen éxito de la misma «Jornada mundial de la juventud».

Este Decreto tiene validez para esta ocasión. No obstante cualquier disposición contraria.

Dado en Roma, en la sede de la Penitenciaría apostólica, el día 24 de junio, año del Señor 2013, en la solemnidad de San Juan Bautista.

Manuel Card. Monteiro de Castro
Penitenciario mayor

Mons. Krzysztof Nykiel
Regente



SECRETARÍA DE ESTADO

Comunicado sobre el Quirógrafo del Santo Padre para la institución de una Pontificia Comisión sobre la organización de la estructura económico-administrativa de la Santa Sede

Ciudad del Vaticano, 19 julio 2013. - La Secretaría de Estado ha emitido esta mañana el siguiente comunicado sobre el quirógrafo del Papa Francisco para el establecimiento de una Comisión referente sobre la estructura económico-administrativa de la Santa Sede:

“El Santo Padre, con quirógrafo del 18 de julio de los corrientes ha establecido una Comisión Pontificia referente sobre la organización de la estructura económico-administrativa de la Santa Sede.

La Comisión recoge informaciones, refiere al Santo Padre y coopera con el Consejo de Cardenales para el Estudio de los Problemas Organizativos y Económicos de la Santa Sede, con el objetivo de preparar reformas en las instituciones de la Santa Sede encaminadas a “una simplificación y racionalización de los organismos existentes y a una planificación más cuidadosa de las actividades económicas de todas las administraciones vaticanas”.

Esto –según se explica en Quirógrafo– “proporcionando el apoyo técnico de consultoría especializada y elaborando soluciones estratégicas de mejora, necesarias para evitar el dispendio de recursos económicos, para promover la transparencia en la adquisición de bienes y servicios, para perfeccionar la administración del patrimonio mueble e inmueble para operar cada vez con mayor prudencia en el sector financiero, para garantizar la correcta aplicación de los cri-

terios contables y garantizar asistencia sanitaria y seguridad social a todos los que tienen derecho”.

La Comisión puede colaborar, previa solicitud, con el grupo de trabajo de ocho cardenales para el estudio de un proyecto de reforma de la Constitución Apostólica “Pastor Bonus” sobre la Curia romana.

Los fines y competencias de la Comisión se describen en detalle en el mismo Quirógrafo.

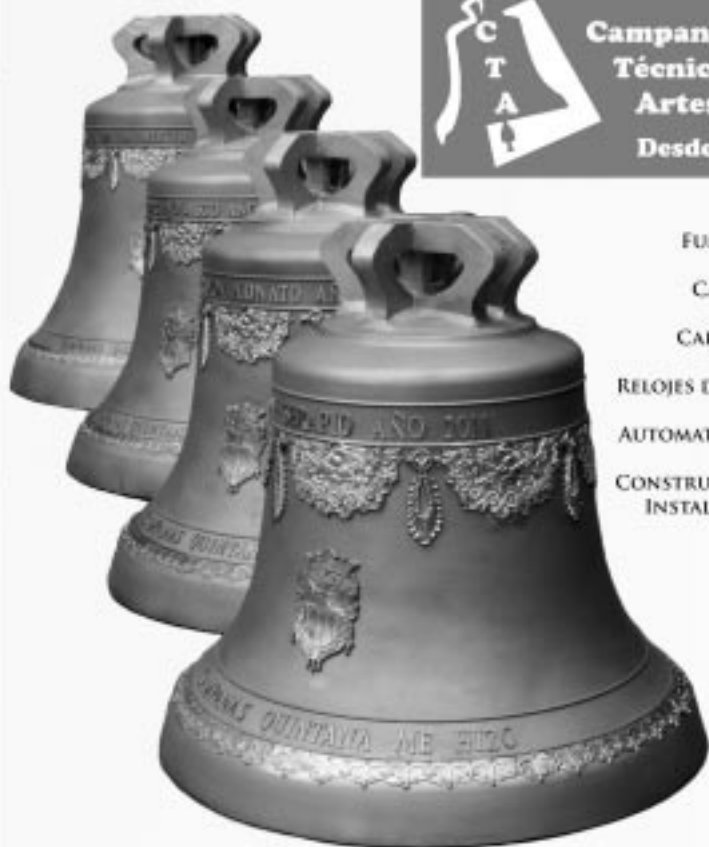
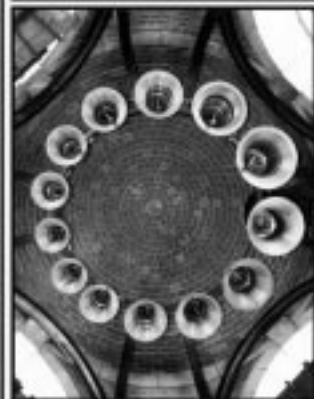
Los miembros del Comité son laicos, expertos de “materias jurídicas, económicas, financieras y organizativas”, consultores ilustres o auditores de las instituciones económicas vaticanas o eclesíásticas. El Secretario es el único eclesiástico.

Los ocho miembros son:

- Joseph FX Zahra (Malta), Presidente.
- Rev.mo Mons. Lucio Ángel Vallejo Balda (Secretario de la Prefectura para los Asuntos Económicos), Secretario.
- Jean-Baptiste de Franssu (Francia).
- Enrique Llano (España).
- Jochen Messemer (Alemania).
- Francesca Inmacolata Chaouqui (Italia).
- Jean-Videlain Sevestre (Francia).
- George Yeo (Singapur)

La Comisión comenzará su labor lo antes posible. La primera reunión está programada poco después del regreso del Papa de Brasil.

El Santo Padre desea una feliz y productiva colaboración entre la Comisión y las Administraciones del Vaticano interesadas por su trabajo”.



**Campaneros
Técnicos
Artesanos
Desde 1637**

FUNDICIÓN
CAMPANAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

16  37
QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.net

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España

